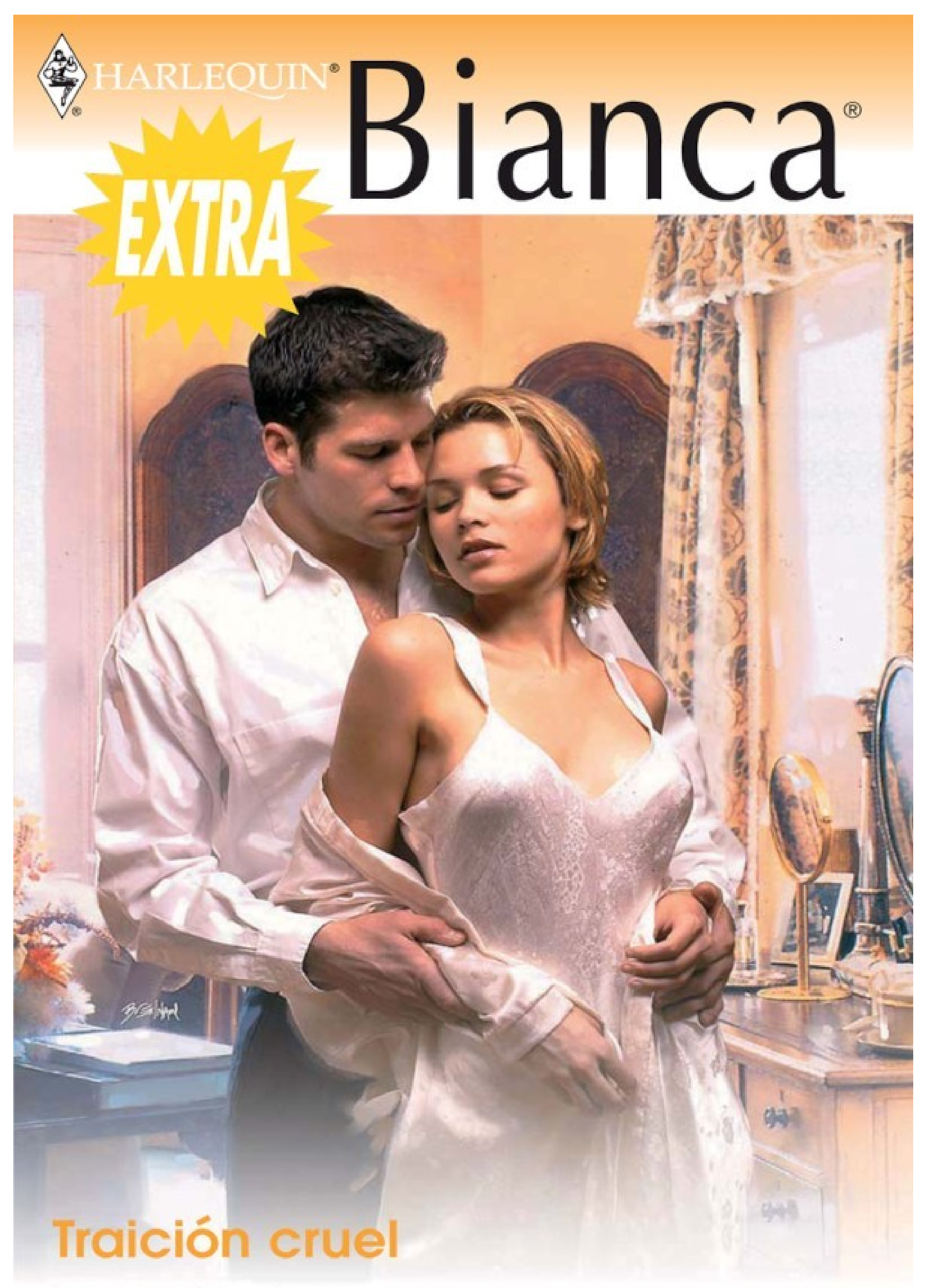


Traición cruel

Lynne Graham

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

TRAICIÓN CRUEL, Nº 3 - julio 2012
Título original: A Savage Betrayal
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-0685-6
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

–Y ésta es mi ayudante ejecutiva, Mina Carroll.

Mina sonrió y dio la mano, después de que su jefe, Edwin Haland, hiciera otra presentación. Mina, elegantemente vestida con un traje de Armani. Llevaba su cabello dorado peinado con un moño algo suelto. Podría haber sido confundida con una de las adineradas mecenas, en lugar de ser reconocida como una de las organizadoras del evento caritativo. Nadie se hubiera imaginado que era la primera vez que la habían invitado a desempeñar un papel tan prominente, ni que era la sustituta de último momento de su superior, que estaba con gripe.

Una mano le agarró el codo y la llevó a un aparte.

–¿Dónde diablos has conseguido ese traje? –le preguntó Jean, la joven relaciones públicas–. ¿Has robado un banco?

–Es del ropero de mi hermana –susurró Mina.

–¿Qué te parece si nos intercambiamos las hermanas? La mía lleva una ropa bastante extraña y maquillaje de vampiro –se quejó Jean–. ¡Y aunque yo estuviera lo suficientemente loca como para pedirle ropa prestada, no me la dejaría! Tu hermana debe de ser un ángel.

Mina se rió.

–No llega a tanto –frunció el ceño mientras miraba el bufé, sin tocar, y a los solícitos camareros–. ¿Por qué no sirven la comida?

–Están esperando al invitado más importante –sonrió Jean–. Claro, se me olvidaba, tú has estado de vacaciones. No debes haber conocido a nuestro patrocinador más nuevo. ¡Lo que te has perdido!

–¡Debe de ser una persona muy importante para que el señor Haland no empiece a comer sin él!

–Es un personaje prominente socialmente, multimillonario, con una familia muy dada a la filantropía –le describió Jean burlonamente al personaje–. Es un envío del cielo. Los directores hacen cualquier cosa, excepto besarle los pies. Y las más humildes empleadas suspiran a su paso. ¡Hasta Polly, la chica que organiza el

té, que odia a todos los hombres!

–¡Polly! ¿Estás de broma? –preguntó Mina, riendo.

–Polly fue a comprar un pastel de crema para él...

–¡Estás bromeando!

–Te juro que no. Es un hombre muy atractivo. Yo subí al ascensor con él, y deseé que se estropeara... Aunque no creo que me hubiera hecho caso... –Jean suspiró y se puso las manos en sus anchas caderas–. Pero ¡quién sabe! A los italianos supuestamente les gustan las mujeres con redondeces, y eso es algo que me sobra.

–¿Es italiano? –preguntó Mina, un poco rígida.

–Sí. Y ahí mismo lo tienes.

–¿Dónde?

–¡Dios santo! ¿Dónde tienes los ojos?

Los ojos de Mina se detuvieron en el hombre alto, de cabello negro que atravesaba la habitación, flanqueado por dos de los directores de Preocupación por la Tierra. Su corazón dio un vuelco, y toda ella se puso tensa. Sintió cómo se le iba el color del rostro, y se instalaba el frío en todo su cuerpo. Estaba en estado de shock. Y se había quedado paralizada.

–Cesare Falcone –susurró Jean–. De Industrias Falcone. Un hombre con mucho éxito, ¿no crees? Al parecer, el señor Barry le dio una copia de nuestro boletín en una cena, y se sintió tan impresionado, ¡que quiso arreglar un encuentro para la misma semana! ¡Y hasta mencionó mi artículo sobre reciclaje!

–¿De verdad? –preguntó Mina, sorprendida. «¿Reciclaje? ¿Cesare?», se preguntó.

De pronto, sintió náuseas. Se dio la vuelta y fue al aseo. Afortunadamente, estaba vacío. Se agarró al borde del lavabo, y respiró profundamente para luchar contra el mareo que estaba sintiendo. Ver a Cesare donde menos esperaba verlo... Cuando, en realidad, no había esperado verlo nunca. «Dios bendito, ¡qué cruel puede ser la vida!», pensó con amargura.

Sintió rabia. Hacía cuatro años, recién acabada la universidad, Mina había empezado lo que parecía ser el trabajo de su vida. Cesare Falcone la había contratado como ayudante ejecutiva. Y a los tres meses la había despedido sin advertencia, y de la forma más humillante posible, le habían negado la entrada al edificio Falcone.

Y como si hubiera sido poco, se había negado a dar referencias

para otros empleos. Ese rechazo había sido negativo para su currículum. Había pasado más de un año hasta que Mina había podido encontrar otro empleo, y había tenido que conformarse con un sueldo bajo y un cargo sin responsabilidad. Cesare Falcone había arruinado su carrera en la City.

Pero no lo había hecho solo, pensó Mina con tristeza. No se había merecido un trato semejante, pero ella había jugado un papel en su caída. Un desliz... Un error. Ella se había enamorado de su jefe. Y se había hecho vulnerable. Su corazón había reemplazado a su cabeza. Había perdido el sentido común, y cuando una noche tarde, Cesare había descorchado un champán por un negocio que había sido un éxito, Mina se había ofrecido como cena.

Mina cerró los ojos, tratando de borrar los recuerdos. Se odiaba por haber sido tan ingenua, por abandonarse de aquel modo, por ser tan estúpida. Si no hubiera sido por esa noche, ella lo habría demandado por despido improcedente. Pero había sentido vergüenza, y eso la había mantenido callada. Mientras que en cualquier otra circunstancia se habría enfrentado a él por finalizar su contrato en semejantes términos. Se estremeció al recordarlo.

Tenía que salir del aseo, porque sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a Cesare.

Edwin Haland estaba dando un discurso cuando ella volvió a la sala llena de gente. Todo el mundo estaba en su sitio con los platos servidos. Jean la saludó con la mano desde una mesa cercana.

Mina se sentó en el sitio vacío, al lado de Jean. Ésta, al ver su palidez, frunció el ceño y dijo:

–No habrás venido con el virus ése de la gripe, ¿verdad?

–Sólo estoy un poco cansada.

A Cesare lo habrían sentado a la cabecera de la mesa, y Mina intentó no mirar en esa dirección, pero un impulso más fuerte que su voluntad triunfó, y miró. Su corazón se detuvo por un momento.

–¡Es terriblemente atractivo! –exclamó Jean.

Irónicamente, la única vez que no se había fijado en su sensacional apariencia, había sido el día en que él la había entrevistado para el trabajo, en que le había hecho todo tipo de preguntas, y ella sólo se había quedado con el recuerdo de una persona seria, que la había presionado hasta con la mirada.

A pesar de su falta de experiencia, había conseguido el trabajo,

lo que la había sorprendido. Pero después de una semana de estar trabajando allí había pensado que había sido su condición de mujer lo que lo había hecho desconfiar a Cesare. Había descubierto que en su planta de ejecutivos no había ninguna empleada por encima del nivel de secretaria, y que los hombres de la junta directiva se regodeaban en su machismo, reaccionando con horror y resentimiento ante su presencia. Mantenerse en su puesto había sido una lucha diaria desde el primer momento.

Mina volvió al presente. Siguió mirando a Cesare. Sus facciones aún le resultaban familiares, después de tanto tiempo. ¡Era increíble!

No, no era increíble. Por supuesto que aquellas facciones le resultaban familiares... En miniatura y en femenino. ¿Acaso no había vivido con aquellos pómulos salientes, aquellas cejas arqueadas y esos ojos color miel durante tres años? Su hija, Susie, tenía sus mismos rasgos.

–Estás nerviosa por la reunión de los directores mañana, ¿no? –supuso Jean, al ver que Mina no comía–. Yo no me preocuparía en tu lugar. Tu promoción es segura.

Agradecida de que la distrajeran de sus dolorosos pensamientos, Mina suspiró.

–Nada es seguro, Jean.

–El señor Haland quiere que seas tú quien encabece la sección de finanzas, y los otros directores aceptarán su recomendación –dijo Jean.

–Había otros candidatos.

–Dudo que tengan tus cualificaciones, y yo diría que la invitación a que reemplaces a Simon esta noche es un avance de ello.

Mina había pensado lo mismo, pero no lo dijo. Su confianza en sí misma había mermado mucho en los últimos cuatro años, y las ambiciones que había tenido de joven habían sufrido la misma suerte. Durante sus quince días de vacaciones, que como siempre, Mina había pasado en casa de su hermana, había cruzado los dedos y había rogado que la promocionaran, y no porque estuviera deseosa de subir de estatus, ni por el desafío de una responsabilidad mayor. Sino por el simple hecho de que le iban a subir el sueldo considerablemente al ocupar el puesto de directora financiera.

Edwin se estaba levantando de la mesa y estaba invitando a su invitado VIP a subir al podium. Bajo las luces su cabello negro parecía de seda, y Mina fue asaltada por el recuerdo de la sensación de sus dedos acariciándolo. Se puso roja y bajó la cabeza. Luego levantó su copa de vino con dedos temblorosos. E intentó recuperar el control, sin escuchar ni una sola palabra del discurso de Cesare.

Pero debió de ser ingenioso y divertido, porque la audiencia se rió varias veces, en medio del respetuoso silencio con que recompensó a un orador con talento.

Lo único que oyó fue la voz grave de Cesare, con su acento tan particular. No fue capaz de comprender nada más profundo.

–No me extraña que los directores estén saltando de alegría –murmuró Jean–. Cesare Falcone podría meter a Preocupación por la Tierra en los mejores círculos sociales. Mira cuántos periodistas hay... ¡Nunca hemos tenido tantos!

La gente se estaba levantando de la mesa y empezaba a irse. Edwin señaló a Mina. Ella deseó con toda su alma poder ignorar ese gesto. Pero se levantó. Luego se sintió aliviada al ver que Cesare era rodeado por la gente. No era de extrañar, pensó cínicamente.

Muchos de sus mecenas los apoyaban solamente porque el ser vistos en ciertos eventos aumentaba su caché. Y pocas veces tenían la oportunidad de codearse con Cesare Falcone.

–Un discurso impresionante, ¿no crees? –comentó Edwin–. Yo hubiera querido que te sentases con nosotros en la mesa principal –se quejó el hombre mayor.

–No tenía idea... Lo siento...

Pero no era fácil disimular. Mina se alegró, agradecida por la posibilidad que había tenido de escapar.

Con suerte podría irse pronto a su casa, y pensar cómo manejar la situación cuando le presentaran a Cesare, algo que sucedería tarde o temprano.

«Díselo ahora», se dijo mentalmente. Debía decirle a Edwin que había trabajado con Cesare, aunque ese dato no apareciera en su currículum vitae. Edwin se sorprendería, pero no creía que fuera a comprobarlo.

–Supongo que ha sido culpa mía –sonrió Edwin, mirándola. La estatura baja de Mina le recordaba a su fallecida esposa–. Debí pedírtelo.

Mina reunió valor y dijo:

–Edwin…

–¿Te das cuenta de que ésta es la primera vez que me llamas por mi nombre de pila? –se rió el hombre.

Mina se puso roja. Solía ser muy formal con los directores.

–Por favor, no te disculpes –le dijo Edwin, alegre–. Me hace sentir muy viejo que me llamen señor Haland todo el tiempo.

–Algo que está muy lejos de la realidad… –dijo Mina educadamente, algo desconcertada por la calidez que veía en los ojos de su jefe.

–Realmente no me siento viejo cuando estoy en compañía de una hermosa joven. De hecho, me siento privilegiado.

–¿Señor Haland? –alguien lo llamó por detrás.

Edwin alzó la mirada, reacio a abandonar a Mina, algo que ella notó. Mina se había ruborizado. Se sentía algo incómoda y estaba sorprendida por aquella actitud de su jefe. Se había dado cuenta de que le gustaba a Edwin Haland, como eficiente empleada, pero hasta entonces no se le había ocurrido que pudiera sentirse atraído por ella.

–¿Dónde te has estado escondiendo toda la noche, *cara*?

Mina alzó sus ojos color amatista, y lo miró con aprensión.

–Cesare… –susurró ella, intentando guardar su compostura.

Había temido aquel momento, y había intentado prepararse para él, pero al parecer, nunca iba a estar preparada para enfrentarse a él.

–Sí, Cesare… quien te recuerda bien –murmuró él, fijando sus ojos en ella.

Ella sintió un escalofrío.

–¿Advierto al viejo verde que está por caer en el pozo del caimán? ¿O mantengo la boca cerrada?

–¿Cómo? –preguntó Mina.

–Desde fuera pareciera que te has propuesto conseguir un anillo de bodas. Pero me pregunto si es verdad. Eres una lagarta –le dijo Cesare en un tono de conversación normal, lo que hizo que lo que estuviera diciendo fuera aún más chocante–. Pero eres predecible. Evidentemente, sigues acostándote con el jefe.

Totalmente desprevenida para semejante ataque, Mina le devolvió la mirada, sin poder creer lo que estaba escuchando.

–¿Cómo te atreves…?

–En la mesa, Haland parecía un cisne buscando a su pareja. No se me ocurrió que fuese tu ausencia lo que lo inquietaba tanto. Debe de haber alguna razón por la que estés trabajando por poco dinero en una empresa que se dedica a la caridad. Dejémoslo claro, ¡tú no eres una hermanita de la caridad!

Mina empezó a pensar que Cesare Falcone se había vuelto loco.

–¿Por qué me tratas así… diciendo esas cosas? –preguntó, con voz temblorosa.

Cesare se rió suavemente.

–Eso suena a inocencia ultrajada, *cara*… Me parece bien que lo intentes, pero yo no soy un viejo tonto que se siente solo, hambriento por la atención de una mujer joven y sexy. Soy Cesare Falcone… Y si no hubieras desaparecido hace cuatro años, te hubiera despedazado, miembro a miembro, ¡por lo que me hiciste!

Incapaz de quitar sus ojos de él, Mina dio un paso atrás instintivamente. Estaba en un estado de shock tal, que no podía pensar con claridad.

–¿Por lo que te hice? –Mina repitió sus palabras, temblorosa.

–Pero la buena noticia es que un siciliano jamás olvida una puñalada por la espalda, y si tiene que esperar un año o dos… –él hizo un gesto en el aire con su mano bronceada.

Ella se asustó.

–Con el tiempo, el deseo de venganza se hace más agudo, más intenso. Te destruiré –cerró la mano como si estuviera aplastando algo, y se rió–. Salir corriendo fue un error muy grande.

El silencio rotundo sonó en sus oídos, y la hizo sentirse mareada y desorientada.

–Veo que ya ha conocido a la señorita Carroll, señor Falcone –dijo Edwin.

Mina se encogió, como si se acordase de pronto de que había otra gente alrededor. Como un sonámbulo que se despierta de repente, Mina intentó tomar consciencia de lo que la rodeaba, pero fue inútil. El comportamiento demencial de Cesare estaba exigiendo a su cerebro ejercitar toda su capacidad.

–Mina y yo no necesitamos que nos presenten –dijo Cesare, mirando a Mina con una sonrisa de desprecio–. ¿No le ha mencionado nuestro anterior encuentro?

–No he tenido la oportunidad... –empezó a decir Mina, sin saber de dónde le había salido la voz y la frialdad.

–No te hagas la cándida, *cara*... –la interrumpió Cesare–. Probablemente no haya dicho que trabajó conmigo porque la despedí.

Con el estómago revuelto, absolutamente humillada por el hecho de que Cesare fuera capaz de hablar de ese vergonzoso asunto sin dudar un momento, Mina miró a Edwin. El hombre parecía perplejo, luego su boca se apretó, y puso una mano en la espalda de Mina como prueba de su apoyo.

–Desde el primer día de trabajo con nosotros, la señorita Carroll ha demostrado ser un excelente miembro de nuestro equipo –respondió, muy serio, Edwin.

–Sí... La habilidad de Mina de involucrarse al cien por cien es una de sus cualidades –se rió Cesare.

Mina lo miró, incrédula. No podía creer que aquella pesadilla fuera realidad, porque no era capaz de pensar en una sola razón por la que Cesare pudiera querer humillarla de aquel modo.

–Pero, lamentablemente, ella es una distracción que implica un riesgo en la oficina.

Mina se puso de pie.

–Si me disculpáis...

–Te disculpo, *cara* –le dijo Cesare como en un aparte, como si ella no estuviera allí, con la atención puesta en los esfuerzos de Edwin Haland por comprender su rabia.

–Por favor, discúlpenos a ambos, señor Falcone –dijo Edwin, tratando de disimular su enfado, puesto que Cesare era un patrocinador muy importante y rico a quien no quería ofender.

Mina alzó la cabeza y dijo:

–Creo que es hora de irme a casa.

–Yo te llevaré –le ofreció Edwin.

–No es necesario –respondió Mina.

–Déjela que huya. Se siente acorralada y no quiere contestar preguntas incómodas ahora mismo.

–¿Cómo te atreves a hablar de mí como si yo no estuviera aquí? –protestó Mina.

–Se te han subido los humos todo este tiempo que has estado lejos de mí, ¿no? –Cesare le clavó la mirada–. Es mejor que pierdas

esa costumbre rápidamente.

–Señor Falcone... –empezó a decir Edwin.

Mina se dio la vuelta y se alejó, sudando y temblando.

Cesare no se había sorprendido de verla. ¿La habría elegido deliberadamente para ofenderla?

¿Por qué Cesare la humillaba en público? ¿Por qué quería arruinar su reputación de la peor manera?

No comprendía nada. La había acusado de acostarse con su jefe. Y en cuanto a las amenazas... Su referencia a un deseo de venganza... ¡Y la había acusado de haber huido hacía cuatro años!

La odiaba. Pero ¿por qué?

Nada de aquello tenía sentido.

Pero ella sí tenía motivos para odiarlo. No sólo había arruinado su carrera profesional, sino que había sido el hombre al que había amado, y la había herido terriblemente. Aquella noche, después de haber hecho el amor con él, la había hecho sentirse la mujer más sucia del mundo, aficionada a las relaciones de una sola noche con cualquiera. La había castigado por un episodio en el que él había jugado el mismo papel.

–No mezclo nunca los negocios con el placer, *cara* –le había dicho.

¡Pero ella no había sospechado que al mismo tiempo que le estaba haciendo el amor estaba planeando despedirla de su empleo!

Su hermana, Winona, le había dicho:

–¿Podrías trabajar para él después de eso?

Y ella había sabido que no podía. Para Cesare había sido un error aquella noche. Y ella, en un segundo de entrega, había perdido todo respeto y consideración para él.

Y si tanto deseaba deshacerse de ella, podría haberlo hecho decentemente, ofreciéndole un traslado, por ejemplo. Falcone tenía sucursales en varios países. O podría haberle dado tiempo de conseguir otro trabajo. Pero no, la había echado con el invento de un cargo de mal comportamiento que había arruinado sus perspectivas de futuro desde entonces, y que la había forzado a empezar de nuevo desde abajo.

¡Dios santo! ¿No había sufrido ya suficientemente? ¿Por qué él quería causarle más daño? ¿Estaría loco?

–¿Quiere su abrigo?

Mina pestañeó y se dio cuenta de que estaba frente a la encargada del guardarropa.

Cuando se estaba poniendo la prenda, apareció Edwin Haland. Parecía turbado y sofocado.

–Mina... te marchas –dijo el hombre, incómodo.

–Creo que es lo mejor –respondió ella.

–Estoy impresionado por su grosería. Es inexcusable –el hombre dudó y luego se atrevió a decir–: ¿Cuándo trabajaste para Falcone?

–Inmediatamente después de salir de la universidad. Sólo fueron tres meses. Y me echó –Mina levantó su barbilla–. Pero quiero que sepa que eso no tuvo nada que ver con mi eficiencia como empleada. Me temo que los motivos fueron más bien personales.

Edwin miró, apenado. Y frunció el ceño.

–Es una verdadera pena. Espero que el señor Falcone se abstenga de hacer comentarios delante de los otros directivos –dijo con énfasis–. Se sentirían muy perturbados por su actitud. El señor Falcone hará una gran contribución a nuestra campaña, y naturalmente no queremos ninguna fricción entre él y cualquier miembro de nuestra plantilla.

–Comprendo –respondió Mina, más pálida que nunca.

–Te veré mañana.

Su ofrecimiento de llevarla no duró mucho, aunque ella no lo hubiera aceptado. Había notado el cambio de actitud de Edwin desde que ella había abandonado el salón. Y no le extrañaba. Cesare podría haber gritado delante de todo el mundo que ella era una lagarta. Para Edwin había sido un shock, y había estado dispuesto a defenderla, pero unos minutos de reflexión lo habían enfriado, y posiblemente Cesare hubiera hecho que Edwin sospechase de ella. Después de todo, Cesare Falcone era una persona muy respetada y valorada en los círculos de los negocios de Europa.

Y por supuesto Edwin se estaría preguntando qué tipo de comportamiento podría haber provocado aquella reacción en un hombre con la educación y el reconocimiento social de Cesare Falcone, después de tantos años del episodio en cuestión.

Seguramente habría perdido todas sus esperanzas de que la promocionaran.

El conserje de la entrada se ofreció a pedirle un taxi. Pero Mina agitó la cabeza. Un taxi era un lujo que no podía permitirse. Vivía

muy modestamente. Aceptaba la ropa de su hermana, y dormía en una habitación pequeña durante la semana, y sólo existía a partir del viernes por la noche en que tomaba el tren a Oxfordshire a casa de su hermana. El billete de tren le costaba una fortuna, pero Mina no se perdía ni un fin de semana. Eran muy preciados. Pero los domingos por la noche le rompían el corazón. Nunca había podido acostumbrarse a separarse de Susie.

Caminó por la calle iluminada tratando de no ceder a la desesperación. Pero lo que no podía soportar era que esas separaciones de los domingos por la noche se hicieran infinitas.

Un coche pasó por su lado y se detuvo varios metros delante de ella. Se abrió la puerta. Como ella dudó, Cesare salió del lado del conductor y se quedó observándola, apoyado en el techo de su Ferrari.

–Entra, te llevaré.

«El caballero de la carretera», pensó Mina. No sabía si reírse o llorar.

Y tuvo la sospecha de que si no le hacía caso, Cesare iría tras de ella.

–Tenemos un asunto pendiente –dijo él.

Mina bajó la cabeza para que los ojos de Cesare no la intimidaran y dijo:

–Déjame en paz.

–Métete en el coche.

Ella tuvo curiosidad por saber qué quería decir eso de que tenían un asunto pendiente. Y quería averiguarlo, y quería aclarar qué había detrás de aquel comportamiento tan extraño de Cesare, y aclarar el malentendido. Cesare era despiadado, duro, temperamental, volátil como un volcán, pero no estaba loco, pensó.

Mina subió al coche.

–Te daré una alternativa –dijo Cesare, sin volver a poner el coche en marcha.

–¿Una alternativa? –repitió ella.

–Que renuncies a tu empleo.

–¿Renunciar? ¿Estás loco?

–Si no renuncias, tendré que advertir a los directores –luego hizo una pausa y agregó–: ¿Directora de finanzas, tú? Sí, sé que te iban a promocionar. Pero yo no permitiré que metas tus zarpas en fondos

relacionados con actividades caritativas.

Mina estaba mirando hacia delante. No quería mirarlo. Pero de pronto se dio la vuelta.

–¿Estás insinuando que no se me puede confiar dinero? –preguntó en un tono tenso.

–Sé que no se puede confiar en ti. Y no me impresionas con esta representación de inocencia. Tú cometiste un delito hace cuatro años, y es posible que la ley no haya sido lo suficientemente rápida como para detenerte... Pero yo, sí –dijo Cesare, mirándola amenazadoramente–. Aún tengo la prueba que podría enviarte a prisión...

–¿A prisión? –repitió ella, incrédula.

–Por uso fraudulento de información confidencial en el comercio. Es algo que está muy perseguido en los tribunales. Aún podrían juzgarte por ello.

Mina se puso pálida. Cada vez comprendía menos.

–Estás loco... Yo jamás habría hecho algo así –protestó Mina con voz débil, porque no podía creer que él pudiera pensar que ella fuera capaz de hacer algo así.

–Lo habrías hecho más de una vez si yo te hubiera dado la oportunidad –replicó Cesare con dureza–. Pero yo no te la di. Te despedí. Y tú te fuiste con tu ganancia y desapareciste de la faz de la tierra.

–Eso no es verdad. ¡No hubo ganancia alguna, porque yo no lo hice –exclamó Mina, con el corazón latiendo enloquecidamente.

Pero Cesare parecía imperturbable.

–Yo creí que me despediste porque... ¡Porque me había acostado contigo! –terminó diciendo ella. Pero fue incapaz de mirarlo.

–*Dio mio!* El jurado seguramente se conmoverá cuando oiga esa defensa –dijo Cesare con desprecio–. Hay un documento en el que hay constancia de que fuiste despedida por comportamiento grave.

–Lo sé, pero yo...

–Se dice que en las cárceles de mujeres hay mujeres marimachos. Yo que tú, con lo poco que pesas y esa constitución de muñeca que tienes, empezaría a entrenarme.

–¡No voy a ir a la cárcel porque no he hecho nada! –exclamó Mina, totalmente descontrolada.

–Bueno, puedes estar segura de que no harás nada en el mundo

de las obras de caridad... Con tu talento para la contabilidad, podrías causar mucho daño. Quiero que estés fuera de ese mundo y...

–¡No he hecho nada! ¡Soy una persona honesta!

–Si me presionas, le contaré todo a Haland, y te aseguro que puedo apoyar mis alegaciones con pruebas contundentes. Y un hombre como Haland, con unos principios tan sólidos, se sentiría obligado a informar a las autoridades de un acto ilegal...

–Y si estás tan convencido de que soy culpable, ¿por qué no has sido tú quien se lo ha informado a la policía?

–Habría sido como denunciar un asesinato sin tener el cadáver. Desapareciste como un ladrón en la noche –hizo una pausa y la miró fijamente–. Reconozco que me hacía gracia la idea de que te convirtieras en una mascota de la cárcel, pero no me satisfacía totalmente. Creo que el castigo debe ser acorde al delito.

–Yo no he cometido ningún delito. ¿Por qué te niegas a escucharme?

–Tú te aprovechaste de las charlas en la cama para beneficio propio...

–¿Charlas en la cama para beneficio propio?

–Conseguiste esa información como una profesional. Me pusiste en ridículo. Podrías haberme arrastrado contigo al fango. Que me consideraran culpable por colaboración. No dudo que tu intención era decir que comerciabas en nombre mío si te hubieran atrapado. Seguramente habrías representado el papel de rubia tonta que no tiene idea de nada, y hubieras insistido en que tú no tenías idea de que lo que estabas haciendo era un delito contra la ley.

–¡Estás chiflado! –apenas pudo vocalizar Mina.

–Y que dirías que fuiste seducida, usada –continuó Cesare–. Si fueras un hombre, te habría matado... Pero eres una mujer, y pienso usarte del mismo modo en que me tú me usaste...

Capítulo 2

–¿Cómo? –Mina aún estaba en estado de shock, y su cerebro no podía procesar lo que estaba escuchando.

Era demasiado para digerir de una vez.

No obstante, había algo claro: él pensaba que ella había cometido un delito. Porque cuando ella le había dicho que había creído que la había echado por acostarse con él, Cesare había rechazado ese motivo.

Aquello explicaba su actitud con ella. Su odio y sus agresiones ahora tenían sentido.

Cesare pensaba que ella era culpable de traficar con información. Y peor aún, creía que había usado información que él le había confiado. Y además, pensaba que si la hubieran detenido habría mentido y habría dicho que había actuado en nombre de él.

«Te usaré como tú me usaste a mí», le había dicho.

–¿Y cómo piensas hacer eso? –preguntó Mina.

–¿Cómo crees que lo haré? –la miró con una sonrisa cínica–. No creo que vuelvas a meterte con un siciliano...

Mina dejó escapar un suspiro tembloroso.

–Pienso pedir asesoramiento legal acerca de las alegaciones que has hecho contra mí.

–Hay pruebas rotundas.

–¡Es imposible que tengas pruebas contra algo que no he hecho!

–Si tienes algo del dinero, pienso quitártelo. Para cuando termine contigo...

–¡Ni siquiera vas a empezar conmigo!

Mina estaba desesperada por bajar del Ferrari, pero quería hacerlo con dignidad.

Cesare sonrió burlonamente y contestó:

–No me digas que no puedo hacer lo que ya he empezado. ¿Realmente crees que voy a dejar que te salgas con la tuya? Deberías haber sabido que estaría tras tu pista. El día que encontré tu foto fue un gran día.

–¿Mi foto?

–En el boletín de Preocupación por la Tierra. Deberías haber tenido más cuidado, pero tuviste mala suerte. El personal de mi empresa se ocupa de leer los boletines de las obras de caridad. Pocas veces me los pasan a mí. Pero ahí estabas tú, toda tímida y remilgada, de pie al lado de Haland y otro mecenas.

Mina se había olvidado de que Jean le había comentado que el interés de Cesare Falcone se había despertado cuando había visto el boletín de la organización. Ella había pensado que su encuentro de aquella noche había sido pura casualidad. El conocimiento de que él lo había sabido de antemano fue un golpe para ella.

–¡Una estafadora como tú en una organización caritativa con preocupaciones sociales! ¡En empresas así hay mucha gente con buenas intenciones, más motivada por la sincera preocupación medioambiental, que por los negocios y el dinero! Y de pronto apareces tú, como un zorro en un gallinero… ¡Haland se moriría si supiera de lo que eres capaz!

–¡Cómo te atreves a llamarme estafadora! –Mina saltó–. Tiene que haber algún malentendido…

–He seguido tus pasos, y sé exactamente lo que eres. No quieras convencerme de tu inocencia. Te he visto sonreír afectadamente a Haland y sonrojarte… Y encima eres tan remilgada y tan pequeña… Pero a mí no me engañas… –miró el cuerpo de Mina y torció la boca con desprecio–. Haces que los hombres sean protectores contigo. A mí también me lo hiciste. No culpo al viejo verde por rendirse ante los encantos femeninos que despliegas… *Dio mio!* ¿Acaso no me rendí yo también? –gritó Cesare, con resentimiento.

–Cesare, yo…

Cesare agarró una muñeca de Mina y tiró de ella hacia delante.

–Cállate. ¡No volveré a caer en tus redes, *cara*! Sé lo lista que eres, pero tu avaricia te traiciona. ¡Eres una lagarta traidora! Pero tu vida va a cambiar. Haberme traicionado fue un gran error.

–¡No te traicioné! –gritó ella, temblando, atrapada en la fuerza de su mano.

–Me traicionaste en todos los sentidos. ¡Como jefe y como amante! –exclamó él–. Una noche inolvidable en la que toda mi fantasía fue satisfecha. Eras virgen, pero una ramera en lo que había detrás.

Mina levantó la mano y le dio un bofetón con todas sus fuerzas. Luego se quedó paralizada, impresionada por la violencia que había desplegado. Era la primera vez que golpeaba a otro ser humano.

–Relájate... Tú fuiste la mejor que tuve...

Mina se puso pálida. Le temblaban los labios. Cesare ni se había inmutado por el bofetón.

Lo vio sonreír, y aquello le heló hasta los huesos. Fue como la sonrisa de un tigre después de probar la sangre. Cesare sabía que ella había perdido el control, y se sentía triunfante, incluso lo divertía aquello. Con una risa suave, la soltó.

Mina, con la respiración agitada, intentó salir del coche, pero no pudo abrir la puerta.

–Está cerrada –la informó él, y puso el motor en marcha.

–¿Adónde me estás llevando?

–A tu patética habitación. Seguramente la has elegido para ablandar el corazón de Haland. Él debe de ser muy ingenuo.

–Pero lo que llevas puesto no encaja con la imagen de pobrecilla que quieres darle a Haland.

–El traje es prestado –dijo Mina.

No sabía por qué todavía se molestaba en explicarle algo así.

–Seguro... –se burló Cesare–. Te sienta como un guante. ¿Da la casualidad de que tienes una amiga tan bajita y pequeña como tú?

–¿Cómo sabes dónde vivo?

–Lo sé.

–Por favor, déjame salir de este coche.

–¿Para que puedas largarte? Un solo movimiento en falso en esa dirección, *cara*, y te arrepentirás de haberlo hecho.

–¡Deja de amenazarme!

–¿Empiezas a sentir la claustrofobia de la cárcel, guapa?

–Como no hay ni la remota posibilidad de que vaya a la cárcel por algo que no he hecho, no me molesta demasiado.

–¡Mentirosa! Estás temblando. Pero debe de ser un alivio dejar de representar ese papel de mosquita muerta para deleite de Haland. Aunque no parece que te haya gustado mucho que manchen tu imagen esta noche –le recordó Cesare sin ningún remordimiento.

–¡Lo que has dicho es imperdonable!

–He dicho la verdad. Y he estado tentado de contarle más cosas,

pero no habría quedado muy medido en ese caso –agregó Cesare, secamente.

–No voy a renunciar a mi empleo.

–Entonces yo me encargaré de ello. Retiraré mi donación a Preocupación por la Tierra.

–¡Eres capaz! –exclamó Mina, horrorizada.

–Y explicaré que no puedo dar ese dinero a una organización que da empleo a una mujer deshonesta, en la que no se puede confiar.

Mina bajó la cabeza, abatida por aquella afirmación injusta.

–Supongo que te recibirán muy contentos en la oficina después de eso... –dijo Cesare.

–¡Podría demandarte por difamación! –exclamó ella.

–Y la prueba que presentaría haría que se cerrase el caso el primer día...

Cesare no podía tener pruebas de algo que ella no había hecho. Pero, evidentemente, en Industrias Falcone, alguien de la junta directiva, había estado pasando información confidencial. Cesare había encontrado pruebas y las había relacionado con ella por error. ¿Se trataría de un accidente, o el verdadero culpable habría intentado dirigir las sospechas hacia ella? La idea de que alguien con quien había estado trabajando hacía cuatro años la hubiera señalado como blanco para proteger sus espaldas le daba escalofríos.

En el silencio profundo, Cesare se acercó al bordillo de la calle y apagó el motor.

–¿Adónde vas los fines de semana? –murmuró Cesare.

Mina dio un respingo. Giró la cabeza y lo miró con pánico en sus ojos violetas. Luego intentó ocultarlo.

Cesare se echó hacia atrás en el asiento y la miró con gesto duro.

–Todos los fines de semana... Todas las vacaciones... Cada día libre... –dijo, jugando con ella; demostrándole todo lo que sabía–. ¿Tienes algún marido escondido en alguna parte? ¿Un cómplice en los delitos?

–¡No seas ridículo!

–Un amante, entonces... Se quedará fuera de juego. No pienso darte fines de semana libres...

–¿De qué diablos estás hablando?

–Ni la libertad de que te metas en otras camas. Aunque dudo que tengas la energía... Vas a estar muy ocupada teniéndome contento... Y no es fácil vivir conmigo mirando el reloj... No soy amante de las prisas. Tengo mucha paciencia... y soy muy exigente...

–No voy a vivir contigo... –balbuceó Mina.

–Me da igual cómo lo llames, pero estarás en mi cama todas las noches –Cesare apoyó su cabellera negra en el asiento con gracia indolente, y la miró con un brillo en los ojos que subrayaba su seguridad de que era él quien tenía las riendas del asunto.

–¡Estás equivocado! ¡Antes me tiraría a un barranco que dejar que me toques otra vez!

–Yo no lo creo...

–¡Yo lo sé!

–¿Tienes algo más para cambiarme por mi silencio? –Cesare sonrió cínicamente.

–Estás intentando chantajearme –susurró ella, horrorizada.

–Debe de ser el efecto de las malas compañías que tengo. Y no es tan sórdido como lo que me hiciste tú a mí. Tú cambiaste sexo por información y lucro. Me vendiste por dinero. Me usaste...

–Yo no usaría a nadie de ese modo.

–Es tiempo de revancha, *cara*. No te molestes en pensar en la carta de renuncia a Haland. Eso está terminado, y él jamás sabrá que se ha escapado por los pelos, gracias a mi intervención. Te recogeré mañana por la noche a las ocho. De acuerdo –agregó. Lo que no era una pregunta. Era una afirmación–. Y ahora puedes ir a dormir para mantener tu belleza.

Mina tragó saliva y empezó a salir del coche, pero Cesare extendió la mano y la agarró antes de que ella pudiera adivinar lo que intentaba hacer. Tiró de ella como si fuera una muñeca y dijo:

–Ven aquí...

–¡Quítame las manos de encima!

–Quiero algo a cuenta primero...

Cesare la agarró fuertemente, y le sujetó la cabeza con una mano entrelazando sus dedos a su cabello.

–¡Suél... ta... me! –le pidió ella, casi sin respiración.

–Será mejor que tomes un curso de pesas... Vas a necesitarlo...

–No... –balbuceó Mina, bajo la mirada abrasadora de Cesare.

–Nunca me digas «no» a mí –le dijo Cesare con voz sensual–. Cuando me des con una puerta en las narices, yo la derribaré de una patada.

Ella se había olvidado, ¡oh, Dios!, ¿cómo podía haberse olvidado de cómo la hacía sentirse? Era aterrador. Era como si una fuerza física la encerrase, dejando a su cerebro completamente inactivo. El propio latido de su corazón retumbaba en sus oídos. La excitación, peligrosa y pura, se alzaba en cada una de sus células. Sentía tensión en sus pechos...

–Para... –dijo, aunque ella no podía moverse.

–Si no te estoy haciendo nada... todavía –Cesare bajó la cabeza y le dio un beso en el pulso que latía salvajemente debajo de su cuello. Se le derritieron todos los huesos en un ferviente calor. Echó la cabeza hacia atrás, extendiendo su cuello. Tembló violentamente. Levantó las manos y puso una de ellas en su ancho hombro. La otra la entrelazó al cabello de Cesare. ¡Y sentirlo nuevamente fue una sensación tan placentera!

Cesare levantó la cara y besó sus suaves labios con hambre devoradora. Entreabrió sus labios con la punta de su lengua y luego exploró su interior con maestría. Ella clavó sus uñas en su hombro, con violenta pasión, mientras reaccionaba a su sensual demanda, besándolo con todo el ardor de que era capaz.

Sin advertencia, Cesare se liberó, apartándola con la misma fuerza, mientras la miraba fijamente.

–Tienes un talento natural... Tal vez haya elegido mal el castigo... O quizá seas lo suficientemente estúpida como para pensar que puedes convencerme de que te deje trabajar en esa organización caritativa.

Mina se pasó el reverso de la mano en un gesto violento de disgusto. Sus ojos color amatista brillaban con odio.

Agarró la puerta del coche y salió, avergonzada al descubrir que sus piernas le temblaban.

–Si no me dejas en paz, tendrás problemas –afirmó Mina.

–¿Es eso una amenaza? –preguntó Cesare.

Mina hubiera querido gritar. Pero cerró los ojos un momento.

–No, Cesare, no es una amenaza, porque yo no amenazo, como tú. Es una advertencia. Tú arruinaste mi vida hace cuatro años y acabo de descubrir por qué... –Mina tenía un nudo en la garganta–.

Pero sea quien sea quien traficó con información para sacar una ganancia, ¡no he sido yo! ¡Has atrapado a un culpable equivocado!

–¡Por supuesto que lo he atrapado!

–No voy a permitirte que me conviertas en tu víctima nuevamente –le juró Mina trémulamente. Tenía ganas de llorar–. ¡Necesito mi trabajo y no pienso renunciar a él! Así que ¡déjame en paz!

–Mañana, a las ocho –repitió Cesare, y cerró la puerta.

Minutos más tarde, Mina se hundió en la cama de su pequeña habitación y se cubrió la cara con las manos. ¿Cómo era posible que él pudiera pensar eso de ella? ¿Cuántas chicas de veintidós años recién salidas de la universidad podrían estar envueltas en una ilegalidad semejante? ¿De dónde podría haber sacado el dinero necesario para empezar a jugar en la bolsa? ¡Cuatro años, y era ahora cuando se enteraba de por qué él la había despedido!

La había acusado de desaparecer, lo que quería decir que él habría intentado ponerse en contacto con ella nuevamente.

Mina dejó escapar una risa de amargura. Había recibido el aviso del fin de su contrato fuera del horario de trabajo. Había sido enviado por una mensajería especial y había venido desde Hong Kong, donde Cesare se encontraba en aquel momento.

Ella había estado a punto de mudarse a un piso, pero el despido había significado que ya no podría permitírselo. También había significado que tuviera que renunciar al depósito que había entregado. Si Roger y Winona no hubieran tenido que volver de Francia porque el padre de su cuñado estaba gravemente enfermo, se habría encontrado en la calle. Tres meses más tarde de terminar la universidad, su situación económica no había sido muy boyante.

Poco tiempo después descubrió que ni el hecho de haber arruinado su carrera, ni el de que le hubieran roto el corazón, ni el de que la hubieran humillado de semejante forma, era comparable a un embarazo no planeado. Se trataba del hijo de Cesare, concebido en el amor, la pasión, y la irresponsabilidad. Mina se había sentido destrozada por el descubrimiento de que estaba esperando un hijo. Después de muchos dolores de cabeza y de reflexionar acerca de ello, había llegado a la conclusión de que la mejor opción para su bebé no nacido era la adopción.

–Veremos –había dicho Winona.

Y cuando su bebé había nacido, Mina se había dado cuenta de que no podía separarse de su bebé. Y los últimos años habían sido una lucha por darle a su hija lo mejor para ella, y durante dos años aproximadamente, eso había significado vivir separada de Susie durante la semana y verla sólo los fines de semana.

¡Dios santo! Odiaba a Cesare, y no obstante, cuando la había besado y la había rodeado con sus brazos... ¿Cómo podía hacerla sentirse así nuevamente? Su reacción había sido irracional, totalmente distinta de lo que quería su intelecto. Hacía cuatro años ella había estado perdidamente enamorada de él, y el apasionado deseo que él había despertado en ella había terminado en una noche inolvidable, que en aquel momento le había parecido natural, como parte de ese amor.

Pero los hechos que siguieron la hicieron arrepentirse de su propia falta de control. Ni siquiera podía decir que Cesare la hubiera engañado en cuanto a sus intenciones. En pocos minutos habían pasado de un beso a la cama más cercana, y ella no había pensado ni por un momento en lo que estaba haciendo. Sólo se había imaginado que Cesare se había dejado llevar por la misma pasión que había explotado en ella.

Ahora, con algunos años más, y seguramente algo más sabia, sabía que las cosas habían sido muy distintas. Cesare simplemente había aceptado lo que le habían ofrecido. Ella había sido una víctima de sus fantasías románticas, al pensar por un solo instante que podía significar algo más para Cesare que la lascivia del momento por un cuerpo femenino.

Y ahora quería mostrar, con arrogancia machista, que ella todavía se excitaba con él.

Y lo peor era que era verdad.

Aquella idea la llenaba de vergüenza. No era de extrañar que Cesare pensara que ella era una mujer promiscua.

Con rabia, se metió en la cama. Al día siguiente iría al trabajo. Tal vez fuera un farol lo de Cesare. Aquella noche Cesare había tenido la ventaja de la sorpresa, y para ella había sido un shock. Pero si se aparecía al día siguiente por la noche, ¡ella llamaría a la policía y lo acusaría de acoso!

¿Quién demonios se creía que era?

No contento con acusarla de un delito, quería impedirle que se

ganase la vida, ¡y la amenazaba!

Sabía que Cesare tenía un temperamento fuerte, con turbulentos estados de ánimo. ¡Se alegraba de que Cesare hubiera estado furioso durante aquellos cuatro años!

Era curioso, pero esa idea le quitó el dolor de cabeza. Susie tenía ese temperamento también, reflexionó. Pero luego intentó no pensar en algo tan íntimo.

De repente empezó a mirar la situación desde el punto de vista de Cesare, y por un instante, en un nivel ilógico, le pareció posible.

Cesare creía que ella le había mentido. Cesare podía ser muy sofisticado en apariencia, pero debajo de esa superficie, era un hombre de la Edad de Piedra. La sola idea de que una mujer lo hubiera engañado debía de ser devastadora para su ego. Una herida a su orgullo era como un insulto a su masculinidad. Por lo tanto, el agravio tenía que borrarse, quedar compensado... pero en privado.

Bueno, si Cesare pensaba que podría chantajearla para que se metiera en su cama, ¡se equivocaba!

Mina estaba hablando por teléfono a las once de la mañana del día siguiente cuando apareció Haland. Parecía cansado y preocupado y evitó su mirada al pasar por su escritorio. Minutos más tarde la llamó a su despacho.

Carraspeó y dijo:

–He venido tarde porque he tenido una reunión en Industrias Falcone.

Mina se puso tensa.

–Después de lo que presencié anoche, he pensado que tenía que averiguar más acerca de las razones de tu despido.

Mina se puso pálida.

–Veo que no fue suficiente mi explicación...

–No se trataba de sentimientos personales. Pero me ha inquietado el hecho de que no me dijeras que trabajaste para Cesare Falcone.

Mina se puso rígida y se sonrojó. Pero no hizo ningún comentario. Un currículum sincero no le hubiera hecho conseguir su empleo con Preocupación por la Tierra, y ella había estado desesperada por conseguir trabajo en aquel momento.

–No tiene sentido sacar este triste tema –Edwin Haland suspiró, sin ocultar su disgusto–. Me temo que ese asunto de deshonestidad con el dinero es algo que no se puede pasar por alto en una empresa como ésta.

En estado de shock, Mina se encogió. Cesare había cumplido su amenaza, pero ella parecía no querer aceptar que él pudiera exponerla a semejante humillación.

–Pero yo...

Edwin movió una mano como queriendo silenciarla.

–Realmente no quiero los detalles, Mina.

–¿No ha oído hablar de que una persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario? –dijo Mina, temblorosa.

Edwin dio vuelta la cabeza y no contestó.

–Quisiera que pidas la renuncia a tu puesto de trabajo sin tener que pasar por nada desagradable. Durante el tiempo que llevas trabajando con nosotros, has sido una empleada excelente, y yo no tengo problema en dar referencias tuyas de esos dos años.

–¿Quiere que me vaya porque Cesare no quiere que trabaje aquí y usted tiene miedo de que él retire el dinero que prometió para la campaña? –Mina hizo la traducción con los dientes apretados. Luego asintió–. Bien. Me iré ahora. Pero cuando limpie mi nombre, Edwin, usted me pedirá disculpas, porque yo creía que usted, al menos, ¡tenía una mejor opinión de mí!

No sólo no iba a conseguir una promoción en su trabajo, sino que iba perderlo, pensaba, mientras recogía sus cosas de la oficina. En veinticuatro horas, Cesare había vuelto a destruir su vida. Y ella no podía creerlo.

Claro que podría haber seguido trabajando en la organización caritativa hasta que encontrasen un motivo verdadero para echarla, pero su orgullo era demasiado como para trabajar al lado de un hombre que pensaba que ella era una ladrona, ¡y que no podía mirarla a los ojos! Al menos así, tendría referencias, y Edwin le había asegurado que no diría nada de por qué se había marchado.

Tenía ganas de llorar. ¿Cuánto tiempo le llevaría conseguir un trabajo? Sus planes de traer a Susie a Londres a vivir con ella en cuanto pudiera permitirse vivir en un sitio mejor se habían derrumbado. ¡Y ella había trabajado tanto con ese fin...!

Ahora, en un momento, estaba en el mismo sitio en el que había

estado hacía tres años, pero mucho menos optimista. ¡Dios santo! ¿Por qué se habría relacionado alguna vez con Cesare Falcone? Él era como una maldición que la perseguía.

¿Qué había hecho ella para merecer aquello?

Estaba caminando por la calle donde vivía cuando vio el Ferrari. No era normal ver Ferraris en aquella zona. Sabía que era Cesare.

Cuando estaba a unos metros de ella, salió del coche y lo rodeó.

Ella se detuvo inmediatamente.

Todo su aspecto era inmaculado: un traje italiano a medida, gris claro, sobre esos anchos hombros y esas largas piernas, una camisa azul de seda que resaltaba su piel bronceada, y unos zapatos artesanales. Un par de adolescentes al otro lado de la calle, le silbaron. Era una fiesta para los ojos, claramente, se dijo Mina, con rabia hacia sí misma.

–Mina...

–¿Vienes a jactarte de lo que has logrado? –le preguntó ella.

No comprendía por qué él no estaba sonriendo como el tiburón que era. De hecho, al verlo detenerse a la luz del sol, le pareció verlo tenso. Tenía una mirada dura, seria.

–No fui yo quien habló con Haland. Yo estaba fuera de la oficina.

A Mina le dio la impresión de que le estaba rogando comprensión, ¿o eran imaginaciones suyas? ¡Qué idea tan tonta! Cesare sabía hacer muchas cosas, ¡pero no rogar! ¿Y qué quería decir con eso de que no había hablado con su ex jefe?

–Haland habló con Sandro –siguió Cesare.

Era el hermano de Cesare, pensó Mina. Se le hizo un revoltijo en el estómago al pensar que Sandro estaba al corriente de su supuesta deshonestidad.

Sandro, un año más joven que Cesare, era un tipo malhablado, ignorante, que sin la protección de su hermano no habría encontrado empleo en ninguna empresa con reputación. El hecho de que Sandro hubiera sido capaz de arruinar su reputación en una conversación con Edwin era algo que le parecía más humillante aún.

–Da igual con quién habló Edwin Haland, ¿no crees? ¡A no ser que pudieras borrar lo que dijiste de mí anoche! –Mina se rió afectadamente al pensar en esa ridícula idea, y lo miró con

desprecio.

Cesare estaba pálido. Sus ojos parecían quemarla. Su hermosa boca se torció en un gesto indescifrable. Mina se quedó de pie, temblando con amargura y resentimiento, y lo culpó con la mirada.

–Tenemos que hablar –murmuró Cesare en voz baja.

–La única persona con la que tengo que hablar es con mi abogado, y me alegro de que tu hermano se haya metido en esto, a tu lado, porque ahora puedo matar dos pájaros de un tiro... Y, créeme, ¡lo voy a hacer! –le gritó Mina.

Aunque sabía que no podría llevar a cabo aquella amenaza.

–¡Y ahora, sal de mi camino!

La mandíbula de Cesare se tensó.

–No te recomiendo que te acerques a un abogado...

–¡Oh, no! Estoy segura de ello. ¡Tú puedes andar por ahí contando sucias mentiras sobre mí, y hacerme perder el trabajo, pero yo no puedo defenderme! –exclamó Mina agresivamente, con los puños cerrados, al ver que él no se quitaba del paso, agregó–: ¡Quítate, Cesare!

Cesare seguía mirándola, como si estuviera sorprendido. Al ver que no tenía respuesta, Mina puso una mano en su pecho para empujarlo y quitarlo de en medio. Cesare se la agarró y le impidió apartarse.

–¡Qué diablos estás...? –empezó a decir ella.

De repente la levantó con ambas manos en el aire y la besó con una pasión que la encendió.

Ella sofocó una exclamación. Cesare la bajó, deslizándola a lo largo de su cuerpo musculoso, para que sintiera cada una de las líneas de su poderosa anatomía.

Mina sintió que su cabeza nadaba en la confusión. Le costaba pensar. Pero de pronto se dio cuenta de qué era lo que había provocado aquel asalto. Sus mejillas ardieron al notar su inconfundible erección masculina.

–*Dio!* –susurró Cesare–. ¡Te deseo tanto!

Capítulo 3

Cuando de pronto se dio cuenta de que estaba de pie, rodeada por sus brazos, Mina se soltó, torpemente se puso a su lado, y se perdió por la puerta que había a unos metros detrás de él. Subió las escaleras rápidamente y buscó la llave en el bolso , nerviosa. Cuando la puso en la cerradura, oyó a Cesare detrás de ella.

–¡Vete!

Con un paso largo, Cesare se puso delante de ella, impidiendo que le cerrase la puerta en la cara.

–*Per amor de Dio* –susurró Cesare, mirando por encima de la cabeza de Mina su pequeña y claustrofóbica habitación, tan desnuda y ordenada como una celda.

–¡No quiero que entres aquí! –gritó Mina.

Con una mano arrogante, Cesare la apartó y entró. Había muy poco espacio. Había una cama, una pequeña mesa contra una pared, y un hueco con cortinas, que hacía de despensa. Cesare observó el lugar con un aire de increíble disgusto.

–Está limpio. No vas a contagiarte de nada –dijo Mina–. ¡A lo mejor quieres llevar a cabo un registro para encontrar el botín que crees que tengo!

Cesare la miró y contestó:

–Metiste alrededor de un cuarto de millón de libras en acciones. Supongo que lo tienes en algún lugar seguro... Tal vez en propiedades en el campo, ¿donde pasas los fines de semana, quizá? –Cesare la miró fijamente, como queriendo ver su reacción.

–¿Un cuarto de millón? ¿Y crees que estaría viviendo aquí como una rata en una caja?

–Habría sido muy estúpido de tu parte despilfarrarlo... Pero esto... –Cesare volvió a mirar alrededor–. Esto es exagerado. Tu salario en Preocupación por la Tierra quizá haya sido bajo, pero creo que podrías haber vivido más cómodamente.

–Tal vez tenga gastos que tú no conozcas –en cuanto lo dijo, Mina se arrepintió–. Un cuarto de millón... –murmuró en un aparte,

tentada de reírse como una hiena al imaginarse lo distinta que habría sido su vida de haber tenido sólo una parte de ese dinero.

–¿Qué hiciste con él? –preguntó Cesare.

–Nunca lo tuve, ¡por el amor de Dios!

–Depositaste cincuenta mil en tu cuenta corriente... ¿Qué hiciste con el resto?

«¿Cincuenta mil?», la cifra sonó en su cabeza. Un mes después de que la hubieran despedido de Falcone ella se había quedado de piedra al recibir un informe del banco que indicaba que milagrosamente tenía cincuenta mil libras en la cuenta. Había llamado al banco inmediatamente para decirles que había habido una equivocación, y que el dinero que le habían ingresado no podía ser de ella. Sorprendentemente, no se habían mostrado interesados y le habían asegurado que no había habido ningún error.

Durante un par de días ella se había preguntado si Cesare había depositado el dinero para limpiar su conciencia por el modo cruel en que la había despedido. Pero esa explicación no le había parecido probable. Le había llevado varias semanas convencer al banco de que tenían que sacar ese dinero de su cuenta. Finalmente lo habían hecho, y un poco después, cuando ella había ido al banco a interesarse por el asunto, un empleado había ido a preguntar y le había dicho que sí, que había habido un error, y que el dinero ya estaba en la cuenta de su verdadero dueño.

–¿Cómo sabías lo que había en mi cuenta? –preguntó Mina.

–Tengo mis métodos. Ahora, quizá, dejarás de negar la verdad... –sugirió Cesare.

Mina quemaba de rabia. Era mucha coincidencia. A ella le habían tendido una trampa. Cesare había podido seguir el rastro de parte del dinero y había llegado hasta ella. Alguien lo había preparado todo, pero ¿quién? ¿Y cómo podía averiguarlo y probar su inocencia? Seguramente el banco tendría un registro de aquella transferencia de esas cincuenta mil libras a otra cuenta, ¿no? Bueno, no pensaba compartir sus sospechas con Cesare, que pensaría que ella, temerosa de una investigación, habría transferido el dinero a cualquier otro sitio para borrar sus propias huellas.

–Sólo has estado con esa empresa de caridad dos años –insistió Cesare–. ¿Dónde estuviste los otros dos años? ¿Viajando? ¿Asistiendo a fiestas?

No había sido ninguna fiesta el trabajo de parir, pensó Mina, con rabia. Ni había sido muy divertido el siguiente año. A pesar de las protestas de la familia, ella había decidido seguir adelante sola con Susie. Había tenido una serie de trabajos malos, que habían terminado fundamentalmente por la imposibilidad de pagar a gente de confianza para cuidar a su hija.

De hecho, había preferido morirse de hambre que aceptar la ayuda de los servicios sociales, que habrían acudido a Cesare para que mantuviera a Susie, o pedir ayuda a Roger y a Winona con la cola entre las patas. De las dos opciones, había ganado la familia. Mina hubiera preferido dormir en un parque antes que permitir que Cesare se enterase de que ella había dado luz a una criatura suya. Un hombre que se acostaba con una mujer una noche, y al día siguiente la despedía del trabajo no era de confiar como padre. Cesare había demostrado muy claramente su indiferencia. La había tratado como a una basura, y ella jamás olvidaría esa experiencia.

–Asistiendo a fiestas –decidió Cesare, mirando la cara roja de Mina, que parecía a la defensiva.

Mina echó la cabeza hacia atrás, irritada.

–¿Por qué no? –dijo.

–¿Con quién? –preguntó Cesare.

Mina se encogió de hombros, y caminó hacia la ventana, amargamente satisfecha al ver el enfado de Cesare. Era una pena que la noche anterior no hubiera visto aquella debilidad en Cesare. Él todavía la deseaba. Todavía le parecía atractiva. ¿Por qué se sentía tan sorprendida por esa revelación? La química sexual no siempre iba a unida al respeto y a la simpatía por alguien. ¿Acaso no lo había comprobado ella misma la noche anterior? Ella lo odiaba, pero él podía derribar sus defensas con sólo tocarla, simplemente acercándose mucho, despertando su atracción por él con sólo mirarla con aquellos hermosos ojos dorados. Cesare era una persona con una personalidad muy sexual. Entonces, ¿por qué no iba a ser vulnerable a él? Era normal.

–Te he preguntado con quién –repitió Cesare.

–¿Y eso a ti qué te importa? No es asunto tuyo.

–Quiero saber, y también quiero saber adónde vas los fines de semana –soltó Cesare, entre dientes.

–¿Te pregunto yo qué has estado haciendo los fines de semana

de estos cuatro años? –se oyó decir Mina.

No sabía de dónde le había salido esa pregunta. No recordaba haberla pensado. Lo único que sabía era que odiaba a Cesare más de lo que había creído.

–Yo te lo pregunté primero. ¿Con cuántos hombres has estado?

–¿Con cuántas mujeres has estado? –le respondió Mina, furiosa.

Cesare dejó escapar una exhalación inaudible y dio unos pasos hacia delante.

–Los fines de semana. ¿Quién es él?

Mina pensó en la considerable cantidad de tiempo que pasaba con el abuelo de Roger, a quien conocía desde que tenía tres años. Baxter Keating era un viejo adorable, quien compartía su espaciosa casa de campo con Roger y Winona. Baxter era una persona muy discreta, que, al igual que Mina, tenía mucho cuidado de no meterse más de lo necesario en la intimidad de la pareja.

–Es mucho más viejo que tú –murmuró Mina con dulzura, con el propósito de provocar un shock en Cesare, de enfadarlo.

Cesare se puso rígido.

–¿Casado?

–Viudo.

–¿Hay posibilidad de que se case contigo?

–No.

–Pero tú vas a verlo todos los fines de semana... Y vives con él –dijo Cesare con voz de trueno.

Aquella confesión parecía haber causado la misma reacción que si le hubiera dicho que pasaba los fines de semana en orgías.

–Si no quieres la verdad, no debiste preguntar –dijo Mina, satisfecha porque no había dicho ni una sola mentira.

Y como lo que acababa de decirle era algo que enfriaría a un hombre tan arrogante como Cesare, esperaba que la dejara en paz. Con movimientos bruscos, Cesare se apartó de ella. Luego se dio la vuelta para mirarla y le dijo:

–Es él quien te compra la ropa que llevabas anoche, ¿verdad?

–Sí.

Roger trabajaba para su abuelo, dirigiendo la finca de la familia. Y era quien pagaba el ropero de Winona.

–Evidentemente, te has gastado todo el dinero.

–Tengo un saldo deudor en mi cuenta.

Mina se rió por dentro. Aquella conversación era casi divertida, pensó ella. Disfrutaba de la sensación de tener a Cesare en un puño.

Cesare relajó la boca, pero su mirada pareció más profunda y sombría.

–Sin la menor vergüenza... me confiesas que eres...

–Moralmente débil.

–Las actividades que me confiesas no están muy lejos de la prostitución –la condenó Cesare.

Mina se puso pálida, pero intentó mantenerse firme. Cesare estaba totalmente disgustado. En pocos minutos se marcharía, espantado por su baja moralidad.

–¿Es Haland?

Mina se puso roja y exclamó:

–¡No!

–*Madre di Dio*... ¡Dios es misericordioso! –exclamó Cesare, y la miró achicando los ojos–. No volverás a comunicarte con ese hombre –afirmó como amenazándola–. Ni vas a ofenderme refiriéndote a esa relación.

Los hechos habían tomado un curso inesperado. Mina pestañeó y dijo:

–Yo...

–Ni una palabra más. *Dio!* ¿Cómo es que me cuentas semejante verdad? ¿No podías mentirme? –preguntó Cesare. Después dijo algo en italiano y, enfadado, hizo un gesto en el aire con la mano, sobresaltándola, y haciendo que ella diera un paso atrás. Luego pareció volver a recuperar el control de su rabia.

–No, es mejor que sepa la verdad –afirmó Cesare.

–Creo que deberías marcharte ahora –Mina quiso acompañarlo hacia la puerta.

–¿Por qué? –Cesare la miró con rabia–. Si acabas de decirme el precio...

Mina no comprendió.

–¿Qué precio? –preguntó, frunciendo el ceño.

–Has sido tú la que me has dicho que eras la posesión de cualquier hombre por un adecuado precio. Y estoy dispuesto a pagarlo para tenerte en mi cama –soltó Cesare, con un estremecimiento de furia.

Desconcertada, Mina se humedeció los labios con la lengua y

dijo:

–Yo…

–Me lo has dicho deliberadamente, desvergonzada… –Cesare dejó escapar un suspiro entre dientes, y se calló el siguiente insulto que iba a dedicarle. Luego agregó–: ¡Sabes cuánto te deseo! ¡Y acabas de poner tu precio!

Mina casi se ahoga al intentar tragar saliva. No podía creerlo. Cesare parecía querer matarla por su supuesta promiscuidad y su avaricia, pero estaba dispuesto a pagar un precio en dinero por sus favores sexuales.

Mina nunca se había sentido tan horrorizada. No era un halago, pero… ¿Tanto la deseaba Cesare?

La noche anterior había estado tan frío, tan controlado…

Era la primera primera vez que lo veía tan descontrolado. Involuntariamente, ella estaba fascinada por su actitud y los gestos que expresaban aquellas emociones intensas y descarnadas. Cesare estaba librando una lucha interna entre su deseo de matarla y su deseo de…

«¡Oh!», exclamó Mina interiormente. Sintió un calor en todo su cuerpo, una tensión sexual, e intentó no mirar a aquel hombre que le dedicaba una explícita mirada de sexualidad.

–No creo realmente que sea tu tipo –dijo ella débilmente.

–Algún día, de algún modo, tal vez cuando haya saciado este deseo obsceno por tu cuerpo, te lo reproche –Cesare juró como alguien que hace un juramento de sangre sobre una tumba–. ¡Te castigaré por esta sucia negociación que me reduce a un nivel animal!

Mina se dio cuenta de que había desatado un torrente de sentimientos en aquel temperamento siciliano que ahora tal vez no pudiera manejar. Se dio la vuelta hacia la ventana. No podía mirarlo. No le tenía confianza. Sentía en cada una de sus células la pasión que se alzaba entre ellos.

–Cesare… No he tenido intención de…

–¡Y pensar que podría haberme ahorrado esto…! –exclamó Cesare–. El primer día que te presentaste a esa entrevista, decidí que no podía emplear a una mujer a quien deseaba desnudar y tumbar en la cama más cercana.

Mina levantó la cabeza instintivamente. No pudo evitarlo.

–Te hice pasar por una entrevista que fue un infierno... Y tú la soportaste –dijo Cesare, aparentemente sorprendido por aquella fuerza de voluntad tan poco femenina desde su punto de vista.

–¿Estabas intentando asustarme para que me echase atrás? –preguntó Mina, sorprendida.

–Fui un tonto. Te di el empleo.

Él la había deseado desde el primer momento, pero no lo había demostrado. Había esperado, seguramente divirtiéndose con la perspectiva de conseguir finalmente que se rindiera, deseosa, al final del juego.

Y ella había sido ingenua, como un cordero al que llevaran al matadero.

Se sintió tentada de preguntarle por qué no había tomado precauciones. Teniendo en cuenta que él había sido la parte experimentada, y que ella se había derretido al primer beso suyo, no comprendía por qué él había sido tan descuidado, y se había entregado al placer tan inconscientemente, sin medir las consecuencias...

Pero en aquel momento se dio cuenta de que en lo concerniente a Susie, ella no se arrepentía de lo que había sucedido aquella noche. No podía imaginar la vida sin su hija.

–Pero ahora, al menos, ¡sé con qué clase de mujer estoy tratando! –afirmó Cesare cruelmente.

Mina volvió al presente. Se dio cuenta de que Cesare estaba muy cerca de ella. Casi sentía el calor de su cuerpo. Ella casi estaba tocando la ventana con su espalda.

–¡No sabes nada de mí! –protestó Mina.

–Tú me excitas... ¿Qué otra cosa importa? –Cesare la miró de arriba abajo.

Ella sintió que sus pechos se hinchaban de deseo, y que sus miembros empezaban a debilitarse. Un calor intenso empezó a quemarle el vientre. Pero ella se resistió a aquellas sensaciones con todas sus fuerzas.

–Ni siquiera te gusto... ¡Me llamas ladrona y traficante de información! –gritó ella–. ¿Cómo es posible que a pesar de eso puedas...?

–¿Desearte? –dijo Cesare, poniendo sus manos en los hombros pequeños de Mina–. El sexo es un apetito. Si estoy cansado, duermo.

Si tengo hambre, como. Si quiero...

–¡Calla! ¡Y suéltame! –Mina estaba empezando a temblar–. ¡No te atrevas a tocarme!

–Te asustas de esto... –con el dedo índice, Cesare dibujó el borde del escote de su vestido de verano.

Ella se estremeció. Aquel contacto dejó una huella de fuego. Ella contuvo la respiración; sintió el galope de la sangre en sus venas.

–¡No te parece un descubrimiento interesante? –murmuró él, satisfecho–. Tienes un talón de Aquiles, después de todo, *cara*... Ese cerebro tuyo de acero no puede controlar lo que te hago sentir... Y, naturalmente, eso te da miedo...

–¡No...!

–¿Que no haga qué?

Con un movimiento del todo indolente, Cesare deslizó sus manos hacia sus caderas y la levantó en brazos. En sus ojos se notaba un brillo de triunfo.

–¿Que no te toque porque tienes miedo de entregarte a mí por nada? –echó hacia atrás su cabeza y se rió con satisfacción–. Y lo harás. ¡Conmigo no habrá precio!

–¡Bájame! –se retorció ella.

La había invadido la rabia, rompiendo el embrujo erótico del momento.

Cesare la besó. La besó hasta que el latido de su corazón pareció salírsele de la caja torácica. Ella quiso resistirse contra el deseo que le despertaba Cesare. Era cierto que tenía miedo de lo que pudiera hacer su propio cuerpo, traicionero y dispuesto a perder el control.

Pero Cesare siguió besándola, con ardiente pasión. Ella quiso resistirse a la presión de los labios de Cesare contra su boca, pero cuando la lengua de Cesare buscó entreabrir sus labios y finalmente se abrió paso entre ellos para explorar el interior de su boca, ella sintió una explosión casi eléctrica, y se entregó al incontrolable deseo que se apoderó de ella, haciéndola gemir como un animal dolorido.

Su mente estaba nadando en el mareo cuando él dejó de besarla. Ella se quedó temblando, debilitada y estremecida por el shock. Estaba en el regazo de Cesare, encima de su cama. Los dedos de Cesare estaban desabrochando los botones de su vestido. Horrorizada ante aquella imagen, le agarró la mano en un intento

por detenerlo.

–Eres mía –murmuró Cesare, rodeándola con su brazo, como para subrayar sus palabras. Y simplemente quitó su mano de debajo de la de ella y la deslizó debajo del borde del escote, tocándole un pecho.

Hacía tanto tiempo que ella no sentía algo tan íntimo, que tuvo que apretar la boca para no dejar escapar un gemido de placer, y mientras, quitó su mano femenina. Él tiró del vestido y lo abrió, dejando al descubierto parte de la piel que había buscado, descubriendo las deleitables curvas que ella había intentado ocultar. Con un gemido de deseo, Cesare acarició uno de sus pezones rosados, con dedos casi reverenciales, viendo cómo el capullo florecía y se transformaba en una prominencia dura.

–No... No... –dijo ella con los ojos cerrados echándose hacia atrás encima del brazo de Cesare, intentando controlar su reacción eléctrica que se extendía por ella debilitándola.

–Absolutamente exquisito... Tu cuerpo me recuerda, aunque tu mercenario corazón no lo haga –murmuró Cesare.

Mina sentía la respiración de Cesare en sus mejillas y sus dedos jugando con sus pechos con erótica maestría.

Todo su cuerpo era deseo. Su mente era un desierto, un erial, vacío de todo pensamiento. Todo su ser estaba concentrado en una sensación de estar al filo de la anticipación del placer. Cuando Cesare tomó uno de sus pechos con su boca húmeda, ella gimió, totalmente entregada a la sensación que él le estaba haciendo sentir.

Con cada caricia, ella se hundía más y más en un río de pasión, seducida por su propio deseo.

En otro nivel, tenía consciencia del aire frío que rozaba su piel cuando él le quitó el vestido y la extendió en la cama, besándola en la boca con ardiente pasión. Mina alzó las manos, buscando instintivamente la satinada piel de la espalda de Cesare debajo de la camisa. Pero se frustraron. Los músculos de Cesare se tensaron al sentir sus dedos por encima de su camisa. Y dejó de besarla.

Mina abrió los ojos, sorprendida, al sentir esa separación. Lo observó quitarse la camisa, y ella recordó aquello, pero no se puso en guardia. Pasado y presente se mezclaron indistintamente. Su pecho bronceado estaba salpicado de vello color ébano. Como

alguien en un trance hipnótico, ella se concentró en el dorado de sus ojos y se hundió aún más en su poder.

–¡Eres tan hermosa…! –murmuró él con voz sensual.

Ella hubiera querido devolverle el cumplido pero era incapaz de hablar. Alzó una mano y la puso en su pecho, sorprendida por su propio deseo y el latido del corazón de Cesare, debajo de su palma. Cesare bajó la cabeza, dibujó con su lengua el contorno del labio inferior de Mina, y se echó a su lado.

–Cesare… –fue un susurro de rendición.

Y ella se derritió al pronunciarlo.

Cesare encontró la boca de Mina enrojecida y abierta para recibirlo. Ella se sintió abrumada por su propio anhelo. Entrelazó sus dedos al cabello de Cesare, y acarició su hermosa cabeza, deleitándose en aquella sensación.

Cesare hizo un movimiento rápido con las manos hacia su cintura, y quitó la tela que se interponía en sus caderas.

Ella tembló violentamente, y sintió cómo Cesare le separaba las piernas y exploraba el húmedo y caliente centro de su ser. Gimió de placer. Estaba ardiendo, y se estremecía vergonzosamente, deseando más. Con un gruñido de excitación que igualaba el deseo de Mina, Cesare se arrodilló por encima de ella, y volvió a besarla violentamente, como si estuviera marcando su posesión.

Tiró de ella hacia él con manos fuertes, e intentó adentrarse con un poderoso empuje. Hubo un segundo de dolor que hizo que ella se mordiera la lengua y saborease sangre. Cesare murmuró algo en italiano, puso sus manos en las caderas de Mina y volvió a internarse en ella, y la sensación fue tan insoportablemente placentera que ella gimió, sorprendida y gozosa a la vez, porque había hecho tanto esfuerzo por olvidar que casi había olvidado aquel momento íntimo.

Pero Cesare estaba nuevamente dentro de ella, en el sitio que era sólo suyo, y Mina lo rodeó con sus brazos, aceptándolo y dándole la bienvenida, dejándole que le enseñase aquel primitivo ritmo otra vez, mientras se movía con fuerza, impidiéndole escapar de aquella espiral de excitación.

Mina llegó a la cima de la gloria con un estallido de placer, que la convulsionó en oleadas de satisfacción, haciendo que gritase el nombre de Cesare con lágrimas de éxtasis en los ojos.

Cesare la abrazó y suavemente se deslizó hacia un lado, rodeando su delicado cuerpo con un brazo. La mejilla de Mina estaba apoyada en el hombro de Cesare, y ella absorbió el aroma masculino característico suyo. Se sentía casi en el paraíso, y su cerebro aún no tenía rastro de actividad.

Cesare acarició su vientre y luego detuvo la mano. Había encontrado una cicatriz.

–¿Qué fue lo que causó esto?

El cerebro de Mina se puso en acción de repente al sentir la luz roja de alerta. Cesare la movió para poder observar la imperfección visualmente.

Pero antes de que ella hubiera podido pensar en algo que decirle, él adivinó solo la causa de aquella cicatriz de una cesárea.

–Has tenido una operación.

Ella se incorporó inmediatamente, agarró su vestido torpemente y se tapó con él lo mejor que pudo.

–Una operación grande...

–No, sólo una cosa de mujeres –mintió Mina, desesperada, evitando la mirada de sorpresa de Cesare.

–¿Qué te sucedió? –preguntó él.

–Ya te he dicho, una cuestión menor, de mujeres... y privada.

–No parece menor.

–Pero lo es. Y siento que te parezca tan ofensiva –dijo ella, decidida a hacerlo cambiar de conversación.

–Por supuesto que no la encuentro ofensiva, pero, naturalmente, me ha perturbado –afirmó él–. Y si ése es el resultado de un problema menor femenino, ¡te lo habrá hecho un cirujano de tercera!

Mina saltó de la cama, sin preocuparla su falta de ropa. Pero no contestó. Recordó el día del nacimiento de Susie. Las largas horas de parto que finalmente habían conducido a una cesárea. Lo que más recordaba era el sentimiento de soledad de aquel día, y de los días que siguieron antes de darle el alta.

Todas las otras mujeres de la planta habían tenido maridos, o novios, pero ella sólo había tenido a Roger y a Winona durante esas interminables horas de visita, y se había sentido tan mortificada por la comprensión de aquellas mujeres, que había preferido matar a Cesare que admitir que su bebé había sido el resultado de una

relación de una noche con un hombre que ni siquiera había querido verla después de eso.

Y no obstante, ahí estaba ella otra vez, en la cama con Cesare. Fue un modo terriblemente duro de volver a la realidad. Se sentía avergonzada. De pronto se quiso tapar con la colcha, y hundió su cara en la almohada. Se había traicionado a sí misma. Y no tenía excusa para su defensa.

Hacía cuatro años había amado a Cesare, y había tenido el error de pensar que aquella noche, cuando él la había abrazado, había querido más que sexo. Pero había descubierto que la pasión podía cegar a una persona, impidiéndole aceptar que sólo es ilusión. En su ignorancia, ella se había equivocado al interpretar su actitud.

Ahora no iba a cometer el mismo error.

Un deseo salvaje los había unido, pero después del deseo eran personas enfrentadas otra vez. Cesare la despreciaba. Cesare tenía una opinión de ella tan baja moralmente, que se había creído todas las mentiras acerca de que tenía un amante para los fines de semana. A él en realidad no le importaba. Lo único que quería era humillarla demostrándole que no era capaz de resistirse a él, que se entregaba cuando él la deseaba.

Le había dicho que la usaría como lo había usado ella. ¡Y ella había permitido que lo hiciera!

¿Cómo había podido reaccionar tan salvajemente con un hombre que la odiaba? ¿Cómo era capaz de un comportamiento tan autodestructivo? La vez anterior le había llevado meses darse cuenta de que había sido una estúpida. Que había actuado como una mujer sin vergüenza, barata. ¿Cuánto tiempo le llevaría ahora?

¿Cómo iba poder vivir con la idea de que para Cesare ella valía tan poco? ¿Cómo iba a poder vivir sabiendo que cuando a Cesare le diera la gana tocarla ella sería suya?

–He cambiado de idea en cuanto a que vivas conmigo –dijo Cesare con énfasis.

No la sorprendía, pensó ella. Ya había conseguido lo que quería con el menor esfuerzo. ¡Sólo un estúpido se molestaría en tenerla bajo el mismo techo! No había hecho falta la seducción, ni la música, ni las velas. Igual que la vez anterior, Cesare se había saciado sexualmente sin ninguna de las atenciones que otras mujeres darían por seguras.

–Esto te enseñará a no conseguir las cosas negociando con el sexo, aunque otras veces hayas conseguido una vida de lujo y sirvientes –dijo Cesare como desde un pedestal, como si estuviera condenando a una mujer que iban a apedrear por el pecado de estar disponible sexualmente.

–Quiero que te marches –dijo Mina con la voz apagada, desde la almohada.

–Cuando me demuestres que no te queda un céntimo, te ayudaré a mudarte a un sitio que no parezca un tugurio –le dijo Cesare fríamente, sin escucharla–. Pero tendrás que conseguir trabajo, algún empleo respetable donde no te sientas tentada de ganar dinero engañando.

Mina emergió de la almohada.

–¿Haciendo qué? ¿Limpiando suelos?

Cesare la miró detenidamente.

–No me importa lo que hagas con tal de que sea un trabajo decente.

–Un buen modo de reformarme... –a Mina le entró un ataque de histeria, y no pudo contener una risa nerviosa.

Con un insulto en su idioma, Cesare se acercó al borde de la cama y le agarró los hombros.

–¡Para! –le ordenó.

–¡No puedo evitarlo! –dijo ella.

Pero su estado emocional pareció recibir una sacudida, y paró al ver los ojos de enfado de Cesare.

–¡Inténtalo! –gritó él.

Para su horror, Mina sintió la punzada de las lágrimas saliendo de sus ojos, y se dio la vuelta para que él no le viera la cara. Él la había etiquetado como delincuente, le había hecho perder el trabajo, le había negado la posibilidad de una promoción, y ella lo había recompensado no con furia, sino con el regalo de su cuerpo. ¡Dios santo! ¿Qué diablos le pasaba? ¿Qué le estaba sucediendo?

–¡No finjas que no me deseabas tanto como yo a ti! –exclamó Cesare con crueldad–. ¡Y no me compares con ninguno de tus otros compañeros de cama! Las lágrimas de cocodrilo me dejan frío.

–¡Estás ciego! –murmuró ella.

–Soy más fuerte que tú. Y más duro –respondió Cesare–. Y mucho más terrible cuando me enfado. Recuerda eso y nos

llevaremos bien.

Ella oyó la puerta.

–A las ocho, mañana. Si te recompones para esa hora, te llevaré a cenar.

–¡Increíble! –exclamó ella.

–Tienes aspecto de necesitar una comida...

–Como un pavo destinado al horno...

Mina se sentía físicamente mareada. Y se reprochaba el haberse entregado a él. Cesare la alimentaría y se la llevaría a la cama. La usaría hasta que se aburriese de ella. Porque a Cesare ninguna mujer le duraba mucho tiempo. Estaba decidido a tratarla como a un juguete para su satisfacción sexual. Y ella imaginaba que la cena no sería en ningún sitio donde pudiera encontrar a sus amigos o a la prensa.

–¿Qué diablos te sucede?

Ella se amedrentó.

–Nada.

–¡Deja de mostrarte tan patética!

Mina, sentada en la cama con las piernas flexionadas, se agarró las rodillas.

–Estoy cansada, eso es todo –murmuró, desesperada por que él se marchase.

Cesare se inclinó y le quitó un mechón de pelo con perturbadora amabilidad.

–Éste no era mi plan –comentó Cesare, agachándose al lado de la cama–. Pero mentiría si dijera que siento que haya sucedido. No quiero que tengas defensas conmigo.

–No –dijo ella.

Cesare sabía bien que le había quitado deliberadamente todas las defensas en un encuentro catártico, y que ahora estaba por encima de ella, absolutamente insensible a lo que ese mismo encuentro pudiera haberle hecho a ella.

–Duerme un poco... *Dio mio*... ¿Cómo puede dormir una persona en semejante ataúd? –dijo con desagrado.

Cesare le agarró la mano y le dio una llave mientras suspiraba.

–Puedes quedarte en mi casa de la ciudad, pero sólo por un par de días. Enviaré un coche a recogerte dentro de una hora –se irguió y volvió a ir hacia la puerta–. Yo llego alrededor de las seis –

murmuró sensualmente.

Y ella leyó su pensamiento. Le dio escalofríos lo que vio. Oyó el ruido de la puerta cerrarse, y un sollozo le ahogó la garganta. Nunca más permitiría que él le hiciera aquello. Se marcharía de allí mucho antes de que llegase el coche. Le daba igual tener que escapar como una liebre.

Para él ella era una lagarta. Daba igual que jamás se hubiera acostado con otro hombre. Su inteligencia y su orgullo desaparecían cuando se trataba de Cesare Falcone. Pero lo peor era lo que él podía hacer con sus emociones.

Sentía un dolor infinito, y estaba agotada por la rabia. Jamás había sufrido un terremoto emocional como aquél.

Y lo peor era que el huir no le quitaría el dolor de haberse traicionado a sí misma. Ese dolor iba a permanecer con ella durante mucho tiempo.

Capítulo 4

–¿Cuándo puedes empezar? –le preguntó Steve Clayton animadamente.

–El lunes, si quieres –Mina se mordió el labio inferior con ansiedad–. ¿Estás seguro de que realmente quieres que trabaje aquí?

–Mina, tal vez te olvides de que hace cuatro años te ofrecí el mismo trabajo, ¡y que fuiste demasiado orgullosa como para aceptarlo! –le dijo Steve.

En ese momento sonó el móvil de Steve. Mina se movió hacia la puerta, esperando haber tomado la decisión acertada aceptando aquel empleo de secretaria que una vez había rechazado, pero que secretamente deseaba aceptar. Los tiempos habían cambiado, ¿no era así?

Hasta la muerte de sus padres en un accidente de coche, su familia había alquilado una casa en la finca de Thwaite Manor. Steve era el otro nieto de Baxter Keatin, y primo de Roger. Los dos chicos y las mellizas Carroll habían crecido juntos y habían salido de adolescentes. Los cuatro habían estado muy unidos. Jamás había habido ninguna duda de que Roger y Winona se casarían algún día, aunque Mina era reacia a recordar el hecho de que Steve había esperado el mismo compromiso de su parte.

Pero no había sucedido. A Mina se le había pasado el capricho de adolescente por Steve, y había tenido que reunir valor para decirle la verdad. Roger y Winona ya se habían casado para entonces, y se habían sentido decepcionados, y un poco heridos por parte de Steve, al igual que éste. Mina se había sentido culpable por haber cambiado, mientras que Steve no.

Y su culpabilidad había aumentado cuando Steve le había pedido que se casara con él cuando ella se había quedado embarazada. Hubiera preferido que no se lo pidiera. Se había sentido peor diciéndole que no. Lo mismo que le había pasado cuando no había sido capaz de aceptar el trabajo que le había ofrecido. El trabajo habría sido una tranquilidad, pero ella sabía que

Steve aún guardaba esperanzas de que volvieran a estar juntos. En esas circunstancias habría sido un error por su parte aceptar su generosidad. Steve era una de las razones principales por las que ella había decidido marcharse a Londres con Susie.

Pero los tiempos habían cambiado, se recordó. Steve tenía una novia formal ahora. Y el paso de los años les había posibilitado el volver a la vieja amistad sin reproches ni lamentos de lo que podría haber sido esa relación.

Mina saltó al oír a Steve decir.

–¡Susie! ¡Quítate de ahí!

Mina se dio la vuelta y vio que una vasija de terracota se movía inestablemente, y unos ojos dorados se asomaban por encima del borde del borde.

Su hija pronunció una palabra muy grosera, una palabra que pocas madres hubieran podido imaginar en la boca rosada de una niña de tres años.

–No le digas nada –dijo Steve riendo, al ver el horror de Mina–. Si no le dices nada, según tu hermana, se olvidará de esa palabra, pero no te preocupes, porque el culpable a quien se la oyó decir, Roger, ¡no volverá a decirla, aunque se le caiga un ladrillo en el pie!

Steve la llevó al centro del jardín, le señaló la nueva extensión con orgullo y siguió con la visita a oficina.

–¿Te apetece un café?

–Me encantaría, pero esta tarde tengo que cuidar a los niños.

–Mejor que seas tú y no yo. Susie sola vale por diez niños juntos. Tiene una voluntad de hierro y un pronto como un tornado –comentó Steve mientras miraba a la hija de Mina por la ventana.

Susie estaba jugando en un montón de arena, manchándolo todo. Ya la habían regañado dos veces por jugar allí.

–¡Eres una niña mala! –empezó a decir Mina, atravesando la corta distancia que la separaba del campo en Thwaite Manor.

–¡Soy una niña buena! –le contestó Susie, enfadada, y salió corriendo.

Era delgada, de piel oscura, y llevaba pantalones cortos blancos y trenzas negras que se le movían al andar.

Era la hija de Cesare, y tenía el temperamento de su padre, reflexionó Mina con tristeza. Lo único que Susie había heredado de su madre era su tamaño pequeño. Tenía tres años y medio, y era

muy pequeña, pero con aquel carácter no había nadie que pudiera avasallarla.

Era inteligente, cabezota, manipuladora... Y generalmente se portaba mal, pensó Mina.

No obstante, Roger y Winona habían tratado a Susie del mismo modo que trataban a sus tres hijos. Pero John, Lizzy y Peter eran niños tranquilos, fáciles de manejar. Susie era diferente, una persona con un temperamento más volátil. No había recibido la disciplina que necesitaba. ¿Y de quién era la culpa?, reflexionó Mina.

–¿Y? –preguntó Winona impacientemente mientras Mina entraba en la enorme cocina de la finca.

–Empiezo el lunes.

Su hermana melliza sonrió, contenta.

¡Eran tan parecidas y tan distintas a la vez! No eran idénticas, pero de pequeñas el parecido entre ellas había hecho que la gente lo pensara. En la edad adulta, las diferencias se habían hecho más prominentes. Eso había molestado a Winona, que aún se aclaraba el cabello para tener el mismo color que el de su hermana, y solía llevarlo con el mismo peinado.

–¡Gracias a Dios que al fin has entrado en razón! ¡Saldremos a cenar los cuatro para celebrarlo!

–¡Dirás los cinco! –dijo Mina–. La novia de Steve seguramente querrá venir con nosotros.

Winona frunció el ceño.

–Jenny está de viaje en este momento, asistiendo a un curso. De todos modos, ¿qué tiene que ver ella? Si ni siquiera están prometidos ni nada por el estilo... Reservaré una mesa en el Coach...

–No –respondió Mina.

–Pero ¿por qué no? –preguntó su hermana, que ya tenía el teléfono en la mano para llamar.

Mina suspiró hondo. Era increíble, pero su hermana melliza aún tenía la esperanza de que Steve y ella volvieran a estar juntos, como Romeo y Julieta.

–Simplemente no me parece una buena idea.

–¿Qué más ha sucedido con ese desgraciado de Falcone? –preguntó Winona, de repente.

Mina se puso roja. La había sorprendido sin tiempo para poner

la máscara con la que disimulaba su torbellino interior.

–Yo...

Su hermana colgó el teléfono.

–¡No habrás...! Quiero decir... ¿No habrás vuelto a...?

Mina miró la encimera. Tenía un nudo en el estómago.

No se lo habría contado a su hermana, pero como le había hecho la pregunta directamente, no podía mentirle tampoco.

–Esta vez lo voy a hacer –juró Winona con voz temblorosa–. ¡Voy a agarrar una pistola del armario de Baxter, y voy a ir a Londres a dispararle a ese indeseable!

–Winona...

–¡Cállate! –exclamó, furiosa, Winona–. Tú lo proteges... ¡Lo sigues protegiendo! Sabes perfectamente que Roger y yo no tendríamos ningún problema en pagar lo que hiciera falta para llevarlo a los tribunales, ¡pero tú no nos dejas!

–¡Yo no lo protejo! ¡Estoy protegiendo a Susie! –susurró Mina–. Tú sabes bien la publicidad que atraería un caso así, y yo no podría esconderla. Toda la gente de aquí sabe que soy madre soltera. ¡No podría llevar a los tribunales al padre de mi hija!

–¡Te has acostado con él! ¡Estoy segura de que te has vuelto a acostar con él! ¿Me equivoco? –preguntó Winona, sin poder creerlo.

Mina se puso blanca.

–No quiero hablar de ello...

–¿Sigues enamorada de él? –siguió Winona.

–¡No seas ridícula! –respondió Mina, poniéndose rígida.

–Eres mi hermana y no te comprendo –se quejó Winona con voz tensa y trémula–. Steve te adora. ¡Ni siquiera se opuso a que te marchases a la universidad! Es apuesto, cariñoso, un hombre con éxito... –enumeró Winona–. Si tienes que hacer el tonto con un hombre, ¿por qué no con él? ¡Al menos él se casaría contigo!

Se hizo un profundo silencio.

–¡Será mejor que me dé prisa, o se me hará tarde! –exclamó Mina, con sentimiento de culpabilidad, y subió las escaleras deprisa.

Dos horas más tarde, después de lavar los platos del almuerzo, Mina se sentó al lado de Baxter, que estaba dormitando en una hamaca de madera en el jardín. Éste tenía el sombrero caído sobre la cara.

–¿Otra vez la misma pelea? –preguntó el hombre.

Ella se sobresaltó, porque había pensado que Baxter estaba dormido.

–¿De dónde has sacado esa idea?

–He oído a Winona gritando desde el vestíbulo –el viejo suspiró–. Te alegrarás de mudarte a la cabaña de Dempsey en el otoño. Susie y tú necesitáis vuestra propia casa.

–Sí –respondió Mina, preguntándose cuántas cosas habría oído Baxter.

Los niños estaban jugando al otro extremo del jardín, en una casa que Roger les había construido en un árbol. Era un día maravilloso, pero por una vez el brillo del sol no era capaz de iluminar el ánimo de Mina. Hacía dos semanas que se había marchado de Londres. No comía nada y dormía mal. La tranquilidad del campo parecía no servirle.

–Yo quiero mucho a tu hermana, pero ella ha tenido una vida fácil –suspiró Baxter–. Se casó con el amor de su adolescencia a los diecinueve años y jamás ha tenido que ganarse la vida. Ha tenido todo lo que ha querido: su marido, su casa, sus hijos. Recuérdaselo la próxima vez que empiece a discutir contigo.

–Winona ha sido muy buena conmigo...

–No cuando se pone pesada con que vuelvas con Steve. Ya a los dieciséis años te podría haber dicho yo que no te casarías con Steve.

Mina se sorprendió. Algunas veces Baxter la perturbaba. Era una persona tan lúcida... Muchas veces daba en el blanco.

–Se veía muy claro... Pero como Steve se parece a Roger, ¡Winona no comprende tu sorprendente falta de buen gusto!

–Yo le he hecho daño a Steve –susurró Mina, con tristeza.

–Le habrías hecho más daño si te hubieras casado con él... ¿Es el ruido de un coche lo que oigo?

Mina giró la cabeza y miró la carretera que conducía a la finca. En aquel momento apareció un coche entre los arbustos que cercaban la entrada a la finca.

Era un Ferrari color plateado. Mina se puso de pie instintivamente. Se le aflojaron las piernas, y una sensación de shock la inmovilizó.

–¿Quién es? –gruñó Baxter, quitándose el sombrero para mirar mejor.

Cesare salió del coche. Ni siquiera se molestó en volver a cerrar

la puerta. Centró su atención en los pequeños que había en el jardín del frente. Caminó atravesando la hierba, con ferocidad. Se quitó las gafas de sol y se las metió en el bolsillo. Llevaba un traje de verano color crema de exquisito corte, y el cabello negro le brillaba con el sol. Tenía un aspecto muy exótico.

–Ha llegado la mafia –dijo Baxter con tono de broma.

Pero Mina estaba petrificada por unos ojos color dorado que la tenían inmovilizada a más de trescientos metros de distancia. Era como si la hubieran agarrado del cuello. Estaba tan horrorizada por aquella situación, que no podía articular una palabra.

–Te voy a llevar a Londres conmigo –dijo Cesare–. No te molestes en hacer el equipaje. ¡Simplemente, métete en el coche! Me ocuparé de ti más tarde...

Baxter lo miró con interés y se incorporó cuando Cesare se acercó más, con el movimiento de un depredador que está cercando su presa.

Mina notó su furia, y de pronto recordó las mentiras que le había dicho en Londres. Cuando Cesare miró a Baxter, Mina reaccionó.

–Y en cuanto a ti... –Cesare fijó los ojos en Baxter y lo miró con desprecio y rabia.

Mina se interpuso entre los hombres.

–Si no estuvieras camino hacia tu tumba... ¡Te enterraría!

–¡Cesare! –exclamó Mina.

Cesare la quitó de en medio.

–¡Mina podría ser tu nieta!

Baxter miró a Cesare con sus ojos azules divertidos.

–¿Es siempre así? –le preguntó a Mina, que se estaba poniendo roja–. ¿O alguien le ha estado contando algunas mentiras?

–Cesare... Te he mentido...

–¿Acerca de qué?

El motor del Ferrari de pronto se encendió.

Cesare dio vuelta la cara rápidamente.

–¡Oh, Dios! –exclamó Mina al ver un lazo rojo por la ventanilla del conductor. Susie se había subido al coche. Cesare corrió por el jardín hacia el Ferrari.

Cuando llegó, sacó a la niña, que pataleaba y gritaba. No lo había visto caminar hacia ella, y al parecer, Susie se lo había estado

pasando muy bien hasta que llegó él. Mina vio a su hija hincar los dientes y morder la mano del hombre que intentaba frenarla.

–*Dio!* ¡Eres un animalito salvaje! –gritó Cesare mientras soltaba a la niña y observaba las marcas de los dientes en su mano.

Susie pronunció la mala palabra que había aprendido. Sabía que era una ofensa. Miró a Cesare, como desafiándolo. Cesare miró a su hija con desagrado y se apartó de ella. Luego se dirigió a Mina por encima del techo del Ferrari.

–¡Qué niña tan rebelde! –exclamó Cesare. Y luego, limpiándose la suciedad que le había dejado en su anteriormente traje inmaculado, agregó–: ¡Y qué sucia!

–¿Qué quiere decir rebelde? –preguntó Susie.

Mina tenía terror de hablar, porque la niña, que todavía no se había dado cuenta de su presencia al otro lado del coche, podría decirle algo inconveniente. Sus sobrinos estaban mirando a unos metros de allí, sorprendidos por los gritos de Susie. John, de seis años, caminó hacia delante y le dijo a Susie que debía disculparse.

–Susie nunca dice lo siento –se quejó Lizzy.

–Lo siento –dijo Peter, casi de la misma edad que Susie. Se había acostumbrado a disculparse por su prima.

–No lo siento –dijo Susie mirando a Cesare.

Ignorándola con frialdad absoluta, Cesare fulminó a Mina con la mirada y le preguntó:

–¿Por qué estás ahí de pie como una estatua? ¿Y en qué me has mentido?

Susie, que estaba al lado de Cesare, le tiró de la pernera del pantalón.

–No lo siento –repitió, esperando una reacción.

–Vete –dijo Cesare, con impaciencia; y se soltó del agarre.

–No eres simpático –respondió Susie haciendo pucheros.

–Ser simpático contigo sería una pérdida de tiempo.

–John, lleva a Susie a la casa del árbol –dijo Mina, sacando fuerzas de no sabía dónde.

Cuando su primo mayor empezó a llevarla, Susie estalló en llanto y empezó a gritar pidiendo ir con su madre.

Mina apretó las manos tratando de ignorar ese llamado que parecía estrujarle el corazón.

–¿En qué me has mentido?

–¿Cómo me has encontrado?

–Yo tengo mis medios. Te he preguntado en qué me has mentido –repitió Cesare con impaciencia.

A medida que los sollozos de Susie se apagaron en la distancia, Mina volvió a respirar. En lo único que pensaba era en quitarse de en medio a Cesare cuanto antes. ¿Sabría él que aquello era la casa de su hermana? No pensaba que supiera siquiera que tenía una hermana, y era mejor que no supiera nada.

–Baxter no es mi amante... De hecho, sólo es un invitado aquí –dijo Mina–. Yo estoy aquí con amigos.

–¿Y cuál de los amigos es tu amante?

Mina se puso roja e ignoró la pregunta.

–Quiero que te marches, Cesare.

–No me iré sin ti.

Mina dio vuelta la cabeza al oír el ruido de otro coche en la entrada a la finca. Era el Range Rover de Steve.

Mina sintió ganas de salir corriendo. No aguantaba más de los nervios.

El coche de Steve se detuvo al reconocer al hombre que estaba de pie al lado de Mina.

–Por favor, vete –repitió Mina al oír la puerta del coche.

–¿Qué diablos estás haciendo aquí, Falcone? –preguntó Steve. Tenía la cara roja de rabia. No podía creer lo que veía.

–Cesare se estaba marchando –dijo Mina en voz alta.

–Preséntame, ¿no? –dijo Cesare, observando al hombre rubio con cara de desconfianza que acababa de llegar.

–Soy Clayton... Steve Clayton –dijo Steve agresivamente, poniéndose al lado de Mina–. Y si no te vas de esta propiedad ahora mismo, ¡se te va a estropear ese traje tan bonito!

–¿Eso piensas? –Cesare sonrió fríamente con aquella boca tan sensual.

La tensión que acababa de surgir entre los dos hombres mortificó a Mina. Ésta miraba horrorizada a uno y a otro.

–Eso pienso –dijo Steve–. Pareces un maniquí...

–Steve, por favor... –le dijo Mina, mirando los ojos de Cesare. Mina tenía la impresión de que Cesare había decidido ir allí a pelearse con el supuesto amante que ella había inventado.

Al encontrarse con Baxter, había tenido que refrenarse. Pero con

Steve podía desahogarse físicamente todo lo que quisiera.

–¡Llevo esperando esto mucho tiempo! –exclamó Steve, dirigiéndose a ella acaloradamente.

–Mina va a venir a Londres conmigo –luego se dirigió a Mina y dijo–: Ve y siéntate en el coche, y cúbrete los ojos, *cara*. No tardaré.

Como no tenía esperanzas de que Cesare se echase atrás, Mina se volvió a Steve y le dijo:

–Esto no tiene nada que ver contigo.

–¿Que no tiene nada que ver conmigo? ¡Él te apartó de mí hace cuatro años! –le gritó Steve.

Y aunque no era cierto, puesto que ella había roto con él un año y medio antes de conocer a Cesare, Mina se dio cuenta por primera vez de que ése era el modo en que lo veía Steve.

–Y voy a hacerlo otra vez –respondió Cesare.

–¡Parad! ¡Los dos! –Mina estaba impresionada por la escena que se estaba desarrollando–. Los niños podrían verte... ¿Te has vuelto loco?

Cesare se puso tenso, y un momento más tarde, Steve se lanzó hacia él, pero Cesare se echó a un lado y esquivó el ataque, y luego le dio un puñetazo en el vientre a Steve. Mientras éste se quejaba de dolor y se doblaba, Cesare pasó por su lado y agarró del brazo a Mina. Ella estaba temblando.

–Entra en el coche –le ordenó Cesare entre dientes–. ¡Porque si ese tipo se levanta otra vez, soy capaz de matarlo!

–No puedo... ¡Estoy cuidando a los niños!

–Vete a dar una vuelta, Mina. Deja que se enfríen los ánimos –intervino Baxter, que estaba en un segundo plano.

Mina se rebeló.

–No tengo la menor intención de meterme en un coche con él. ¡Y si hay más peleas, les echaré agua con la manguera del jardín!

Cesare simplemente la levantó en brazos y la llevó como un paquete al asiento del copiloto del Ferrari. Luego se puso al volante antes de que ella pudiera recuperarse del shock.

–¡Déjame salir de este coche ahora mismo!

–Tú has creado esta situación... Te lo mereces...

Mina intentó abrir la puerta del coche, pero estaba cerrado con llave. Cesare frenó cuando el coche llegó a la entrada de la finca, y la miró.

–¿Cuánto hace que conoces a Clayton?

–No es asunto tuyo.

Cesare agarró su cabellera, impidiendo que ella se apartase. Estaba furioso. Ella sintió un nudo en la garganta.

–No me digas eso… –le advirtió–. Estoy intentando con mucho esfuerzo no perder la cabeza.

La atmósfera era explosiva. Sus ojos color amatista estaban atrapados en los ojos dorados de Cesare. Ella se puso pálida y tembló, y una punzada de primitiva excitación encendió sus sentidos en otro nivel. Hacía dos semanas que se había sentido así. Era como la vida después de haber estado al borde de la muerte, una sensación asombrosa, dulce, placentera, y aunque tratase de resistirse a ella, aceleraba el latido de su sangre en sus venas.

–No tienes derecho a venir aquí –dijo ella casi sin aliento, tratando de pensar con claridad.

–¿No? –Cesare dibujó su labio inferior con su pulgar y ella se estremeció violentamente.

–Tu historia es un farol. Quiero ver las pruebas que tienes contra mí.

–No. Eso es confidencial y está guardado.

–Entonces, llévalo a las autoridades –le aconsejó Mina, frustrada–. No me vas a chantajear. Lo peor que puedes hacer…

–¿Y qué opinas de lo mejor? –Cesare se inclinó y metió su pulgar entre sus labios, buscando su húmedo interior–. ¿No conoces lo que hago mejor?

El latido de su corazón sonaba en sus sienes, y una debilidad se había apoderado de sus miembros. Mina tomó aliento. Sus pechos parecían hincharse de excitación, y un calor intenso se desprendía desde su interior hasta más abajo. Y de pronto se sintió atrapada por algo más fuerte que ella. Deseaba que él la tocase, lo deseaba tanto que literalmente le dolía que se lo negara.

–Ni siquiera tiene que ser lo mejor –murmuró Cesare con voz sensual, y los ojos encendidos.

Ella estaba con la cara encendida y en sus ojos había una mirada de ruego.

–Esto es lo único sincero que me has dado… ¿Por qué? No puedes controlarlo. Pero yo puedo…

–¿Puedes? –preguntó Mina.

Se encontraba en otro mundo. Un mundo en el que no podía pensar. Su mano se levantó independientemente de su voluntad, y acarició la mejilla de Cesare. Al sentir su suavidad y su tibieza, Mina respiró profundamente. Teniéndolo tan cerca, hubiera sido una tortura no tocarlo.

Él hundió su cabeza y atrapó sus dedos con su boca antes de que ella pudiera bajarlos nuevamente. Mina cerró los ojos en un gesto de excitación insoportable mientras él succionaba un dedo y luego otro. Tenía la respiración agitada, seca, y un fuego líquido corría por sus venas, derritiéndola y convirtiéndola en miel. El deseo la consumía...

–Cesare... –ella se apretó contra él, deseosa de más contacto.

La mano de Cesare apretó más su cabellera. Ella alzó la mirada, y Cesare exclamó:

–*Dio*! Quiero estar dentro de ti –la miró con un deseo salvaje, que a ella la derritió–. Pero después me preguntaría si te excitas así con Clayton. Y supongo que será así. Después de todo, él parece el tipo de hombre dispuesto a casarse. No me extraña que no quisieras que yo te encontrase...

–No es así... –era un esfuerzo pensar, un enorme esfuerzo.

Todo su cuerpo se estaba muriendo por un deseo irresistible que le quitaba toda la fuerza de voluntad.

–Sexo conmigo, o estabilidad con él –dijo Cesare.

–Steve no es mi amante...

–Otra mentira de tantas... –Cesare dejó escapar una risa cínica y llena de desprecio–. ¿Cuántas mentiras más tienes? Llevas una doble vida, Mina. Haland y tu humilde trabajo, que seguramente te habría resultado muy lucrativo si no hubiera sido por mi intervención. Y ahora esto... ¿Es tu casa ésta?

Mina volvió a recordar la imagen que él tenía de ella. ¿Cómo se había podido olvidar de ello un instante?

Sí, se había olvidado. Y no sólo eso. Sino que habría dejado que Cesare le hiciera el amor allí mismo en el coche. Esa idea la llenó de vergüenza. Aquel deseo desesperado podía hacerle olvidar cualquier cosa.

–Es posible que él no sea lo suficientemente rico como para que puedas retirarte... Quizá él sólo sea una especie de seguro que tengas, por las dudas. ¿De quién es la casa?

–No te lo diré –se abrazó con sus propios brazos. De pronto se sintió fría.

–Puedo averiguarlo. Ya lo sabes.

–Por favor, déjame en paz. ¡Márchate y olvídate de que me has conocido!

–Lo haré después de tenerte un poco de tiempo en mi cama –señaló Cesare con énfasis.

–¡No dejaré que eso suceda otra vez!

–¡Estás tan caliente conmigo, que no podrás evitarlo!

Ella se puso pálida. Sintió una humillación casi insoportable. A los ojos de Cesare siempre sería una lagarta, una ladrona, una traficante de información por dinero. La despreciaba, y usaba su magnetismo sexual para reducirla física y emocionalmente.

–No soy lo que tú crees que soy –susurró ella–. Y no sé por qué me odias tanto.

–Algún día, si me siento muy cruel, es posible que te lo diga –le respondió él con dureza.

De pronto Cesare dio marcha atrás.

–¿Qué estás haciendo?

–¡Estás tan desesperada por que desaparezca de aquí, que quiero saber por qué!

–¡No! –protestó Mina, su voz rota por el estrés.

Cesare la miró con dureza.

–Esto lo has causado tú, *cara*. ¡Tus dos mundos van a chocar!

–¡Es la casa de Baxter! –le dijo Mina precipitadamente–. Baxter Keating. Steve es su nieto...

–Me dijiste que Baxter era un invitado. ¿Eres una mentirosa compulsiva? –Cesare la miró con rabia.

–Esta vez no te estoy mintiendo. Simplemente, no quiero otra escena.

–O tal vez tengas miedo de que Clayton descubra demasiadas cosas sobre ti –sugirió Cesare con desagrado.

–¡No vuelvas a la casa!

Cesare le dedicó una insolente mirada. Deslizó un dedo por su muslo y la miró, desafiante. Mina se puso rígida. Pero aquel contacto volvió a producirle esa sensación eléctrica tan íntima que la horrorizaba.

Cesare había dejado de sonreír, tenía los ojos brillantes. Le tocó

la rodilla y la volvió a agarrar, tomándola por sorpresa. Y besándola casi violentamente, haciéndole casi daño.

Solo que no le hizo daño. Le produjo una excitación tan intensa que la dejó mareada en una ola de deseo. Cesare penetró su boca con su lengua, buscando, saboreando, emulando una posesión más íntima con una sexualidad explícita que la abrumaba. Aquello le provocó un mareo, una sensación de estar en el aire. E instintivamente, ella le agarró los hombros, para tirar de él y acercarlo, porque quería más, mucho más, y el hambre que había despertado en ella era una provocación salvaje.

Cesare se puso tenso momentáneamente, refrenándose. Pero luego la lengua de Mina jugó con la suya, tentándolo, y con un gruñido de deseo, Cesare poseyó su boca con agresividad sexual.

De pronto ella ya no estaba incorporada sino tumbada boca arriba. Cesare deslizó su mano por uno de sus muslos temblorosos, apartando el vestido que se interponía en su paso.

Ella estaba fuera de control. El latido de su corazón se había acelerado. Se agarró a cualquier parte de Cesare que pudo alcanzar, entrelazó sus dedos a su cabello, rodeó su cuello, acarició su pecho, su abdomen, su espalda. La ropa siempre se interponía en su paso, volviéndola loca.

Cesare se quedó quieto de pronto y apartó su boca. Entonces ella oyó el ruido. Alguien estaba golpeando la ventanilla.

Mina abrió los ojos lentamente. Su cuerpo estaba en otro plano, y su mente, ausente.

Cesare juró algo en italiano. Miró alrededor.

–Cristo... ¡Me haces cometer locuras!

El eterno síndrome de Eva, reflexionó ella.

Sólo entonces vio Mina el coche rojo aparcado y evidentemente abandonado con las prisas, a un lado de los portones de entrada.

Era el coche de su hermana.

Mina se puso pálida.

Cesare, inexplicablemente controlado a pesar de haber sido sorprendido en una situación semejante, bajó la ventanilla, en lugar de haber salido a la carretera. Mina se echó hacia atrás, escondiéndose detrás de él al oír la voz de Winona gritar enfadada.

–¿Crees que éste es un lugar para amantes? –gritaba furiosa Winona–. ¿Cómo te atreves a aparcar a la entrada de mi casa y

comportarte de este modo? ¡Es desagradable!

Capítulo 5

Horrorizada, su único deseo era escapar de aquella situación.

–Mueve el coche, ¡por el amor de Dios!

¡Dios santo! ¿Cómo había podido caer tan bajo?

¡A la plena luz del día, en un coche aparcado donde cualquiera podría haberlos visto!

Pero no dudaba que la policía hubiera sido más benévola que Winona. Su orgullo estaba hecho añicos, la humillación era aplastante.

Mina estaba allí sentada, como la imagen de alguien que está esperando que le caiga el hacha. Y no podía comprender por qué Cesare no había salido de la finca con el coche ni por qué estaba tan callado.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó Winona de pronto, y miró hacia dentro del coche con ojos incrédulos.

No podía creer que aquélla fuera Mina. Miraba alternativamente a Cesare y a su hermana como si acabase de descubrirlos.

–¡Sal de su coche! –gritó, Winona, con fuerza.

–A primera vista el parecido es realmente asombroso, pero no sois idénticas. ¿Hermanas? –preguntó Cesare con un tono controlado, aunque su acento lo traicionaba y delataba que estaba menos controlado de lo que quería hacer ver.

–¿Me has oído, Mina? –gritó Winona–. ¡Sal de su coche!

–Mellizas.

–Al menos, no me ha tocado la histérica –murmuró Cesare.

–¿A quién diablos estás llamando histérica? –le gritó Winona, golpeando con el puño en la luna.

Con admirable frialdad, Cesare volvió a dar marcha atrás con el coche y a volver hacia la casa.

–Así que tu hermana vive aquí también... Interesante...

–Está casada con el otro nieto de Baxter.

–¿Por qué se ha vuelto loca cuando me ha visto? –preguntó Cesare.

–Realmente sería mejor que me dejaras aquí y te marchases –dijo Mina mientras Winona aparcaba al lado del coche de Cesare.

Era un alivio ver que el Range Rover de Steve se había marchado. Debía de haber salido por la carretera de atrás.

–Pero yo no me perdería esto por nada del mundo... –Cesare miró a Winona, fascinado.

Winona se bajó del coche y fue hacia el Ferrari como una posesa.

–Ella es guapa. No hermosa como tú. ¿Te envidia?

–En absoluto.

Winona desapareció entrando en la casa.

Mina salió del coche y le rogó:

–Por favor, vete.

No tenía muchas esperanzas de que él lo hiciera.

–No estás casada con Clayton, ¿verdad?

–¡Por supuesto que no!

–¿Por supuesto? –preguntó Cesare con una risa cínica–. En lo concerniente a ti, *cara*, ¡nada me sorprendería!

Mina pensó en Susie, y dudó que no fuera una sorpresa.

Estaba agotada. No podía más.

–¿Podemos entrar en la casa? –preguntó Cesare amablemente.

–Preferiría que te marchases.

–¿Y perder esta maravillosa oportunidad de conocer a tu familia? –se burló Cesare.

La puerta de entrada estaba abierta. Se oía la voz de Winona gritando a alguien desde el comedor.

–Creo que le vendría bien que le echasen un cubo de agua fría... –dijo Cesare.

–Te odia. ¿Qué esperas? ¡Mi familia sabe de qué me has acusado! ¡Saben por qué estoy sin trabajo otra vez! –lo acusó Mina.

–Una representación de inocencia muy convincente... –murmuró Cesare, imperturbable–. Supongo que te haces la víctima frente a ellos. ¡No te metas tanto en tu papel!

–¿Por qué no te vas de aquí simplemente?

–Tú no te vayas también –gruñó otra voz.

Mina se dio la vuelta. Apareció Roger en la puerta. Su ropa de trabajo dejaba claro que venía de trabajar con el heno en la finca.

–¿Qué diablos sucede? Steve casi choca el tractor al salir por la

carretera del fondo. Y ahora vengo aquí y me encuentro a Winona intentando agarrar un rifle del armario de Baxter... ¡Está completamente histérica!

–Te sugiero que no digas esa fatídica palabra –le dijo Cesare.

Roger lo miró. Frunció el ceño, y se pasó una mano por su cabellera rubia. Volvió a mirar a Cesare; luego a Mina, y suspiró.

–¡Ah! Ahora comprendo... Soy Roger Keating, el cuñado de Mina, señor Falcone.

–¡No te atrevas a ser cortés con él! –gritó Winona, asomándose por el vestíbulo–. ¡Dile que se marche!

–Winona... Tratemos al menos de ser civilizados... –dijo Roger, incómodo.

–¿Civilizados? ¡Éste es el desgraciado que arruinó la vida de mi hermana! –gritó Winona con voz temblorosa–. No ha causado más que desgracias a la familia...

–No digas nada más... por favor –la interrumpió Mina.

–¡Si no fuera por ti, Steve y Mina estarían casados! –Winona miró a Cesare con desprecio, condenándolo–. Steve hasta estaba dispuesto a aceptar a tu criatura, pero Mina fue demasiado orgullosa como para permitir que él lo hiciera. Y ahora, cuando todo empezaba a enderezarse de una vez por todas, ¡tú apareces otra vez!

Sin mirar a nadie, Mina se dio la vuelta y empezó a alejarse de la casa. Estaba devastada.

Un silencio la siguió. Y luego oyó a Cesare decir:

–¿Mi criatura? –tenía tono de no poder creerlo.

Winona soltó un gemido, dándose cuenta, de pronto, de lo que había hecho.

Mina se sentó en un banco en la parte sur de la casa. El calor de la tarde no era suficiente para calentar su corazón y el frío de sus huesos.

Cruzó las manos fuertemente. Podría habérselo dicho ella, pero no había querido decírselo. Después de todo lo que le había hecho pasar hacía cuatro años, se habría cortado la lengua antes que decirle que había dado a luz a una hija suya nueve meses más tarde.

Ese nacimiento había sido la última de una serie de humillaciones que él le había hecho vivir. Y cuando se había dado cuenta de que no tenía la fuerza suficiente como para dar en

adopción a su hija, su único consuelo había sido saber que Cesare jamás sabría de la existencia de Susie.

Una sombra oscureció la luz del sol.

–Dime que no es cierto –le ordenó Cesare.

Mina fijó su atención en la grava. Tenía los ojos ardiendo.

–Te he pedido que te alejes de mí.

–¡Sabiendo que yo seguiría viniendo! No te creo que tengas un hijo mío...

–No hay problema. Súbete al coche y vete –le aconsejó Mina–. Eso es lo que he querido desde el primer momento en que te he vuelto a ver.

–Es imposible –dijo Cesare.

–Me gustaría que hubiera sido imposible.

Pero no era verdad. Por un lado lo deseaba y por otro no lo deseaba. Ella adoraba a Susie y había hecho muchos sacrificios para tenerla consigo, pero también había descubierto lo duro que era ser madre soltera, la sensación de culpabilidad y de imperfección que se tenía. Además, había tenido que apoyarse en su familia para darle a Susie un hogar decente, y para alguien tan independiente y orgullosa como Mina aquello había sido una fuente de autoreproche constante.

–Había cuatro criaturas –empezó a decir Cesare.

Tres rubias y una de pelo negro... y muy rebelde...», pensó Mina. Estaba a punto de darle un ataque de histeria. Estaba esperando que Cesare se diera cuenta de la cruda realidad en cualquier momento. En el espacio de cinco minutos, Susie había demostrado su carácter, su tenacidad, su agresividad, su fuerte temperamento.

–¿La que me ha mordido y ha jurado? –preguntó Cesare.

Hubo un silencio profundo, cargado de incredulidad.

–¿Me estás diciendo que esa pequeña fiera es mi hija? –le gritó con repentina cólera. Le puso una mano en el hombro y la hizo erguirse–. ¡Te he hecho una pregunta! –le gritó sacudiéndola un poco.

–Pero tú no quieres la respuesta realmente, ¿no? –respondió ella.

La soltó de repente, y caminó varios pasos antes de volver hacia ella. Estaba muy pálido. Su mandíbula angulosa y prominente destacaba sobre aquella piel oscura.

–No parece tener la edad suficiente.

–Cumplirá cuatro años en diciembre. Es pequeña de tamaño, simplemente.

Cesare la miró a los ojos con un brillo amenazador.

–Parece que no recibe los cuidados necesarios...

–¿Que no recibe los cuidados necesarios?

–*Madre de Dio*... Si me estás diciendo la verdad y esa criatura es mía... ¿Quién diablos la ha estado cuidando mientras tú estabas en Londres?

–Mi hermana...

–¿Esa harpía? –respondió Cesare.

Mina se puso blanca al escuchar aquella descripción de Winona.

–¡Winona quiere a Susie!

–¡Pero a mí me odia! –exclamó Cesare, furioso–. Si esa pequeña es mía...

–¿Quieres dejar de decir eso? –lo interrumpió Mina–. ¡Sí es tuya! Nadie te ha traído aquí para que cargues con la culpa de Susie. Tú solo has venido aquí, y no has querido marcharte. Si Winona no hubiera perdido la cabeza, no habrías sabido nada de todo esto.

–¿Y por qué? ¿Por qué si estabas embarazada no te pusiste en contacto conmigo? –preguntó Cesare–. ¿Por qué he tenido que enterarme por casualidad?

Mina alzó la barbilla, haciendo un gran esfuerzo por controlar el sollozo en la garganta.

–Creí que era obvio. No quería que lo supieras. No quería tu ayuda económica. De hecho, no quería saber nada de ti. No quería volver a verte. ¡No te debo nada después del modo en que me trataste!

–¿Y qué me dices de lo que le debías a la criatura? –preguntó Cesare con énfasis. Notó que el rostro de Mina se tensaba y entonces Cesare se rió afectadamente–: No, tú has pensado en ella. No creo que pienses en ella muy a menudo...

–¿Por qué te atreves a decir eso?

–Está sucia, dice tacos, no está lo suficientemente controlada y necesita atención y cuidados. Eso no te deja muy bien como madre, ¿no crees?

–Sólo la has visto unos minutos. No la conoces –susurró Mina, afectada por su reproche–. Es un poco rebelde, pero se baña todos los días. Y sólo dice ese taco...

–Perdóname, pero no me siento muy impresionado –Cesare la miró censurándola–. ¿Así que Susie es el problema con el que podría encontrarme? ¿Por qué la has tenido? ¿Era tu seguro contra un procesamiento? Estabas dispuesta a usarla para protegerte, ¿no es verdad? Después de todo, no te quita mucha libertad. La dejas tirada aquí y tú sigues con tu vida normalmente.

Mina lo miró, horrorizada.

–No es así. La dejé aquí porque no podía permitirme tener una vivienda decente y porque sabía que aquí la iban a cuidar bien y que con mi familia estaría segura...

–¿Dónde está? –Cesare miró alrededor, alzando una ceja–. Ni siquiera lo sabes, ¿no? ¡Podría estar en la calle, debajo de las ruedas de un coche!

–¡Tiene demasiado miedo de cruzar por la zona del ganado! –Mina se llevó una mano a la sien.

Se preguntaba qué había hecho para merecer semejante pesadilla. Se había imaginado muchas reacciones de Cesare al enterarse de que tenía una hija, pero nunca se le había ocurrido que podría salirle con un catálogo de ataques a sus cualidades como madre.

–¡Pero mi hija corre como una salvaje! ¡Ésa que yo no tenía derecho a conocer! ¿Quién diablos crees que eres para tomar una decisión así? –le soltó Cesare, con evidente resentimiento.

–Me trataste como a una... –empezó a decir Mina, temblorosa y pálida.

–¡Te lo merecías! –la interrumpió Cesare–. Pero intenté volver a verte después de esa noche, porque estaba preocupado de que mi irresponsabilidad hubiera podido tener repercusiones.

Turbada por el hecho de que le estuviera recordando aquella historia, Mina desvió la mirada.

–Cuando no te encontré, me dije que era un tonto por pensar que pudieras haber corrido ese riesgo. Supuse que te habrías protegido contra un embarazo antes de acostarte conmigo –le dijo Cesare tratando de contener la rabia–. No se me cruzó por la cabeza que pudieras ocultarme que estabas embarazada. Pero ¿por qué ibas a decírmelo? Tú necesitabas mi dinero para mantenerla... Tu comprensiva familia se ocupó de ella y te dejó en libertad...

–¡No ha sido así! –protestó Mina con un sollozo en la voz.

–*Per amor de Dio!* ¡Me has dado un shock tan grande que siento que el suelo se me mueve bajo los pies!

Mina tenía lágrimas en los ojos. Se sentía un blanco donde él tiraba sus cuchillos con crueldad. Habían sucedido demasiadas cosas en muy corto tiempo. Demasiadas emociones fuertes se habían desatado, y ahora ella estaba en el ojo de la tormenta, incapaz de controlarlas.

Pero al mirar a Cesare se dio cuenta de que él también estaba sufriendo, y aquello le hizo más daño que su propio dolor.

Y entonces se dio cuenta de lo que sucedía. Habría hecho cualquier cosa para ocultarse sus sentimientos, pero los había visto y ya no podía enterrarlos. Ella lo amaba aún. Ése era el único motivo por el que Cesare podía hacerle tanto daño. Y era un momento terrible para hacer aquel descubrimiento...

Se encontraba débil. Se sentó en el banco nuevamente, y bajó la cabeza. ¡Cesare la odiaba y ella en cambio quería abrazarlo! Hubiera querido decirle que lo sentía aunque no sabía qué cosa debía sentir. ¿Cómo diablos se iba a defender sintiéndose así?

–Necesito tiempo para pensar –dijo Cesare.

Y simplemente se marchó.

Ella lo miró marcharse, desesperada. Cerró los ojos y oyó el ruido del motor del Ferrari, que se fue apagando en la distancia. Él también estaba destrozado, y ella nunca lo había visto en aquel estado antes. Pero era normal. No debía de ser fácil encontrarse con el hecho de ser padre cuatro años más tarde de una relación de una noche. Y lo peor: no era una situación que Cesare pudiera controlar, y si había algo característico de Cesare era el hecho de que controlaba todo y a todo el mundo que formaba parte de su radio de acción.

Él despreciaba a la madre de Susie. Y tampoco se había sentido impresionado por el primer encuentro con su hija. Pero para Cesare la familia era importante. No era el tipo de hombre capaz de olvidarse de que tenía una criatura porque no le resultase cómodo tenerla. Cesare se tomaba muy en serio sus responsabilidades. ¿Acaso no lo había visto en acción con Sandro, su detestable hermano?

Cesare cuidaba de su hermano, le había dado un puesto importante en Industrias Falcone para tenerlo contento, y le había

dado un despacho muy espacioso, donde, con los limitados poderes que tenía a su disposición, Sandro no dejaba de meterse en un lío tras otro... Líos que Cesare tenía que arreglar y cubrir económicamente.

¿Por qué? Porque Sandro era su familia.

Pero ¿por qué estaba pensando en Sandro?

Sabía por qué. Su último recuerdo del hermano de Cesare estaba grabado en su sistema. La mañana siguiente a la noche que ella había pasado en brazos de Cesare, ella se había despertado sola y había andado medio desnuda por la habitación, y había descubierto, para su preocupación, que la voz que estaba escuchando hablando por teléfono no era la de Cesare, sino la de su hermano.

Sandro la había invitado a salir el primer día que ella había empezado a trabajar en Industrias Falcone. Ella lo había rechazado. No había querido salir con ninguna persona con la que trabajase. En cualquier caso, Sandro era una persona desagradable. Y a la semana de trabajar en la empresa, ella se había enterado de que la mayoría de las secretarias tenían la misma opinión que ella acerca del hermano menor del jefe.

En Industrias Falcone Mina había entrado en un entorno de hombres, el de los ejecutivos, y se había sentido incómoda por su hostilidad. Había sido muy duro mantener la seguridad en sí misma. Muchas secretarias se habrían cortado las manos antes de ayudarla. Le tenían mucha envidia. Ella había conseguido un trabajo goloso que las otras no habían podido conseguir. Y había corrido la voz de que Cesare la había elegido a ella simplemente porque le había gustado. Y el siguiente rumor había sido que se estaba acostando con el jefe.

Cesare no había salido a defenderla. Él se había mantenido al margen y la había dejado sola frente a ello. Pero sí había parado las bromas sucias y el lenguaje obsceno en la junta directiva, probablemente porque ella sospechaba que antes de su llegada no debía de haber habido comentarios semejantes. Habían intentado tratarla como a una chica de los recados, y durante un tiempo ella lo había soportado estúpidamente, pensando que podría hacerse amiga de ellos y demostrar que ella valía por sí misma.

–Tú sólo haces café para mí –le había dicho Cesare–. Sólo tomas

mensajes para mí. Tienes que aprender a decir «no» a todos, menos a mí.

¿Cuánto tiempo había tardado en enamorarse de él? Su sofisticación y su aspecto la habían intimidado al principio, y no había sido fácil trabajar para él.

La primera vez que Cesare le había gritado, ella se había metido en el aseo y había tenido que reprimirse unas lágrimas de cría. La siguiente vez, ella le había gritado en respuesta… Y después de una pausa, Cesare se había reído. Él la había fascinado desde el principio. Era brillante en los negocios, muy competitivo, pero no era un adicto al trabajo. Si trabajaba duro, lo compensaba pasándoselo bien. Y tenía fama de conseguir las mujeres que quería, y ella había visto cómo entraban y salían de su vida.

Cuando llevaba un mes trabajando con él, Mina se dio cuenta de que tenía tres problemas. Uno era que Sandro Falcone se estaba poniendo muy insistente, que no aceptaba un «no» por respuesta, y que se estaba poniendo muy desagradable. El segundo era que se sentía muy atraída por Cesare. El tercero tenía que ver con su carrera. Cesare viajaba por Europa con frecuencia pero no la llevaba nunca con él. Llevaba a su subordinada en su lugar, y dejaba a Mina en Londres.

–¿Te he dicho acaso que te llevaría de viaje conmigo? –le había respondido cuando ella finalmente había reunido el coraje de preguntárselo.

–Bueno, no, pero…

–Tal vez este trabajo no te satisfaga… –le había dicho Cesare, mirándola.

El segundo mes Cesare se había puesto más temperamental. De hecho, cuanto más trabajaba ella, él se ponía más duro. Habían pasado mucho tiempo solos. Para entonces Mina ya sabía que estaba perdidamente enamorada de él. El tercer mes habían desaparecido todas las otras mujeres de su vida. Muchas veces alzaba la mirada y se encontraba con que Cesare la estaba mirando con sus ojos dorados. La atmósfera había estado cargada de sexualidad, pero ella había creído que eran imaginaciones suyas, que quería ver en él sus propios deseos, y temía que Cesare sospechase sus sentimientos hacia él.

Y entonces, esa última noche, habían estado en su ático, en la

parte más alta del edificio Falcone. Todos se habían marchado, pero ella se había quedado a transcribir unas notas. Cesare le había ofrecido una copa de champán, y entonces, la había mirado de repente y le había dicho:

–Me rindo –y la había estrechado en sus brazos y la había besado hasta dejarla sin sentido.

La copa se había caído de la mano de Mina. Y él había seguido besándola. Ella no recordaba cómo habían acabado en el dormitorio. Lo que sí recordaba era que Cesare había estado tan fuera de control como ella, aunque había tenido mucho cuidado en no hacerle daño la primera vez que habían hecho el amor.

–Nunca mezclo el trabajo con el placer –le había dicho luego–. Pero esto es diferente.

Y ésa había sido toda la conversación.

Cuando ella había querido hablar, él le había empezado a hacer el amor. En cuanto a lo que Cesare le había contado después, en la cama, en relación a un acuerdo que acababa de firmar, ella se había dormido en medio de la conversación, y se había despertado tarde por la mañana, cuando debía haber estado en su puesto de trabajo, horrorizada porque Cesare no la hubiera despertado antes de marcharse. Y ella había sido la víctima de sus propias dudas e inseguridades aquella mañana, dolorosamente consciente de que Cesare no había dicho una sola palabra que pudiera borrar sus temores de que había sido una estúpida.

Cuando ella había salido corriendo de la cama, sin saber qué hora era y esperando ver a Cesare antes de que se marchase a Hong Kong, Sandro se había dado la vuelta, sobresaltado, y la había mirado con incredulidad

–Así que Cesare, por fin, ha aprovechado la situación… –había dicho Sandro después de un largo silencio–. No te toma en serio, Mina. Y, ¿quieres que te diga una cosa? Has apostado al caballo equivocado. Mi hermano no es partidario de hacer del despacho un nido de amor… Piensa que esas cosas no son buenas para la empresa. El día antes de que empezaras a trabajar, ¡advirtió a todo el mundo que no se metiera contigo!

–No te creo –había murmurado ella.

–Y ahora que Cesare ha tenido lo que los demás no tenían permiso de tener, te dejará tirada inmediatamente. Cesare siempre

hace lo mismo.

El canto de un pájaro interrumpió sus pensamientos. Mina pestañeó y volvió al presente. Fijó sus ojos en el jardín, pero no vio a los pájaros. Se estremeció al recordar la cara de Sandro, el tono que empleaba para hablar de algo que para ella aún era muy preciado. Pero no lo había creído. No había creído que Cesare fuera así. Incluso no había podido pensar que Cesare sólo la hubiera llevado a la cama por lascivia.

–¿Mamá?

Mina alzó la mirada. Susie estaba yendo hacia ella. Mina sintió un nudo en la garganta y abrió sus brazos. Susie la abrazó fuertemente, con todo ese cariño que era la otra cara de ese feroz temperamento.

–Lo siento –sollozó la niña.

Mina le acarició la cabecita apoyada en su hombro.

–No volveré a portarme mal –le prometió Susie.

–Cariño, sólo te portas mal algunas veces.

–Me enfado...

–Lo sé –Mina intentó tranquilizarla–. Pero no debes morder a la gente.

–¿Cuándo te vas en el tren? –preguntó la niña.

Mina tragó saliva. Le había dicho varias veces a Susie en los pasados quince días que no iba a volver a irse en el tren, pero Susie parecía no aceptar el cambio de situación. Durante mucho tiempo se había tenido que acostumbrar a la partida de Mina...

¿Tendría razón Cesare? ¿Lo habría hecho todo mal con Susie? ¿Tendría que haber enterrado su orgullo y pedir su ayuda? Pero ella había imaginado más humillaciones cuando había pensado en la posibilidad de decirle a Cesare que estaba embarazada.

Después de todo, a Cesare sólo lo conocía por aquella fatídica noche y su posterior comportamiento. Se lo había imaginado negando que fuese el padre del niño que estaba esperando, o quizá peor aún, aceptando la responsabilidad, furioso y resentido, y dejando muy claro que en aquella circunstancia ella era una molestia.

Pero ahora ella sabía que Cesare la había despedido no porque ella se hubiera acostado con él, sino porque creía que ella había traicionado su confianza actuando deshonestamente. Ella recordaba

con dolor sus acusaciones de que lo había traicionado como empleada y como amante.

No obstante, Cesare había intentado asegurarse de que ella no se había quedado embarazada, y había intentado ponerse en contacto con ella, encontrarla.

«¡Dios santo! ¡Qué lío!», reflexionó Mina. ¡Cuánto deseaba poder volver en el tiempo y saber qué habría pasado y cómo se habría comportado Cesare si la hubiera encontrado! Quizá todo el lío podría haberse solucionado entonces. Pero ¿realmente importaba ahora?

Era verdad. Él podría haberle dado ayuda económica. Pero no le habría dado su amor. Ni siquiera había tenido interés en continuar una relación con ella. Para Cesare aquella noche había sido un error, así que Susie habría sido un error mayor para él.

–Hola... –Mina sonrió, pero parecía estar incómoda mientras caminaba por el invernadero gigante.

Steve levantó la vista de la lista de precios que tenía en la mano, y le dedicó una mirada dura que a ella la hundió.

–¿Por qué no has venido con nosotros a cenar a Coach anoche?

–Lo siento. No me sentía con ganas de salir.

Los últimos dos días habían sido muy tensos para Mina. Había estado esperando que sonara el teléfono, o el timbre de la puerta. Pero no había habido ni una palabra de Cesare, sólo un silencio que podía interpretarse de distintos modos, y que había aumentado el peso de su ansiedad.

¿Cómo manejaría Cesare el descubrimiento de que era el padre de una niña de tres años? ¿O quizá pensaba manejarlo de algún modo?

–Yo tampoco tenía muchas ganas de hacer relaciones sociales, pero fui –dijo Steve acercándose a Mina. Le tomó las manos y se las apretó fuertemente, impidiendo que ella se soltara–. ¿Cómo has podido irte con Falcone de ese modo? –le preguntó, furioso–. ¡Me has hecho quedar como un tonto!

Mina se había puesto tensa.

–Yo...

Los ojos azules de Steve la miraron con amargura.

–El verlo me ha traído toda la historia otra vez... Si no hubiera sido por él...

–¡Cesare no tuvo nada que ver con la ruptura de nuestra relación! –protestó Mina, viendo que sus sospechas se habían confirmado.

La presencia de Cesare había reanimado el resentimiento de Steve y sin duda esa actitud poco razonable habría sido animada por su hermana en la cena del día anterior.

–Yo te amaba realmente...

–Pero ahora tienes a Jenny –susurró Mina, mirándolo con tristeza.

Interiormente le rogaba que no la hiciera sentirse culpable.

–¡Tú eres tan hermosa...! –Steve levantó una mano y le tocó un mechón de pelo–. Tan perfecta...

–¿Mina?

Steve y Mina se dieron la vuelta sobresaltados. Mina se encogió al ver a Cesare en la puerta. Estaba vestido con ropa de sport: con pantalones color crema, una camisa negra abierta en el cuello y una chaqueta clara. Le quedaba perfecta, y se notaba que era de diseño italiano.

El corazón de Mina empezó a latir aceleradamente; y se le secó la boca.

El sobresalto había hecho que Steve le soltara las manos. Mina aprovechó para quitarlas. Se había puesto roja. Y se lamentó de que Cesare fuera testigo de aquella escena. Ella sabía perfectamente cómo interpretaría él lo que acababa de ver. Ahora seguramente pensaría que le había mentido cuando le había dicho que Steve no era su amante.

–Baxter me dijo que acababas de irte. Susie me indicó el atajo.

Susie emergió de detrás de Cesare, ajena a la tensión que había entre los adultos. Tenía un oso de peluche agarrado con ambas manos.

En el silencio, Susie empezó a darle golpes al oso, y éste empezó a cantar. Se le movían la boca y los ojos. Una risa nerviosa salió de la garganta de Mina, pero luego se encontró con los ojos de Cesare, y todo deseo de reír se desvaneció completamente. Esa mirada era como una mano helada en la columna vertebral.

–Te veré luego –le dijo Mina a Steve.

–¡No voy a volver a morder! –exclamó Susie, y ofreció su osito para que lo inspeccionaran con admiración–. ¡Y he dicho «gracias»! ¿Sabes que tengo una abuela a la que le encantan las niñas pequeñas?

–¿Una abuela? ¿De verdad? –respondió Mina mientras seguía a su hija afuera.

Por alguna razón, no había estado preparada para que Cesare fuera allí con un regalo para Susie, algo que significaba un claro deseo de acercamiento a la niña. Pero estaba menos preparada aún para oír a Susie hablar con entusiasmo de la madre de Cesare como de su abuela.

–Podrías decirle a Susie quién soy cuanto antes –sugirió Cesare.

–¿No te parece que sería un poco prematuro? –murmuró Mina, tratando de ocultar su consternación.

–En absoluto, teniendo en cuenta que la noticia le llega tres años y medio tarde.

Mina lo miró, sorprendida, mientras atravesaba una puerta de hierro que iba desde el aparcamiento central del jardín hacia el campo. Cesare no dejaba de mirarla con frialdad. Ella se puso pálida. Cesare había cambiado. Y ella sentía ese cambio con tanta fuerza como si le hubiera dado con una puerta en la cara. Había puesto distancia con ella, de un modo que le era totalmente nuevo. El haberse enterado de la existencia de Susie había provocado aquel cambio. Aquella actitud la intimidaba.

–¿Me estás dando a entender que quieres desempeñar un papel en su vida? –preguntó Mina con tono tenso.

No podía imaginarse lo que podría ser su vida con Cesare entrando y saliendo de su casa cuando quisiera.

–Un papel permanente.

–¿Sí? –comentó Mina.

Luego hubo un silencio.

Ella había esperado que Cesare hiciera otra escena, pero no lo había hecho, lo que la aliviaba. El comportamiento de Steve la preocupaba. Si Steve seguía sintiéndose atraído por ella, ¿cómo podía arreglarlo? Quizá sólo hubiera reaccionado al pasado, que había aparecido tan inesperadamente. Tal vez en unos días cambiase su actitud. Pero ¿y si no cambiaba? Mina no quería sentirse culpable de estropear la relación entre Steve y Jenny.

–Hablaremos dentro –dijo Cesare, entrando en la casa. Se agachó al sentir que Susie le había tirado de la pernera del pantalón–. Te veré luego –murmuró a la niña con más ternura de la que Mina podía imaginar, teniendo en cuenta el humor que tenía.

Mina abrió la puerta del comedor, una habitación que se usaba con poca frecuencia.

–Haré café –dijo Mina.

–Olvídate del café –le aconsejó Cesare con poca paciencia.

Cesare cerró la puerta. Mina se cruzó de brazos y se acercó a una de las ventanas. Se sentía acorralada. Cesare iba a ofrecerle dinero para la manutención de Susie. ¿De qué otra cosa iba a querer hablar?

Era un asunto humillante para ella. Pero si no hubiera estado enamorada de él podría haber tenido una actitud más práctica, menos emocional, pensó.

–No voy a perder el tiempo con trivialidades –afirmó Cesare–. Para resumírtelo: quiero a mi hija.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

–Y preferiría tenerla sin peleas.

–No comprendo... –susurró Mina temblorosamente. Sentía el sudor en las palmas de las manos, apoyadas en sus muslos.

–Puedo darle más de lo que le das tú.

Mina se quedó helada.

Cesare la miraba sin compasión.

–Quiero adoptarla legalmente.

–¡No es posible que hables en serio!

–Es mi hija, y la quiero...

–¿Quieres decir con eso que yo no la quiero? –respondió Mina–. No estás hablando de la venta de una empresa, Cesare, ¡estás hablando de mi hija!

–Y de la mía –le recordó él, con los ojos brillantes de rabia–. Pero tú ignoraste mis derechos durante estos tres años. ¿Por qué piensas entonces que yo voy a ser más generoso con los tuyos?

–Yo no estoy hablando de derechos. Estoy hablando de sentimientos –murmuró Mina, aún conmovida por el curso que estaban llevando las cosas.

Cesare quería llevarse a Susie lejos de ella. No podía creerlo. No quería creerlo.

–¿Estás intentando decir que tú consideraste los míos?

Mina se puso roja y se hundió en una silla. Tenía las rodillas demasiado débiles para que la mantuvieran en pie.

–No sabía que tú tenías sentimientos... Quiero decir, si no lo sabías... –balbuceó Mina.

–Pero ahora lo sé y no tengo intención de dejarte sola en posesión de mi hija –la informó Cesare.

–Estás tratando de castigarme –Mina dejó escapar un pensamiento en voz alta, aunque no había sido su intención.

–Quiero lo mejor para mi hija, y no voy a dejarla en esta casa, viviendo de la caridad de tu familia.

–Baxter me ha ofrecido una cabaña que se quedará vacía en otoño. Susie y yo viviremos solas y tú puedes visitarnos cuando quieras... O incluso... ¡Yo podría llevártela a Londres! –sugirió Mina, en un intento por aplacar su ira como fuese, hasta que ella pudiera pensar más claramente.

–Quiero más que esa pequeña parcela ofrecida a punta de pistola.

–Tú quieres sangre... Bueno, ¡no voy a entregarte a Susie! –Mina saltó, con inesperada furia. Sus ojos de amatista le brillaban como joyas–. ¿Qué clase de hombre eres tú para pedir eso? Yo la quiero mucho, y aunque a ti te dé lo mismo, ella me quiere también, ¡Y todo el dinero del mundo no podrá compensar la pérdida de su madre! –gritó Mina con los puños apretados.

Cesare se encogió de hombros.

–Tienes razón.

Mina se sintió desconcertada al ver que estaba de acuerdo con ella tan fácilmente. Y suspiró hondo, aliviada.

–Si no estás dispuesta a renunciar a ella, y sientes que la separación sería un gran daño emocional para Susie, no me quedan más opciones que ofrecerte un hogar a ti también.

Mina pestañeó. No era posible que Cesare estuviera diciendo lo que ella estaba oyendo.

–¿Cómo?

–Llevarte a los tribunales por la custodia de Susie sería algo muy desagradable para todos, y muy traumático para la niña –murmuró Cesare muy suavemente–. Y aunque alegase montones de cosas contra ti, es posible que no la consiguiera. Un extranjero en unas

cortes inglesas, un padre demandando a una madre... Mis abogados me han dicho que tengo pocas posibilidades de ganar.

–¿Tus abogados? –preguntó ella, sorprendida.

–Naturalmente un hombre en mi posición tiene que consultar con un abogado.

Mina empezó a sentir un malestar en el estómago. No podía comprender cómo Cesare trataba aquello con tanta frialdad.

–Como ves, esto es muy importante para mí –le dijo Cesare.

–Sí, ya veo.

–Pero aceptarte a ti junto a Susie será la alternativa más sensata desde el punto de vista de la criatura.

A Mina le llevó más de treinta segundos desenmarañar y absorber aquella afirmación.

–No comprendo qué quieres decir con eso.

–Si me casara contigo, tendría todo el tiempo del mundo para conocer a mi hija –le dijo Cesare fríamente–. Y Susie tendría el beneficio de tener a su padre y a su madre.

Capítulo 6

–¿Si te casas conmigo? –repitió Mina con una voz ahogada.

–Además, Susie llevaría mi apellido. Eso es importante para mí. Ella compartiría mi hogar, algo que también es importante para mí. Y tendría a su madre –enumeró Cesare.

Mina se dio cuenta de que Cesare no incluía el que Susie tuviera a su madre como algo importante para él. Evidentemente, eso sólo podía verlo como una ventaja para Susie.

Mina estaba en estado de shock por la sugerencia de Cesare de que se casaran.

–Pero… –Mina tragó saliva.

Cesare no la dejó continuar.

–No puedes vivir conmigo sin llevar una alianza, si vivimos con Susie. La etiquetarían como a una hija ilegítima, y no quiero que la niña lleve esa carga.

–¿No? –Mina no pudo decir nada más.

Pero tenía muchas ganas de darle un bofetón para ver si se partía el hielo de su cara. ¿Cómo se le ocurría proponerle matrimonio como si se tratase de un asunto de negocios, en el que Susie fuera una de sus ganancias?

Ella conocía a Cesare. En otras circunstancias, ¡él se hubiera cortado el cuello antes que proponerle matrimonio! Cesare no quería casarse con ella, pero si ése era el único modo de conseguir a Susie, parecía dispuesto a hacerlo.

–Susie se merece lo mejor que yo pueda darle. Eso fue lo que hicieron mis padres por mí. Y quiero dárselo a Susie –afirmó Cesare–. Si yo hiciera menos que eso, mi consciencia me lo reprocharía toda la vida. Así que, llámame cuando decidas qué hacer.

Perpleja, Mina lo observó alejarse. Ella se incorporó y corrió tras él.

–¿Cesare?

Él se detuvo a medio camino en los escalones, y se dio la vuelta.

–¿No crees que deberíamos hablar de esto con más profundidad?

–*Perché?* ¿Por qué?

–Es la pregunta más estúpida que me has hecho –protestó Mina.

–¿Qué más queda por decir? Por la iglesia o lo civil. Tú eliges.

Mina se dio cuenta de la rabia que Cesare intentaba ocultar detrás de su fría fachada.

Bruscamente, Cesare se dio la vuelta y fue hacia su coche.

A Mina la molestó tener que correr detrás de él nuevamente. Pero afortunadamente Cesare se dio la vuelta antes de que pudiera hablar.

–¿Cómo has podido apartar a mi hija de mí? ¿Cómo pudiste hacer eso? –preguntó Cesare, furioso.

Mina dio un paso atrás.

–No pensé que querrías... –susurró con tristeza.

–¿Qué sabes tú sobre mí? –Cesare hizo un gesto con la mano–. ¿Qué diablos sabías tú sobre mí?

–Probablemente, sólo lo que tú me mostraste. Y lo poco que dejabas entrever. ¡Que no era mucho, Cesare!

–*Dio mio...* ¿Qué se supone que quiere decir eso?

Mina se mordió el labio inferior deseando haberse callado. Pero recordó con tristeza la noche en que había dado a luz a Susie. Cesare no había expresado sus sentimientos la noche que habían pasado juntos, así que posiblemente no tuviese ningún sentimiento en particular acerca de ella. Eso había sido sólo sexo. Tenía que agradecer que no le hubiera contado ninguna mentira, pero uno de los recuerdos más tristes que tenía era que le había dicho que lo amaba. Y no se lo había dicho una sola vez. Se había sentido tan abrumada por lo que había sucedido entre ellos que había estado flotando en una nube.

–No tiene importancia. Olvídalo. Pero hablar de matrimonio sí la tiene.

–Desde el punto de vista de Susie, estoy anteponiendo sus necesidades a las mías. Para mí, no es una cuestión de elección personal. Es un instinto muy básico el que me haga responsable de mi propia hija... ¿Y tú? ¿Qué decisión tienes que tomar en relación a ello? ¿No te estoy ofreciendo el estilo de vida que siempre has querido?

Mina estaba pálida.

–¡Tú no sabes lo que quiero!

Con una risa burlona como expresión de su desacuerdo, Cesare se metió en el coche.

–Si estuviera tan interesada en el dinero, Cesare, ¿por qué no te preguntas por qué no te he dicho lo de Susie hace años? –le sugirió, furiosa–. Legalmente, tendrías que haberla mantenido, y yo podría haber vivido muy cómodamente con ese dinero. Entonces, dime, ¿por qué no lo hice?

Hubo un silencio profundo.

Era evidente que Cesare no podía explicar esa incoherencia, y eso lo enfurecía, se le notaba. Entonces pronunció algo ofensivo en su idioma.

–No puedes contestar eso, ¿no? ¿Y por qué iba a querer lucrarme engañando a la gente en un aburrido trabajo de nueve a cinco cuando podría haberte obligado a mantenerme a mí y a la niña?

–¡Dame tiempo y te lo diré! –juró Cesare con vehemencia, mirándola con desafío, incapaz de echarse atrás.

Pero Mina sabía que había dado en un punto importante. Ella no habría tenido necesidad de luchar por la supervivencia o planear el fraude de una empresa dedicada a las obras de caridad, teniendo a la hija de un hombre muy rico. Susie podría haber sido el medio de conseguir un gran beneficio.

–¿Qué quería? –preguntó Winona por detrás de ella.

Mina se había dado cuenta de que su hermana se había mantenido a distancia durante la visita de Cesare. Evidentemente todavía recordaba la sensación de haber quedado en ridículo hacía dos días.

–Él... –Mina dudó–. Me ha sugerido que nos casáramos... –finalmente dijo.

–¿Qué? –preguntó Winona, sin poder creerlo.

–Por Susie.

–Teniendo en cuenta que no puede dejar de tocarte ni en un sitio público, ¡debe de ser por sí mismo también!

Pero Mina no pensaba eso.

Cesare no quería casarse con ella. Ni siquiera le hubiera nombrado el matrimonio si no hubiera sido por la existencia de Susie. Era posible que la deseara, pero en otro nivel la despreciaba y desconfiaba de ella. ¿Y qué clase de matrimonio podía salir de

aquello?

–No creía que iba a querer casarse contigo –le dijo Winona.

Y Mina supo que el concepto que su hermana tenía de Cesare había mejorado. En realidad, Winona nunca había expresado la incomodidad que le producía el tener una hermana que era madre soltera, pero la perspectiva de que se casara era algo atractivo para ella.

Mina no se molestó en contarle las referencias de Cesare a sus abogados, el tema de los tribunales y las batallas por la custodia de su hija. En su opinión, Cesare había sacado aquel tema sólo para presionarla y conseguir lo que deseaba. En cuanto había comprobado que ella no estaba dispuesta a renunciar a Susie, Cesare había planteado la solución del matrimonio. Todo lo demás había sido una forma de intimidación para que aceptase su posterior propuesta de matrimonio. El trabajar con Cesare le había enseñado sus estrategias. Cuando estaba en una situación que no le daba mucho margen de acción, jamás ponía todas las cartas sobre la mesa.

Sus métodos la enfurecían. A ella no le gustaba que la abordara como si se tratase de un negocio hostil. No obstante, Cesare había reaccionado al descubrimiento de que era padre de un modo más responsable y positivo del que ella había imaginado, y ella no pensaba que hubiera una alternativa al matrimonio con Cesare, sobre todo teniendo en cuenta sus sentimientos hacia él, además del bien de Susie. Su hija necesitaba un padre, un hogar propio y una seguridad. Mina se sentía culpable por no haber podido dárselos.

Y ella se daba cuenta, además, de que estaría mejor con él que sin él. Pero un matrimonio basado sólo en las necesidades de un niño no era lo que ella quería. Ella no había explorado sus sentimientos en aquellos días, no había tenido tiempo. Pero sabía que amaba a Cesare, y era ése el hecho que hacía que aceptase su proposición.

Seguramente con la íntima relación que proporcionaba el matrimonio, Cesare se daría cuenta de que la había juzgado mal, ¿no?

Ella le pediría las pruebas que él decía que tenía. No, no se las pediría. Se las exigiría. De algún modo ella tenía que limpiar su nombre. No iba a renunciar a que eso se satisficiera alguna vez.

–¿Mina? –se oyó la voz de Winona–. Cesare está aquí.

La voz de su hermana le hizo levantar la vista de los juguetes que estaba ordenando en la sala.

–¿Otra vez? –preguntó, sorprendida.

Cesare apareció en el quicio de la puerta. Ella lo miró con un estremecimiento. Le quitaba el aliento con aquel aspecto tan atractivo.

–Me estaba preguntando... –empezó a decir Cesare–. ¿Te apetecería cenar conmigo esta noche?

Ya eran más de las seis. Sorprendida por su segunda visita en el mismo día, Mina no dijo nada. Simplemente lo miró y asintió.

Se levantó del suelo, y de pronto comprendió su presencia.

Quería saber cuál era su decisión. Evidentemente no había sido capaz de esperar un tiempo razonable para que ella pudiera tomar la decisión. Cuando los niños corrieron por el vestíbulo, por detrás de él, Cesare giró su cabeza, evidentemente buscando a Susie. Oyó al osito de peluche primero. Luego apareció ella, sonriéndole.

Cesare no podía quitar los ojos de Susie. Un sentimiento egoísta y envidioso se retorció dentro de Mina durante un segundo, y luego se sintió avergonzada. Pero habría dado cualquier cosa por tener el mismo poder de Susie para hacer sonreír a Cesare de aquel modo.

Además, era evidente que entre padre e hija empezaba a formarse una relación en la que ella no tenía nada que ver.

Susie no estaba muy acostumbrada a tener la atención de un hombre. Los visitantes y parientes hacían más caso a sus primos. Susie se daba cuenta de que ella era un poco ajena a aquella casa. Se había pasado el día atendiendo al oso de peluche, orgullosa de que por una vez recibiera un regalo exclusivamente para ella.

–Eres una niña muy guapa –dijo Cesare, agachándose al nivel de su hija.

Susie sonrió.

–No te morderé más –respondió la niña en recompensa.

–Iré a cambiarme –murmuró Mina, decidiendo dejarlos solos en lugar de intervenir.

Cuando estaba al lado de la puerta, se detuvo y dijo sin mirarlos:

–Lo he decidido.

–¿Qué? –preguntó Cesare con tensión.

–El matrimonio será lo mejor para quien tú sabes...

Hubo un largo silencio. Ella tuvo la sospecha de que pasaba algo por su cabeza.

–¿Cesare?

–Lo organizaré todo, entonces –murmuró él inexpresivamente.

Winona la acorraló en el descansillo de la escalera.

–¡Hay una limusina con un chófer ahí fuera! –le susurró, impresionada–. ¿Quieres que te deje algo de ropa?

–No, gracias.

Para cuando ella bajó las escaleras, vestida sencillamente con un vestido estampado con flores y una blusa, Cesare le había dicho a su familia que se iban a casar. Roger había abierto una botella de vino para celebrar, decidido, al parecer, a enmendar su actitud del día que había aparecido Cesare por primera vez. Y Winona había cambiado a Susie, y le había puesto, por alguna razón, un vestido bordado que había sido de Lizzy. La razón de su hermana para hacerlo se aclaró pronto.

–He pensado que Susie cenaría con nosotros –dijo Cesare.

Evidentemente, Cesare no pensaba que ellos tenían algo personal que celebrar, pensó Mina.

Ella había esperado estar sola con él, y se sentía decepcionada, pero se sintió ridícula por aquel sentimiento.

Mina miró su alianza nuevamente, antes de admirar el campo siciliano por la ventanilla de la limusina. Daba la impresión de que estaban viajando al centro de la isla.

Cesare le había dicho que se hospedarían en su casa, pero no le había dado más detalles. Y ella no había querido preguntar más. Pero el paisaje de campos sembrados había cambiado, y en aquel momento estaban atravesando un espeso bosque de pinos y eucaliptos.

El silencio era como una cuchilla afilada. Sin duda su nerviosismo hacía que viera una atmósfera amenazadora en toda la escena. Y su imaginación estaba en acción.

Lo peor que podía hacer Cesare era seguir ignorándola. De hecho la sorprendía que, sintiéndose como se sentía con ella, Cesare

hubiera querido hacer aquel viaje.

Se habían casado en la iglesia local temprano aquella mañana. Había sido una ceremonia muy tranquila. Cesare no había invitado a ningún pariente ni amigo, y aunque Mina no se había lamentado de no ver a Sandro, cuya reacción a su matrimonio no habría sido seguramente de alegría ni satisfacción, había sentido que esas ausencias decían mucho acerca de cómo veía Cesare aquel matrimonio.

Pero no era de extrañar, puesto que aquélla había sido la actitud de Cesare durante las últimas tres semanas.

Había visitado Thwaite Manor varias veces, pero toda su atención había estado centrada en su hija. Mina había estado en un segundo plano.

Cuando Mina había aceptado casarse con él, ella no había esperado que la tratase como a una intrusa, ¡sólo tolerada en presencia de Susie!

–La quiere mucho, ¿no te parece? –había comentado Winona con entusiasmo forzado, cuando había aceptado quedarse con Susie mientras ellos hacían un viaje a Sicilia.

Evidentemente, Cesare no podía perdonarla por no haberle dicho nada sobre la existencia de su hija.

Aunque había decidido que el matrimonio era la única forma de dar a Susie lo que ésta necesitaba, la necesidad de haberlo hecho lo enfurecía. Hacía sólo seis semanas que Cesare había irrumpido en su vida, y había decidido castigarla por su supuesto engaño y estafa. Y ahora Susie se interponía en la satisfacción de su venganza.

Se había visto obligado a poner a su hija por delante y olvidarse de su venganza. Y encima había tenido que casarse con una mujer a la que despreciaba, lo que habría sido un sacrificio para él.

–Hemos llegado…

Algo en la voz de Cesare le hizo mirarlo. Vio que sonreía pícaramente.

Era como si de pronto hubiera subido al escenario un experimentado actor, después de días y días de frialdad absoluta. Mina no podía salir de su asombro.

Pero algo del entorno llamó su atención y tuvo que dejar de mirarlo.

La limusina estaba subiendo una cuesta llena de vegetación

hacia lo que parecía una fortaleza de piedra.

–¿Tu casa es... un castillo? –preguntó Mina.

–Durante tres siglos el Castillo de Falcone ha resguardado el valle de intrusos. Normalmente entro y salgo de él en helicóptero, pero he pensado que tal vez el largo viaje en coche por estas pequeñas carreteras... te parecería... ¿instructivo?

–El paisaje es hermoso.

–Pero éste es un valle aislado. En invierno se queda aislado porque las carreteras son imposibles de atravesar. Te habrás dado cuenta de que no hemos visto ningún pueblo desde hace varios kilómetros... El pueblo más cercano está a varios kilómetros de distancia. Los empleados viven aquí.

Sorprendida por la cantidad de información que le daba, Mina pensó que ahora se daba cuenta del motivo por el que Cesare había cambiado su estado de ánimo.

Cesare estaba en Sicilia se sentía en casa. Y eso le cambiaba el estado de ánimo, ¡ella lo festejaba!

Evidentemente, Cesare estaba muy orgulloso de su castillo, y la relación de su familia con su historia.

La limusina atravesó unos portones gigantes y entró en un patio adornado con plantas.

–¡Qué bonito! –exclamó Mina, apreciando el paisaje mientras salía del coche.

–Es una pena que esté tan lejos de la vida nocturna y de las tiendas de París y Londres –comentó Cesare.

–Sí, pero es un sitio donde puedes venir a relajarte y a desentenderte de todo... –Mina miró los alrededores, fascinada–. ¡Es maravilloso!

–Espero que ese sentimiento sea duradero –dijo Cesare.

Mina estaba tan contenta de que él le volviera a hablar, que brillaba de alegría.

El orgullo le decía que tenía que ser fría con él, ¡pero lo amaba tanto! No obstante suponía que tenía alguna excusa para su animosidad. Cesare tenía razón en estar enfadado por no saber que tenía una hija, pero ella rogaba que aceptase un hecho que no podía cambiarse. Mina estaba deseosa de poner los medios para que pudieran empezar a construir una base firme para un futuro juntos. Y unos días a solas les servirían para empezar.

–Me encanta la vida en el campo –dijo ella animadamente.

Cesare sonrió cínicamente.

–¿Aun en invierno?

Pero ella no estaría allí en invierno, casi dijo.

En ese momento salió a recibirlos una mujer rolliza vestida de negro, y Cesare la presentó como el ama de llaves, María. No sabía una palabra de inglés, pero su sonrisa era suficiente.

–Tendré que aprender italiano... –se rió Mina, sintiéndose ridículamente feliz.

No podía evitar contagiarse del buen ánimo de Cesare. ¡Se sentía tan aliviada de que él estuviera contento!

–Podrás aprenderlo en tu tiempo libre.

¿Por qué seguía teniendo la impresión de que Cesare le hablaba en tono irónico?

Intentó borrar esas sospechas, diciéndose que ahora Cesare era su marido, y que por una vez estaba controlando su temperamento. Después de todo, Susie no sería feliz si notaba la tensión entre sus padres, y tal vez Cesare hubiera llegado a esa conclusión.

–Deja que María te acompañe arriba. Cenaremos a las nueve –le dijo Cesare.

Del vestíbulo salía una magnífica escalera de mármol y hierro forjado. El castillo había sido modernizado por las sucesivas generaciones de la familia de Cesare, era evidente.

Mina siguió a María por la escalera, y luego atravesaron un pasaje de piedra que realmente era medieval en su simplicidad. Había una puerta abierta que daba a una habitación con paredes recubiertas de roble. Dentro había una enorme cama barroca de madera tallada, y Mina se hundió en ella con placer. Era como estar en el siglo XVIII.

Tenía un cuarto de baño anexado.

Una vez sola, Mina exploró libremente el lugar.

Frunció el ceño al deducir que Cesare no tenía intención de compartir su habitación con ella. Pero se recordó que hacía menos de una hora no se le había ocurrido siquiera que él pensara volver a hacerle el amor. Y se puso roja. Ni siquiera la había besado desde el día que había descubierto la existencia de Susie.

Más de una vez se había dicho que su indiferencia no le importaba, pero la verdad era... que nunca se había sentido más

rechazada en toda la relación con él.

Mina había estado reflexionando acerca de sus propios fallos en las últimas semanas y se había dado cuenta de que hacía cuatro años, había antepuesto su orgullo al bien de su hija. En cambio, Cesare, al margen de lo que pudiera pensar de ella, siempre pondría las necesidades de Susie en primer lugar.

Un largo baño la relajó. Cuando salió de la bañera se encontró con que una criada estaba poniendo ropa para ella encima de la cama, lo que la sorprendió.

–Pero éstas no son mías –dijo Mina, tocando un juego de lencería fina de seda y encaje. Luego miró hacia un vestido negro de fiesta y frunció el ceño–. ¿Dónde está mi ropa?

La joven la miró, ansiosa.

–¿No gusta, *signora*? –dijo la criada en un inglés incorrecto. Corrió a uno de los roperos y abrió la puerta de par en par, para mostrarle un mar de coloridos atuendos.

Sobresaltada, Mina abrió otra puerta, y descubrió algo similar.

Había cajones de lencería, estantes con jerséis, y en el suelo, hileras de zapatos; todo nuevo.

De pronto se dio cuenta de lo que pasaba. Cesare le había comprado un nuevo ropero. Estaba sorprendida. Cada tanto veía alguna ropa suya, barata y sencilla, que debía de haber sido sacada de su maleta y colgada mientras ella se había bañado. No había comparación con lo que le había comprado Cesare.

El vestido negro con los hombros al descubierto era muy bonito. Después de despedir a la criada, Mina se vistió y se recogió el pelo. Luego se miró al espejo, pasando una mano por la hermosa tela del vestido, que crujía suavemente con cada movimiento. Sus hombros parecían muy blancos asomando por la tela oscura ajustada a su cuerpo.

Le gustaba sentir la seda contra su cuerpo. Le gustaban las cosas bonitas, pero nunca había podido mimarse demasiado. Se sentía conmovida por el gesto de Cesare. Ni siquiera se lo había mencionado... La había tomado totalmente por sorpresa. Se recordó entonces que había entrado en un mundo diferente, uno en el que la gente se vestía para la cena todas las noches, no sólo cuando tenían invitados, y pensó que había sido un detalle de parte de Cesare el haberlo previsto y haberse ocupado él mismo de aquello.

En cuanto estuvo lista, bajó las escaleras rápidamente. Sus zapatos de tacón sonaron en el suelo de cerámica del vestíbulo de la entrada. Se moría de ganas de ver a Cesare. Un criado la siguió, y al verla dudar adónde ir, le abrió una puerta.

El sol se estaba poniendo a lo lejos. Lo podía ver por las ventanas. Cesare estaba de pie allí. La luz hacía que su cabellera color ébano brillase, y su esmoquin blanco resaltaba su piel y pelo negro tan atractivos. ¡Estaba terriblemente guapo!

–¡Se te ve tan contenta con la ropa...! ¡Me he imaginado que te gustaría! –murmuró él suavemente.

Mina se puso roja. Tenía los ojos brillantes.

–La ropa ha sido una sorpresa maravillosa –respondió ella–. Gracias.

–De nada. Si mi esposa fuera mal vestida, se reflejaría en mí. Y sin duda habrá veces en que venga gente aquí. Sería muy incómodo que alguno de los invitados te confunda con una de las criadas.

Mina sintió como si Cesare le hubiera dado un golpe.

Lo oyó dirigirse al criado con el nombre de Paolo. Éste le ofreció una copa de champán. Ella la aceptó con dedos temblorosos.

–¿Por qué quieres que brindemos? ¿Por la institución del matrimonio? –Cesare sonrió cínicamente–. ¿O por tu retiro del mundo que tanto te gusta?

–¿Cómo? –preguntó Mina, con la voz temblorosa.

Con dos o tres palabras Mina había echado abajo su ilusión de que Cesare estaba cambiando.

–Es posible que no te vistas como una de ellas, pero vas a embarcarte en una vida tan apretada como la de una monja de clausura.

–¿Has estado bebiendo? –susurró Mina.

No podía encontrar otra explicación a semejante pronóstico.

Cesare echó hacia atrás su negra cabellera y se rió, divertido.

–Nunca me preguntaste dónde ibas a vivir. Así que ahora te lo diré. Vivirás aquí.

–¿Aquí? –repitió Mina.

–No voy a llevarte de nuevo a Londres.

–Pero yo creía que íbamos a vivir en Lon...

–Te has equivocado. Puedo dirigir mis empresas desde cualquier lugar. La tecnología lo hace posible. Tendré que hacer viajes

ocasionales pero tú te quedarás aquí manteniendo el fuego encendido y dedicándote a ser madre de nuestra hija. Un papel que seguramente será un desafío para ti.

Mina bebió el champán simplemente para humedecer su boca. Lo miró como si se hubiera vuelto loco de repente. No podía creerlo.

–Si este lugar está tan aislado como dices que está, ¡no es adecuado para Susie! –objetó Mina, temblorosa.

Fue lo primero que pensó.

–Es muy adecuado. Puede ir a un jardín de infancia y a una escuela primaria en el pueblo, a seis kilómetros de aquí

–Susie ni siquiera habla italiano, ¡por el amor de Dios! –exclamó Mina.

Estaba preocupada por la rapidez con que Cesare había refutado su argumento, y por la idea de que Cesare había pensado en todo aquello con todo detalle.

–¿Y no crees que debería aprenderlo? Ésta es mi casa y su casa por lo tanto –respondió Cesare–. Los niños de su edad aprenden enseguida un idioma. Crecerá como una niña bilingüe.

Mina comprendía ahora su comentario acerca de la distancia del castillo de la vida nocturna de Londres y de sus boutiques de moda. Evidentemente, él pensaba que ésas eran cosas muy importantes para ella y estaba decidido a privarla de ellas. En realidad Mina no había mentido cuando había dicho que le encantaba la vida en el campo, pero sentía que Cesare la estaba amenazando con un aislamiento más parecido a una prisión que a otra cosa.

Mina estaba impresionada. ¿Lo atraía la idea de alejarla de su familia y de todo lo que le resultaba familiar? ¿La estaría castigando por ponerlo en una posición en la que tenía que casarse con ella para tener acceso a su hija? ¿Estaría tan resentido y amargado que quería hacer todo lo posible para que su matrimonio fuera infeliz?

–¡No comprendo por qué te comportas de este modo! –exclamó.

–Te mataría si tuvieras un amante –susurró Cesare–. Es mejor que no tengas la posibilidad de esa tentación, ¿no crees? Así no estarás tentada de andar por ahí, y yo no tendré que cometer un crimen pasional.

Mina miró un momento la mesa hermosamente adornada e iluminada con velas, y se sentó lentamente en la silla que le

ofrecieron.

¿Cómo se le ocurría a Cesare hablarle de tener un amante el mismo día de su boda?

Era tan terrible que pudiera imaginarse eso, que ella no pudo decir nada, y simplemente se sentó en silencio, preguntándose cuál de los dos se estaba volviendo loco.

Capítulo 7

Paolo desdobló su servilleta y se la puso en el regazo con un movimiento grácil. Destapó otra botella de champán, llenó sus copas y se echó atrás diciendo algo en italiano.

–Por si te interesa, Paolo nos estaba dando la enhorabuena de parte de todos los empleados y deseándonos que nuestra unión sea fructífera y que traiga niños a la casa nuevamente. ¡Seguro que se alegrará de saber que ya tenemos una, incluso antes de casarnos!

Mina se puso roja.

–Cesare... No sé de dónde has sacado la idea de que...

–¿Puedes meterte en otra cama si no te encadeno a la mía? –le dijo Cesare, mirando sus mejillas rosadas–. Te he visto en acción, *cara*. Te he observado con Edwin Haland y con Clayton. Fue muy instructivo. Es posible que seas pequeña, ¡pero eres letal! Si estuviéramos en Arabia, te encerraría en un harén y tiraría la llave.

–Jamás me he acostado con otro hombre –dijo Mina con la cabeza alta–. Tú no te mereces que te lo cuente...

–No... Me merezco la verdad –la interrumpió él con un brillo malévolo en la mirada–. Clayton fue amante tuyo.

–¡Steve jamás ha sido mi amante! –protestó Mina.

–Me alejo cuarenta y ocho horas, ¿y qué ocurre? Que te encuentro con Clayton tocándote...

Mina recordó la escena que Cesare había interrumpido aquel día con Steve, y lo miró. No había vuelto a hablar del tema Cesare. Y ella había pensado que finalmente él había interpretado aquella escena como algo inocente. ¡Era increíble cómo podía guardarse los sentimientos!

Aquel día sólo se había centrado en Susie, y sin embargo detrás de ese tema, había estado agazapada la idea de que ella tenía una relación con Steve.

–Pero habéis sido novios de pequeños, y la familiaridad lleva a... más familiaridad. Evidentemente te has pasado años jugando con él a ciertos juegos, pero él todavía besa el suelo que pisas –continuó

Cesare–. Supongo que te será difícil vivir sin esa adoración incondicional... Pero vivirás sin ella, y sin él...

–¿Quién te ha dicho que Steve y yo éramos novios de pequeños? –le preguntó Mina.

–Tu hermana melliza... No creo que seas capaz de acusarla de haber mentido, ¿no?

–Yo no estoy negando que Steve y yo saliéramos juntos en la adolescencia, pero hace años que no hay nada entre nosotros.

–Él está enamorado de ti –dijo Cesare.

–¡Él no está enamorado de mí! Estaba enamorado de mí... ¿vale? Pero ya no lo está –discutió Mina–. Y en cuanto a Winona, ella siempre ha querido que me case con Steve, para que así seamos una familia feliz, y mi hermana es muy persistente. Pero ¿no se te ha ocurrido que si hubiera querido casarme con Steve, me habría casado cuando me lo propuso?

–Él no podía ofrecerte todo lo que tú querías. Él no será nunca rico. Pero alimenta tu ego, te cree inocente, y una devoción semejante es rara, y te halaga. ¡Hasta debe de creer que yo te emborraché el día que concebimos a Susie...! Tú te habrías conformado con él si yo no hubiera vuelto.

Mina tiró su servilleta a un lado y se puso de pie.

–¡Ojalá lo hubiera hecho! –exclamó, temblando de rabia–. ¡Es posible que Steve jamás sea rico, pero me conoce mucho más que tú!

–Te sentarás y terminarás la comida –la amenazó Cesare.

–¡No voy a compartir la mesa contigo! –gritó Mina–. No sólo sospechas de todo lo que hago, sino que estás trastornado. Y si crees por un momento que pienso...

–¡Siéntate! –dijo Cesare otra vez.

Ella oyó el ruido de la puerta y volvió a su sitio, frustrada por su propia renuncia a hacer una escena delante de los criados.

Retiraron el primer plato y luego sirvieron el segundo, y mientras Mina pensó que había sido estúpida al pensar que Cesare podría estar dispuesto a dejar el pasado atrás.

–Yo acepté este matrimonio con buena fe –dijo ella cuando estuvieron solos otra vez.

–Por Susie –le recordó Cesare–. Y la vida en el campo es tan buena para los niños... Aire fresco, espacio para jugar, por no

mencionar la seguridad que le proporcionará la atención ininterrumpida de su madre.

–Viviéramos donde viviéramos, Susie habría tenido esa atención –dijo Mina sin mirarlo. Agarró el cuchillo y el tenedor. Aunque había perdido el apetito, no quería demostrarlo–. Pero está claro para mí que, haga lo que haga, tú no confiarás nunca en mí.

–La confianza hay que ganársela, y si no intentas ganártela, el año que viene seguirás aquí sentada, atrapada como un barco en una botella –le dijo cínicamente Cesare.

Al ver que ella lo miraba, sorprendida de escuchar aquello, Cesare agregó:

–Cuando hayas admitido delante de mí que eres culpable de tráfico de información y me satisfagas diciéndome lo que has hecho con el dinero...

–¡Yo no lo hice! –gritó Mina.

Cesare continuó.

–... y pasen nueve meses por lo menos, de no tener a otro hombre a tus pies... Quizás puedas hacer un viaje a Londres acompañada y te dé un poco de dinero para que gastes...

–¡Guárdate tu asqueroso dinero! –gritó Mina.

–Eso tengo intención de hacer –sonrió él maliciosamente–. Seré el peor tacaño de todos tus sueños. No te daré ninguna tarjeta de crédito. Ni te regalaré ninguna joya que puedas vender. Ese anillo que llevas en el dedo parece platino, pero es plata...

En un ataque de furia, Mina le tiró el anillo a la mesa. Pero cayó en el suelo. Ninguno de los dos se fijó en él.

–Quédate con eso también, ¡desgraciado!

–Para resumir: no abandonarás este valle por algún tiempo –murmuró Cesare con evidente satisfacción–. Puedes dedicar todos tus talentos a ser mi esposa, y yo podré estar tranquilo de encontrarte en el mismo sitio donde te dejé, cuando vuelva. Lo creas o no, ésa es una sensación de seguridad de la que algunos hombres no tienen que preocuparse.

Paolo entró con el postre. Mina hubiera deseado agarrarlo y tirárselo a Cesare. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por reprimirse.

Ella intentó disimular su furia delante del hombre.

–Lo único que tengo que hacer es llamar por teléfono a mi hermana –dijo ella trémulamente.

–Tu hermana se encoge de miedo cada vez que me ve entrar. *Dio mio!*

–Winona no dejará que Susie se vaya con nadie que no sea yo, ¡y Susie no vendrá aquí de ninguna manera! –juró Mina, desesperada por encontrar un arma con qué atacarlo.

–Winona entregará a Susie a su padre. Tu cuñado se ocupará de ello –le dijo Cesare.

Había sido una amenaza estúpida. Ella no quería involucrar a su familia. Ella tenía su orgullo. Y tampoco quería disgustar a Susie. Su hija ya estaba muy unida a Cesare. Como cualquier niño que responde a las atenciones y sincero interés de un adulto. Además, ahora la niña tenía un hombre al que podía llamar «papá», y eso la hacía feliz. Susie había empezado a querer a Cesare...

–En lo bueno y en lo malo... Aunque es posible que para ti tenga más importancia la frase de «en la pobreza o en la riqueza», con ese aspecto de frustración que tienes.

–No me siento frustrada. ¡Lo que siento es rabia, y un profundo deseo de empujarte al barranco más cercano! –exclamó Mina, y se puso de pie–. ¡Acabas de cometer el peor error de tu vida, Cesare Falcone!

–¿Creíste que iba a ser tan estúpido de casarme contigo y dejarte libre en el corazón de Londres para que hicieras lo que quisieras? ¿Crees que soy estúpido, *cara*? –Cesare alzó una ceja.

–¡No habías vuelto a nombrar a Steve ni a ese maldito dinero en las últimas semanas!

–Por supuesto que no –dijo Cesare, agarrando su champán–. Debo admitir que me costó mucho refrenarme. Pero he conseguido llevarte al altar, ¿no? Ahora tengo exactamente lo que quiero. Tengo a mi hija... y un derecho legal sobre ella. Pero igualmente importante: también te tengo a ti...

–¿Que me tienes? –gritó Mina, furiosa.

Cesare la miró. Posó sus ojos en sus pechos.

–Te tengo. Exactamente donde siempre he querido tenerte. Totalmente dependiente...

–¿Cómo te atreves...? –Mina estaba furiosa por aquella mirada lasciva.

–Es posible que todavía no te tenga descalza, embarazada y en la cocina –le dijo Cesare–. Pero dame tiempo.

–¡Si intentas tocarme, te arrepentirás de haber nacido!

–Nuestra primera discusión de casados, y la tinta del libro de familia apenas se ha secado... –Cesare se rió suavemente–. Un hombre prudente intentaría arreglar el problema en su noche de bodas... Pero yo nunca he sido prudente. Así, el desafío será mayor... Te apuesto mil libras a que esta noche compartes la cama conmigo...

–Por mí, puedes apostar un millón... ¡Que lo perderás! –gritó Mina y salió de la habitación.

Paolo venía con una bandeja con el café, y se sorprendió al verla.

Estaba furiosa. Cinco minutos más en compañía de Cesare Falcone y empezaría a tirar la vajilla contra el suelo. Lo que la había atraído de Cesare Falcone en un primer momento ahora le parecía su peor defecto. Era totalmente impredecible.

Pero mientras subía la escalera le encontró más defectos.

Era obstinado como una mula, tenía la tenacidad de un rottweiler. Ni siquiera era capaz de pensar que podía equivocarse en algo. Era retorcido, y planeaba y maquinaba como si tuviera la sangre de un Borgia en sus venas... Y no era capaz de ver el bosque detrás de los árboles.

Mina estaba intentando quitar los cajones de una cómoda para acercar el mueble a la puerta cuando apareció una criada. Ésta entró, insegura, después de que hubiera golpeado y ella no hubiera contestado.

–¿Quiere ayuda, *signora*? –preguntó Giulia.

–No, gracias –Mina se irguió–. No necesito ayuda –mintió.

Le costaba mucho esfuerzo mover el mueble sola.

Tiró del vestido que se había descolocado en su inútil esfuerzo por mover la cómoda con los cajones intactos.

Giulia se marchó, reacia.

Mina sacó el último cajón y empujó la cómoda con el hombro, furiosa de que no hubiera una llave para cerrar la puerta de la habitación. El pesado mueble crujió y se movió unos centímetros.

Con la fuerza que le daba la rabia, logró llevar la cómoda hasta la puerta y la atravesó contra ella. Agotada, se dejó caer en la alfombra. Pero luego se dio cuenta de que si no volvía a poner los cajones no serviría de nada, puesto que sería fácil abrir la puerta

empujándolo.

Cuando terminó de poner los cajones en su lugar, estaba agotada; le faltaba el oxígeno. Se tumbó en la cama. Bajó la cremallera de su vestido, y se quitó las medias y el liguero. Era la primera vez que los usaba. ¿Cesare se lo había comprado para ella o para él?

Se quitó las braguitas también como forma de rebelión. Desde aquel momento no se pondría ninguna ropa de la que le había regalado Cesare. ¡Y esperaba que eso lo incomodase!

Mientras estaba tumbada, dejando que el aire enfriase su piel caliente, empezó a sentir que el enfado daba lugar a la tristeza.

Cesare no había cambiado su idea de ella. Lo único que había querido era oírla admitir su culpabilidad en voz alta. ¿Dudaría de su culpabilidad?

Trató de borrar de su mente esa esperanza.

Recordó el plan de cavernícola de Cesare...que quería encerrarla en un castillo.

Una mujer codiciosa se hubiera puesto furiosa por sus amenazas de no darle dinero. Pero ella había tenido que luchar tanto para mantenerse ella y mantener a Susie, que sus amenazas no la habían afectado. ¿Para qué iba a necesitar dinero? No tenía cuentas que pagar, y Cesare no se imaginaba qué alivio era no tener que preocuparse por las cuentas.

En cuanto a Steve, éste la había evitado desde el momento en que había sabido que ella se iba a casar con Cesare. Y cuando le había preguntado a su hermana qué pensaba Steve de su boda, ésta le había dicho que estaba consternado, porque creía que ella odiaba a Cesare.

Y ella había vuelto a sentirse culpable por la historia con Steve.

Pero lo que más le dolía de todo aquello era saber que Cesare la creía capaz de pasar de su cama a la de Steve. A ella nunca la había atraído demasiado Steve. El mismo día en que él le había pedido un poco más de intimidad en la relación, ella se había dado cuenta de que no lo amaba.

De no haber sido por Winona y Roger, su relación con Steve habría muerto hacía tiempo. Y la presión de que volvieran a estar los cuatro felices había sido un peso para ella.

¿Cómo podía pensar Cesare que ella era capaz de compartir esas

intimidades con otro hombre?

Hacer el amor era algo... tan personal... O al menos lo había sido para Mina. Pero... Lo que era especial para ella no lo era para él. Seguramente Cesare no había permanecido célibe esos cuatro años...

En cuanto esa idea atravesó su mente, Mina quiso borrarla. Le dolía mucho pensar que pudiera tener en sus brazos a otra mujer.

Y después de lo que Cesare le había hecho aquella noche, ella se odiaba por sentir esos ilógicos celos.

Pero, claro, la primera vez que la había besado ella se había ido a la cama con él, y después de cuatro años, y a pesar de sus insultos y desprecios, ella había vuelto a hacer el amor con él... Así que no le extrañaba que Cesare pensara que era poco menos que una ninfómana.

¿Acaso no se había comportado como una ninfómana?

Ella había tenido relaciones con un hombre por primera vez un poco tarde, a los veintidós años. Pero Cesare parecía creer que una noche con él la había transformado en una vampiresa. Y lo gracioso de todo era que con el único hombre que sentía ese deseo era con él.

Mina miró la barricada formada con los muebles.

¿Era para impedir que entrase Cesare o para impedir rendirse a él?, se preguntó.

Oyó el ruido de una puerta y giró la cabeza para ver de dónde procedía, aunque era imposible que él pudiera entrar.

Se incorporó.

Su corazón empezó a latir aceleradamente al descubrir que una sección de la pared recubierta de madera se estaba quitando.

Luego se dio cuenta de que estaba desnuda sobre la cama.

Horrorizada, se reprimió un grito. Agarró la ropa interior que tenía al lado y se tapó como pudo.

–¡Dios mío! –empezó a decir.

Cesare apareció en el hueco de una puerta que ella no sabía ni siquiera que existía. Llevaba sólo una bata de seda negra. Se quedó de pie allí, evidentemente fascinado con el cuadro que componía Mina. Su pelo dorado flotando alrededor de su cara, sus ojos color amatista brillando como joyas, su delgado cuerpo escasamente envuelto en el arco iris de la colcha.

Mina lo miró.

–¡Eres una rata asquerosa! ¡Había una puerta secreta!

–¿Una qué? –preguntó él, con cara de no comprender.

–¿De qué estás hablando? ¿Una puerta secreta? –preguntó Cesare agarrando aún el picaporte.

Un picaporte que si ella hubiera mirado mejor, habría descubierto.

–¿Qué tiene de secreta? Es la puerta que comunica tu habitación con la mía.

–¡No quiero ninguna comunicación entre nuestras habitaciones! –gritó Mina–. ¡Vete!

Cesare se había quedado mirando los muebles que bloqueaban la entrada al dormitorio. Luego echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

–¿Pones barricadas? –preguntó, divertido.

Mina se sintió ridícula, y se puso roja.

–¡Y unas barricadas muy grandes! Y todo ese esfuerzo para nada... me parece. Espero que no te hayas agotado.

Mina se tapó más con la colcha.

–¡Sal de aquí, Cesare!

–Pero ésta es nuestra noche de bodas, *cara*.

Mina apretó los dientes. Hubiera querido levantarse y pegarle. Pero tenía miedo de que se le cayera la colcha.

–¡La respuesta es «no»!

–¿He hecho una pregunta?

–¿Necesitas que te lo explique? –Mina tembló con furia–. De acuerdo. ¡No estoy dispuesta a compartir la cama con un hombre que piensa que soy una mujer interesada en el dinero, una mujer deshonesta y una lagarta!

–¿Por qué no? –preguntó Cesare suavemente–. Si yo estoy dispuesto a sacrificar mis principios...

–¿Tus principios? –preguntó ella sin poder creerlo.

–¿Y de quién si no? Si pudiera no tocarte, ¿no crees que lo haría? –ironizó Cesare–. ¿Realmente crees que mi secreta ambición era casarme con una mujer que puede ser descrita como una mujer interesada en el dinero, deshonesta, una lagarta?

–¿Cómo te atreves?

–Tú has sido quien ha sacado el tema. Y si quieres que la

realidad se extienda al dormitorio, que así sea... Pero, que lo sepas, vas a cambiar... Tarde o temprano te cansarás de esconderte detrás de tus patéticas mentiras, y dirás la verdad acerca de lo que hiciste hace cuatro años...

–¡Yo no hice nada! –se defendió Mina gritando–. ¡Y si crees que voy a pagar por una cosa que no he hecho...!

–No hay remordimientos... Ni perdón –Cesare la miró con sus ojos dorados–. No me digas que no te lo he advertido.

–¡Estás loco! –susurró Mina. Inevitablemente se sintió intimidada.

–Tú has traicionado mi confianza –la condenó Cesare con enfado–. Me traicionaste.

Ella sintió un escalofrío en todo su cuerpo.

–Y lo hiciste con tal descaro... Tú me dijiste que me amabas –dijo Cesare en un tono tranquilo.

Mina estaba pálida. No quería que le recordase lo ingenua que había sido. Se había ido a la cama una noche, y al otro día había proclamado su amor, como una adolescente estúpida, con una falta total de reserva.

–Y realmente te creí –dijo Cesare con rabia.

–Seguramente te aumentó el ego y la satisfacción –dijo ella.

–No tanto como tenerte aquí para mi entretenimiento personal.

Con un movimiento rápido Cesare se desató la bata y se la quitó.

Mina se quedó sin aliento al ver su cuerpo bronceado, y sintió un calor en todo su ser. Se estremeció.

Quiso resistirse a la excitación que sentía. Un fuego peligroso la amenazaba y encendía la atmósfera. Y cerró los ojos con fuerza.

No permitiría que le hiciera aquello otra vez, se juró.

Controlaría aquella locura que le borraba todo pensamiento y voluntad. Debía hacerlo por ella misma.

La cama se hundió un poco con el peso de Cesare. Mina se preparó mentalmente para el primer contacto, pero no llegó. El silencio parecía pesar en el aire.

Cuando no pudo aguantar más el suspense, alzó la mirada.

Cesare estaba echado descuidadamente al lado de ella, quemándola con los ojos.

Mina sintió un nudo en la garganta.

–¿Sabes por qué te di ese trabajo? –murmuró Cesare en tono de

confidencia–. Eras la mejor candidata, y yo tuve que hacer un esfuerzo consciente por no ser sexista. Me dije que el hecho de que te encontrase atractiva no debía interferir en mi evaluación sobre tu eficiencia como empleada. Fue, en pocas palabras, mi problema... Pero en pocos días sentí que mi problema estaba pasando a ser nuestro problema, porque tú también me deseabas...

–No tan pronto... No... –protestó ella.

Cesare le puso un dedo sobre los labios para acallarla.

–Y no podías ocultarlo. Se te notaba claramente.

Los labios de Mina se movieron temblorosamente contra el dedo de Cesare diciendo:

–No...

–Pero yo me refrené por ti. Fui todo un caballero –Cesare levantó la mirada–. Decidí no llevarte conmigo al extranjero... Hubieran sido demasiadas noches trabajando hasta tarde... Demasiada intimidad...

–Demasiadas mujeres... –dijo Mina.

–Diversiones que fracasaban.

–Querías que renunciara a mi empleo –susurró ella.

–Tú me estabas distrayendo –Cesare rozó su labio inferior con su dedo–. Tenía fantasías increíbles contigo. Mucho antes de haberte tocado, te había hecho mía miles de veces en mis sueños.

Mina no podía quitar la vista de él. Cesare le estaba mostrando una parcela de su mundo, un mundo fundamentalmente físico, mucho más físico que el de ella. Sintió tristeza. Cesare estaba hablando de sexo, de nada más... Pero era normal, puesto que Cesare era un hombre muy sexy.

–La represión cada vez fue más difícil y dolorosa. Era muy duro contener la excitación –murmuró con sentimiento–. Te inclinabas sobre un escritorio y apenas me mostrabas un centímetro de muslo y yo me excitaba y me retorcía como un adolescente desesperado por su primer contacto... En cualquier momento, en cualquier sitio... daba lo mismo. A medida que pasaba el tiempo, era peor para mí... Más difícil era contenerme, hasta que llegué a un nivel en que tú eras la única cosa que tenía en mi mente. Eso me llevó al borde de la locura... Aquella semana, había llegado tu hora...

–Yo no sabía... –balbuceó ella.

–¿Que no sabías qué? –preguntó Cesare, bajando la mano y

apoyándola en la colcha–. ¿Que desear de ese modo es raro? ¿Que la mayoría de la gente vive toda su vida sin sentir nada parecido a eso? Es un deseo tan intenso que tiene que ser satisfecho… Y puede perderse el control…

Ella sintió un cosquilleo en todo su cuerpo, una debilidad en sus piernas… El silencio retumbaba en sus oídos.

Sin saber cómo había sucedido, Mina empezó a tener una sensación eléctrica.

Quiso recuperar la razón. Pero la razón no era suficiente para aquietar el loco latido de su corazón, mientras sus pechos se hinchaban y sus pezones se endurecían formando pequeños capullos.

Los dedos de Cesare soltaron la barrera de seda que formaba su sujetador y la quitó. La respiración de Mina era irregular, moviendo sus pechos mientras él los desnudaba. El saber que él no podía quitarle los ojos de encima era terriblemente excitante.

Cesare le agarró los brazos y tiró de ella, poniéndola encima de él. Luego buscó uno de sus pechos, y lo rodeó con su boca.

Ella gimió al sentir aquella sensación estremecedora que parecía tocar cada una de sus terminaciones nerviosas. Y clavó sus dedos en los hombros de Cesare. Luego los entrelazó a su cabello negro. Y el pensamiento de que aquello no debería estar ocurriendo volvió a su mente. Entonces cerró los ojos fuertemente, sintiendo el nudo de un sollozo en sus cuerdas vocales. Nunca había deseado tanto algo como deseaba a Cesare en aquel momento. Su cuerpo deseaba la pasión, pero su corazón deseaba la cercanía física, la libertad de tocar, de expresar en silencio el deseo y el amor que no se atrevía a expresar en palabras. Era como estar partida en dos.

Con una mano en sus cabellos, Cesare le levantó la cabeza.

–Hace cuatro años me dije que sólo era química, una explosión accidental, pero ninguna otra mujer me hace sentir de esta forma –dijo él.

–Pero tú no… –su voz se ahogó, y sus ojos se nublaron de tristeza.

Iba a decir que no la amaba, que ella no le gustaba a él, que Cesare no la respetaba. Y saber que se hubiera conformado con cualquiera de las tres cosas la torturaba.

–Tiene que haber más… –murmuró temblorosamente ella–. Para

mí, tiene que haber más…

Cesare le acarició el pecho. Fue como una sensación eléctrica, que derritió sus huesos.

–Tendrás que hacer lo que hago yo… Conformarte con lo que puedes tener. Olvídate del resto –le dijo él con dureza.

–Pero yo quiero…

–¡Esto! ¡Esto es lo que quieres!

Sin advertírselo, la besó apasionadamente. Y el mundo pareció desaparecer, sumergiéndola en la oscuridad de sus ojos cerrados.

Su lengua se abrió paso entre sus labios, buscando la tierna suavidad de su interior, y Mina tembló violentamente mientras él la apretaba contra su cuerpo e intentaba separarle las piernas para que se pusiera a horcajadas de él.

Mina dejó escapar un gemido de sorpresa al notar la posición íntima en que la había puesto, y se puso rígida, pero, con un gemido de satisfacción, Cesare impidió que se moviera, agarrándola de las caderas, mientras su boca la besaba apasionadamente. Ella perdió totalmente el control.

Con un solo beso, Cesare la hizo arder. La consumía de deseo. Tenía los pechos apretados contra el torso musculoso de él, y el vello masculino le rozaba los sensibles pezones.

Todas sus partes estaban conectadas con el ardiente calor de Cesare, y cuando él se movió, haciéndole notar su erección contra su vientre, ella gimió con excitación, tan fuera de control, que él era la única entidad estable a la que pudo aferrarse.

–Esto es lo que tenemos –Cesare murmuró con voz sensual, abrazándola fuertemente, con sus dedos entrelazados a su cabello, tirando de su cabeza para poder mirarla a la cara–. No me digas que no es suficiente. *Dio*… ¡Tres semanas sin tocarte! Te castigo… Me castigo… ¿Te complace eso?

–No… –balbuceó ella, ahogándose en los ojos dorados de Cesare.

Cesare se inclinó encima de ella, mordió eróticamente su labio inferior, y cuando ella tembló, él gimió y la levantó para apretarla más contra su cuerpo, buscando el centro húmedo que había entre sus piernas. Ella gritó, una sensación insoportable estaba ascendiendo hasta su más alta cima. Era un tormento.

–No puedo esperar –él la llevó hacia sí con cuidado, controlando sus movimientos.

Entró en ella suavemente, y la sensación fue tan placentera, tan excitante, que ella se hubiera desmayado de placer y hubiera gritado de frustración al mismo tiempo. Cerró los ojos, tratando de ocultar su propio deseo.

–Mírame –le ordenó Cesare.

–¡No pares! –le dijo ella entre dientes.

–Abre los ojos –insistió él.

Ella los abrió.

–Quiero observarte... Quiero estar seguro de que sabes que soy yo quien está dentro de ti –dijo él con los ojos encendidos de deseo y determinación.

Ella no era capaz de razonar. Sólo reaccionaba dejándose llevar por lo que él le estaba haciendo sentir.

–¿Cesare...? –lo miró a los ojos.

–Sí... Cesare... Nadie más... Nunca más... –dijo él con los dientes apretados.

Le sudaba la frente, y tenía el cuerpo dorado de sudor. Y con ferocidad repentina se apartó de Mina y la echó hacia atrás, contra la colcha, y se puso encima de ella con un solo movimiento. Le agarró las muñecas y se las sujetó contra la cama, mientras entraba en ella con fuerza.

Más tarde lo recordó como el shock erótico más intenso que le había provocado. La sobresaltó y la excitó aún más.

La poseyó turbulentamente, y ella se sintió poseída, inflamada por el sentimiento de que él estaba fuera de control. Ella se derritió, se dejó ir, se perdió completamente en el trueno del latido de su corazón y en la tensión que se estaba formando en su interior, cada vez más intensa. Con cada empuje, él la llevaba más alto, y luego, de pronto, todo el mundo se volvió multicolor, y todo su cuerpo se sintió dolorido. Apretó los dientes y sollozó:

–Te amo... ¡Te amo! –gritó, en la cima del éxtasis.

Aún flotando en una nube de placer y emoción, Mina de pronto notó un silencio preocupante. Parecía vibrar. Cesare se soltó del lío de miembros entrelazados y se puso a su lado, quitándole su peso, permitiendo que el aire fresco la enfriase.

–¡No vuelvas a decirme algo así! –exclamó.

Ella intentó taparse con la colcha, pero estaba demasiado revuelta para ofrecerle cobijo.

Oír aquel tono de voz después de hacer el amor con él era como una puñalada en el corazón. Le daban ganas de acurrucarse y morirse. Borraba todo el placer, y lo que era peor, le hacía sentir que su deseo era vergonzoso, una traición a sí misma.

–¿De qué estás hablando?

–Oírte decirme que me amas es la cosa que más me enfría del mundo –dijo con frialdad Cesare.

Ella se apartó de él, como comprendiendo repentinamente. Recordó la anterior vez que se lo había dicho.

–Pero a lo mejor tienes la costumbre de decirlo… –comentó Cesare con desprecio.

–¿Costumbre? –preguntó Mina temblorosamente.

–Tal vez a Clayton le guste la ilusión… A mí, no. Yo ya no tengo ilusiones para ti, y si no tienes expectativas, no tienes desilusiones –dijo con una risa forzada–. ¡Y hoy Clayton debe de estar muy desilusionado al ver que te has casado conmigo! ¡Debe de haber descubierto que el amor se va con el que apuesta más!

Mina comprendió entonces. Su estómago dio un vuelco.

Y sintió rabia, entre medias del dolor, y luego sólo rabia.

Capítulo 8

Mina se irguió, lo miró con ira y exclamó:

–¡Ya he tenido bastante! ¡No voy a volver a escuchar ni una asquerosa insinuación más! –le dijo furiosa–. Tal vez te gustaría decirme cómo Steve y yo podríamos haber tenido una aventura con Winona y Roger presentes... Estás hablando de cuatro personas que se conocen de toda la vida...

Cesare torció la boca, en un gesto de burla.

–Eso puedo creerlo...

–Puedes creer eso, pero no el resto, ¿verdad? –lo interrumpió Mina–. ¿Por qué crees que Steve te odia tanto? Steve y yo salimos durante cuatro años, y jamás tuvimos una relación íntima, ¡ni siquiera intimamos parcialmente! Y a ti sólo hacía tres meses que te conocía y... Una vez Steve me dijo que eso había sido lo peor de aceptar para él... ¡El ego de los hombres! ¡Al diablo con el ego de los hombres!

–Mina...

–¡Así que si quieres seguir pensando que yo paso de la cama contigo a la cama con él, puedes hacerlo! Yo lo llamaré y se lo contaré... ¡Estoy segura de que se alegrará muchísimo de que pienses eso! Pero ¡cómo te atreves a ponerme a la altura de una cualquiera!

–Eso no es lo que he hecho.

–¡Eso es exactamente lo que estabas haciendo! Detrás de toda esa sofisticación, ¿sabes lo que eres? Eres tan primitivo que todavía te encuentras en el anterior estadio de la evolución.

–Lo que tú quieras, *cara*, con tal de que te excite...

Mina tomó aliento.

–¡Ni siquiera me estás escuchando! ¿Verdad?

–Sí, pero me estás diciendo lo que sabes que quiero creer –se rió cínicamente Cesare.

Aquello fue lo último. Mina estaba que explotaba de rabia.

–Bueno, es eso, ¿no? –susurró ella amargamente–. Estoy

gastando mi aliento. ¿Tienes que dormir aquí o tengo una recompensa por hacerte ganar la apuesta?

–Eso era una broma...

–Eso fue un insulto.

Hubo un silencio.

–Eso fue un insulto –reconoció Cesare, sobresaltándola con la admisión.

–Me odias –dijo ella con tristeza, y tragó saliva.

–A veces –dijo Cesare. Se levantó de la cama. Luego la miró a los ojos con gesto duro–: Pero hace cuatro años, podrías haberlo tenido todo, *cara*. Ésa es la gracia. Estabas tan ocupada planeando y maquinando que no fuiste capaz de ver lo que tenías debajo de la nariz. Me vendiste por una pequeña cantidad, cuando podrías haber tenido mucho más.

–No sé de qué estás hablando.

Y además, no le importaba. Estaba destrozada. Era una noche de bodas que no olvidaría jamás. Una humillación infinita.

Y se dio cuenta de que dijera lo que dijera, Cesare jamás la escucharía. Sus ideas estaban muy enraizadas en él después de cuatro años de alimentarlas, como para cambiar. Y para él, ella lo había traicionado.

–Yo estaba enamorado de ti.

Mina levantó la mirada.

–No... No lo estabas –dijo ella.

–Lo descubrí en el viaje a Hong Kong. Fue el momento en que me di cuenta de ello.

Mina se había puesto pálida, por el shock.

–No, no estabas enamorado de mí.

–Locamente enamorado. Estaba pensando en boda, luna de miel y bautizos...

Mina estaba perpleja por lo que estaba escuchando. Era como estar escuchando que se había ganado la lotería y saber que había perdido el boleto para reclamar el pago.

También cambiaba su visión del pasado. Había pensado tantas veces que Cesare la había usado durante unas horas para divertirse y que luego se había arrepentido... Lo que oía la llenaba de amargura por la pérdida, y de resentimiento por la injusticia que los había separado.

–Pero no por mucho tiempo –susurró ella.

–No, no por mucho tiempo –repitió Cesare–. Pero el tema de tus chanchullos con la Bolsa ya está cerrado.

–No puede cerrarse. ¡Jamás podrá cerrarse! –exclamó ella, perpleja–. Si antes de la boda me hubieras dado la oportunidad de hablarte sin que estuviera Susie delante, ¡te habría exigido que me mostrases las pruebas que dices que tienes!

–Las he destruido.

–¿Cómo?

–He destruido las pruebas.

–¿Que has hecho qué? –Mina no podía creerlo.

–Piénsalo. Tú eres la madre de mi hija. Ahora eres mi esposa. Guardar documentos contra ti en un proceso sería una locura. Supon que por accidente esas pruebas caen en otras manos... Era un riesgo que no podía correr. Mientras seas mi esposa, te protegeré.

Ella se quedó mirándolo en silencio.

Sabía que Cesare era una persona respetuosa con las fuerzas del orden y de la ley. El que hubiera destruido un documento así era algo que no podía tomarse a la ligera. La protegía porque era la madre de Susie.

–¡Pero yo necesitaba ver las pruebas! Quería...

–¿Inventarte historias sin sentido para explicarme cada una de ellas y justificarte? –Cesare agregó–. Es por eso que no te las he mostrado.

–Así que no se me permite la posibilidad de defenderme...

–No quiero más mentiras –dijo Cesare fríamente–. Ya me has contado muchas. Y en cuanto al dinero... en ese sentido estoy pensando que me dices la verdad. No creo que te quede nada.

–Yo no lo hice. Tienes que darme la oportunidad de demostrártelo.

Cesare puso un gesto más duro.

–Cuando me dices cosas como ésas me enfadas más. El asunto está cerrado hasta que seas capaz de admitir la verdad. *Buonanotte, cara.*

Mina estaba furiosa. No le daba ni la más mínima posibilidad de limpiar su nombre. Pero se había enterado de algo que no había sabido hasta entonces.

No la había llevado ante las autoridades, pero eso era porque

quería castigarla él personalmente.

Y él era mucho más duro que cualquier juez.

¿Y qué tipo de arrepentimiento esperaba? ¿Esperaba que se declarase culpable, que llorase sin parar, que le rogase perdón hasta satisfacer su honor? Y además, no habría compras, ni salidas nocturnas, ¡ni otros hombres! ¿Cómo iba a poder vivir sin todas esas cosas?, se preguntó Mina irónicamente. ¡Y hasta pensaba que quedarse en casa todo el día con Susie sería un castigo! No se daba cuenta de que eso era un lujo para ella.

Pero Cesare también le había dicho que hacía cuatro años se había enamorado de ella. Pero ¿qué clase de amor había sido ése, que no había esperado hasta volver de Hong Kong para despedirla del empleo? No se había cuestionado su culpabilidad. Ni había dejado que sus sentimientos interfiriesen en lo que consideraba bien o mal...

Y fue entonces cuando se le ocurrió por primera vez que las pruebas que había tenido debían de haber sido abrumadoras.

Si seguía proclamando su inocencia sería peor.

Evidentemente alguien en Industrias Falcone le había tendido una trampa. Cesare sólo había estado en Hong Kong diez días, y al quinto la habían despedido.

¿Quién le había dado a Cesare la información que había hecho de ella la víctima del fraude de otra persona?

Todo había ocurrido muy rápido... Y por último, ¿adónde habían ido a parar esas cincuenta mil libras cuando las habían sacado de su cuenta bancaria?

Decidió escribir al banco, pero dudó que le revelasen una información como aquélla, o de que mantuvieran documentos de aquella transferencia después de tanto tiempo. No obstante, quien hubiera aceptado el dinero sería el verdadero culpable del delito. O por lo menos un cómplice.

La prueba de que ese dinero había salido de su cuenta no sería suficiente. Cesare pensaría que ella había desviado el dinero simplemente.

Pero tenía que intentarlo, ¿no?

Impulsivamente se levantó de la cama, se puso un camisón y fue hacia la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

La habitación de Cesare estaba a oscuras, a excepción de un

triángulo de luz que venía de la puerta entreabierta del cuarto de baño. Se oía el ruido de la ducha corriendo.

Mina encendió la lámpara de la mesilla y esperó.

Minutos más tarde Cesare salió del baño, secándose el pelo. Se detuvo, helado, al verla. Sus ojos la miraron con interés. Mina de pronto se dio cuenta de lo transparente que era la tela del camisón que llevaba, y de la desnudez del cuerpo dorado de Cesare.

–¿Alguna vez te has planteado que puedes estar equivocado? –preguntó Mina, incómoda al notar que él la miraba con deseo–. He venido aquí a hablar seriamente acerca de algo y sólo quiero que me escuches.

Cesare dejó la toalla a un lado y encuadró los hombros.

No tenía una actitud demasiado amistosa, pero Mina estaba decidida a decir lo que tenía que decir.

Le contó la historia del dinero que habían ingresado en su cuenta y que luego había desaparecido. Él pareció imperturbable.

Cuando ella llegó a una pausa, él pasó por su lado y cerró la puerta entre ambas habitaciones.

–¿No vas a decir nada?

–Para ser una historia salida de tu cabeza, es ágil, incluso inteligente... Sería muy difícil de probar después de tanto tiempo –dijo Cesare.

Mina se agarró las manos nerviosamente.

–Creía que podrías ayudarme a comprobarlo.

–*Madre de Dio!* ¿Parezco una presa fácil para el timo?

–¡No! ¡Pareces estúpido! ¡Estúpido, cabezón, y autocomplaciente! ¡Y estoy harta de ti!

–¿Es por eso que has entrado aquí vestida como para tentarme? –Cesare alzó una ceja.

–¿Vestida para qué? ¡A ti hasta un saco te parecería tentador! ¿no?

–Si te lo pones tú... probablemente –Cesare se acercó a ella–. Como has dicho antes, yo estoy un poco por debajo en la escala evolutiva, *cara*...

–¡Vete al diablo, asqueroso engreído! Si crees que he venido aquí a...!

–¿A quedarte? Sí, creo eso –Cesare extendió una mano y le agarró la muñeca–. *Dio mio, cara!* ¿Realmente crees que te voy a

dejar marchar sólo porque no quiera tragarme tu entretenido pero improbable cuento de hadas?

Cuando él tiró de ella, Mina intentó soltarse.

–¡No es un cuento de hadas, maldito seas!

Con un movimiento suave, Cesare le agarró la otra muñeca y tiró de ella hacia él, mirándola con ferocidad.

–¡Cesare, suéltame! –exclamó, frustrada, al ver que era inútil luchar contra aquella fuerza natural suya.

–Te deseo –Cesare le metió la lengua entre los dientes otra vez.

Las rodillas de Mina se debilitaron. Una llama de calor instantáneo se encendió dentro de ella, traicionándola. Involuntariamente, le abrió la boca, pero él jugó con ella, no dándole lo que deseaba.

El calor se extendió por todo su cuerpo, haciendo que se tensara, cargando cada terminación nerviosa de electricidad. Cesare le mordió suavemente el labio inferior, y un gemido de frustración escapó de la boca de Mina.

–Podría hacer que me rogases que te hiciera el amor... –susurró Cesare–. Pero no creo que tenga tanto control...

Mina se estremeció cuando sintió que él le ponía las manos en las caderas, y tiraba de ella hacia él.

Estaba muy excitado. La seda de su camisón no era suficiente barrera para ocultarlo. Sentía su excitación a través de la tela. Sus piernas se derritieron. Las manos de Cesare le bajaron los tirantes del camisón, mientras ella se quedaba inmóvil, atrapada en su propia excitación.

Sentía la respiración de Cesare en su mejilla. Y de pronto él le lamió la línea de su labio inferior, y deslizó sus dedos hacia los pechos de Mina. Jugó con sus pezones. Ella sintió un calor insoportable entre sus piernas, y se movió, débil ante las sensaciones que podía evocar. Su cuerpo ya no era de ella. Cesare se movió contra su cuerpo, y luego la rodeó con sus brazos. La levantó y la besó.

Todo el mundo pareció dar vueltas a su alrededor. Y Mina se agarró al cabello de Cesare, a cualquier parte de él a la que podía aferrarse, y lo besó también.

Con un gemido gutural, Cesare la llevó a la cama y se puso encima de ella, mientras le agarraba la cabeza y la besaba una y

otra vez hasta dejarla mareada y sin aliento, y abrumada por su propio y desvergonzado deseo.

–Esta vez... tú eres realmente mía... –murmuró Cesare agarrándole la cara con las manos.

Mina tenía la cara roja y él la miró a los ojos con un brillo posesivo, y una primitiva satisfacción.

–Absolutamente mía –repitió él, bajando la cabeza hacia sus pechos, acariciando un pezón con su lengua, y luego succionándolo.

La sensación de placer fue casi insoportable.

Cesare se puso de lado, llevándola consigo, y la volvió a besar, ardientemente, triunfantemente, salvajemente.

Desesperada por tocarlo, ella llevó sus manos hacia su duro pecho. Sintió sus músculos tensarse debajo. Sintió el cosquilleo de su vello. Entonces se detuvo.

–No pares ahora –Cesare gruñó sensualmente. Mordisqueó suavemente su cuello, haciéndola estremecerse y retorcerse. Y le susurró lo que quería que hiciera y llevó su mano hacia abajo, deslizándola por su vientre, hasta su poderosa erección.

–Yo... Yo...

Cesare se echó hacia atrás y soltó una risa sensual, como comprendiendo.

–No, no hemos hecho esto antes.

Luego murmuró algo en italiano, y la miró con ojos devoradores, mientras volvía a tirar de ella hacia él.

–Así que a veces dices la verdad, *cara*...

Antes de que ella pudiera recuperar el habla, él la besó con pasión.

La razón desapareció nuevamente.

Él la empujó suavemente contra la almohada. Le pasó la lengua por entre los pechos, y le acarició el cuerpo con las manos.

Y mucho antes de que ella pudiera adivinar su intención, él hizo algo muy íntimo. Tanto que la reacción de Mina fue de rechazo al principio, pero luego gimió y perdió el control. La intensidad del placer la abrumó. La excitación se expandió a todo su ser, y ella sollozó, retorciendo la sábana con las manos, mientras subía las caderas, como súplica de algo tan viejo como el tiempo.

Y el deseo se apoderó de ella.

–Cesare... –gimió Mina, desesperada de placer.

–*Bella mia*…

Con un gruñido salvaje, Cesare la poseyó, moviéndose más intensa y rápidamente.

Y la llevó a la cima del placer junto con él.

Cuando lo alcanzaron, fue como volar hacia el sol y quemarse.

Mina se sobresaltó cuando se abrió la puerta. Se tapó con la sábana cuando Giulia apareció con una bandeja.

–*Buongiorno, signora.*

–*Buongiorno* –balbuceó Mina, mirando la habitación desconocida y la cama deshecha.

La habitación de Cesare. La cama de Cesare, pensó.

Giulia abrió las cortinas, dejando entrar el sol.

–¿Quiere que le llene la bañera, *signora*?

–No, gracias.

Tendría que acostumbrarse a tener servicio, pensó Mina. Se sentía un poco incómoda todavía en aquella situación.

Cuando bebió el primer trago de zumo, recordó una imagen de la noche anterior. No era de extrañar que se hubiera despertado tarde.

Se miró un pecho con una pequeña marca azulada y recordó el modo en que habían hecho el amor. Aquel dolor era sin duda el resultado de haber hecho el amor salvajemente.

Pero no tenía que engañarse. Ella había hecho el amor. Él, el sexo.

La noche anterior ella había entrado en su habitación para hablar seriamente. Pero había terminado sucumbiendo a él.

Su entrega no había sido la mejor manera de impresionar a un siciliano rico y arrogante. La habitación era un campo de batalla donde Cesare Falcone era siempre el ganador.

Cuando Cesare le había dicho que hacía cuatro años se había enamorado de ella, había tenido todo tipo de sentimientos tiernos. Pero el que amara a Cesare no quería decir que no viera sus defectos. Podía imaginarse perfectamente a Cesare Falcone dándose cuenta de que estaba enamorado, pero sólo después de saciarse sexualmente había reflexionado acerca de los sentimientos.

Pero en cinco largos días él no había intentado ponerse en

contacto con ella. No la había llamado. E incluso los teléfonos parecían haber dejado de sonar por completo.

Hasta el quinto día, en que había recibido la carta de despido.

Él pensaría que la amaba, pero ella no creía que lo que él había sentido fuera amor. Él había admitido que desde el primer momento había sentido atracción física hacia ella. Seguramente lo que él interpretaba como amor no había sido más que deseo sexual.

Se abrió la puerta. Las manos le temblaron tanto, que cuando lo vio, tuvo que poner la taza de café nuevamente en la bandeja.

Cesare caminó hasta los pies de la cama y le sonrió sospechosamente.

–He llevado las barricadas a la habitación de al lado –dijo Cesare.

Mina volvió a agarrar la taza. Cualquier excusa era buena para no mirarlo.

Cesare estaba terriblemente atractivo, con aquellos vaqueros ajustados, y ese polo que realzaba sus anchos hombros y su soberbio pecho musculoso. Estaba terriblemente atractivo.

–¡Estás espectacular! –exclamó Cesare con acento sensual.

«Espectacular», se dijo ella. ¿Con el pelo revuelto, el maquillaje del día anterior ennegreciendo sus ojos, y marcas de dientes en lugares íntimos?, pensó Mina.

Mina lo miró y volvió a encontrarse con otra ardiente sonrisa, que volvía a recordarle la intimidad que había compartido con él, algo que la atormentaba.

Pero era obvio que a Cesare no lo atormentaba.

–¿Por qué sonríes así de pronto? –le preguntó Mina, sospechando.

–¿Quieres una respuesta sincera?

–¡Anoche, con lo único que no me amenazaste fue con una mazmorra y cadenas!

–El celibato no va conmigo.

Mina volvió a sorber el café.

Estaban casados, pero ella no se sentía casada. Se miró el dedo sin la alianza. Recordó el momento en que se la había arrojado a la mesa. No le interesaba buscar ese anillo. Era el símbolo de una relación que no existía de parte de Cesare.

Cesare había dejado claro desde el principio que se casaba con

ella por su hija. ¿Por qué entonces ella había guardado esperanzas? Su comportamiento antes de la boda había sido suficiente para poder imaginarse lo que la esperaba, así que no tenía que extrañarse de nada.

En Londres le había dicho que estaba dispuesto a pagar el precio por sus favores sexuales. Y en realidad el precio había sido el matrimonio. Se estremecía al pensarlo.

Como él mismo había dicho, ahora lo tenía todo: su hija, una madre para Susie, y la satisfacción de ese deseo tan intenso que fluía entre ellos.

No era de extrañar que él estuviera contento. Era una situación que a él no le exigía nada.

Ella tenía menos valor que una querida para él. Y por supuesto no la valoraba como esposa.

Ahora que la tenía aislada en las profundidades de Sicilia, no le importaban ni las necesidades ni los sentimientos de ella.

¿Y por qué le iban a importar sus sentimientos? Si él pensaba que ella era una traidora y una mujer interesada...

–Creo que no has mentido en cuanto a Clayton –dijo Cesare–. Fuese cual fuese el juego que estabas jugando con Clayton, no te estabas acostando con él.

Así que finalmente Cesare creía algo de lo que decía.

Pero en realidad, cuando ella se había dado cuenta de lo satisfecho que parecía cuando le había dicho que él había sido su único amante, hubiera deseado haberse callado.

Cesare tenía una veta casi medieval. Era muy posesivo sexualmente. Lo tendría que haber dejado ahogado en el pozo de sus propias sospechas. Él no se merecía la verdad, pero la natural sinceridad de Mina la había traicionado.

Lamentablemente había caído en el hábito de defenderse constantemente, tratando inútilmente de establecer una relación que tuviera un futuro con el hombre que amaba... ¿Y eso adónde la había llevado?, se preguntó.

–¿Cómo te gustaría pasar el día? –preguntó Cesare, totalmente al margen de los amargos lamentos que estaban atacando a Mina.

–Poniéndome el hábito de penitencia y arrojándome por un barranco –respondió ella.

–Eso no tiene gracia.

–No me siento particularmente alegre... Me siento... Me siento usada... Estoy enfadada, ¡y estoy resentida! –exclamó con rabia.

Desesperada, apartó violentamente la bandeja y se levantó de la cama y volvió a su habitación, sin importarle, por una vez, su falta de ropa.

–¿Mina...?

–¡Déjame en paz! –exclamó Mina, temblorosa, y se encerró en el cuarto de baño.

Bueno, su generosidad había muerto finalmente. El que lo amase no significaba que fuera a dejarse pisotear por él. Si quería un matrimonio por el bien de Susie, tendría un matrimonio por el bien de Susie. Ella sería la madre de Susie, pero no sería su esposa. ¿Por qué iba a permitir que la humillara? ¿Y acaso él había hecho algo diferente a humillarla?

Ella estaba harta de que la atacase echándole en cara pecados que no había cometido. Estaba harta del dolor y del agotamiento emocional que le causaba aquella situación. Aquello nunca iba a ser un matrimonio normal. Cesare no iba a despertarse un día pensando que ella era una víctima inocente. Él había destruido la prueba que ella podría haber usado para demostrar su inocencia. Y no había querido escucharla. Cesare jamás había usado esa brillante cabeza para pensar en la posibilidad de que ella no fuera culpable.

Pues bien, si él estaba decidido a que las cosas fueran así, ella planearía su propia ofensiva.

Bajó una hora más tarde, vestida con unas bermudas vaqueras y una blusa, comprados ambos en unos grandes almacenes. Había tirado toda la ropa que él le había regalado en el suelo de la habitación de Cesare.

Fue a ver a Giulia a la cocina e intentó comunicarse con ella como pudo para pedirle al ama de llaves que le diera una vuelta para mostrarle el castillo. Paolo, que resultó ser el esposo de Maria, se ocupó del tour. Giulia tradujo todo lo que pudo, y Mina intentó decir algunas palabras en italiano, mientras los otros le corregían la pronunciación animadamente a la vez que le contestaban a sus preguntas. Y curiosamente, disfrutó mucho con aquel intercambio.

–Así que estabas aquí...

La animada conversación se fue apagando cuando Cesare apareció en el quicio de la puerta.

Mina lo miró con dureza.

–He estado dando una vuelta por el castillo –contestó.

–Yo pensaba mostrártelo.

–Como ves, no era necesario.

Sus acompañantes se derritieron como la nieve en verano al notar la tensión entre ellos.

Cesare observó la cara desafiante de Mina, observó su aspecto y alzó una ceja inquisidora.

–¿A qué estás jugando?

–Bueno, no voy a seguir jugando a ser tu esposa. Créeme, veinticuatro horas ha sido suficiente.

Mina se incorporó, indiferente a la mirada de incredulidad de Cesare.

–La paciencia tiene un límite, Cesare. Yo no puedo cambiar lo que tú sientes hacia mí, pero lo bueno es que ¡ya no me importa! Me da igual lo que pienses. ¡Y no me importa lo que digas, lo que hagas o a donde vayas!

–No voy a ninguna parte.

–Oh, espero que cambies de opinión, si quieres lo que tú llamas «entretenimiento personal» –dijo Mina, con rabia–. ¡Es mejor que lo busques en otra parte! Desde mi punto de vista, yo no estoy casada contigo.

Cesare la miró con incredulidad y dijo:

–No seas ridícula...

–No soy ridícula. Como soy generosa, decidí darte una segunda oportunidad...

–¿Tú decidiste darme a mí una segunda oportunidad? –prácticamente susurró Cesare.

–¡Y tú la echaste abajo en una sola noche! Yo estaba dispuesta a hacer todo lo posible para que éste fuera un verdadero matrimonio. Pero no estaba dispuesta a que me contestases con una nueva serie de amenazas, ni con una nueva fantasía tuya de venganza...

–¿Una qué?

–¡Te odio! –exclamó Mina; lo que era cierto en aquel momento–. ¡No querría tu perdón aunque estuviera al borde de la tumba! ¡Y aunque fueras tú quien estuviera al borde de la muerte, no te daría mi perdón por lo que me has hecho! ¡He terminado contigo! ¡Hemos terminado definitivamente en lo concerniente a una relación

personal!

Hubo un silencio agudo cuando terminó de decir esas palabras.

Cesare la miró con sus ojos dorados un momento. Y luego, de repente, se echó a reír.

Fue como encender una cerilla en un fardo de heno.

Mina se alzó en llamas. Caminó hacia él y levantó la mano para darle un bofetón, pero él lo esquivó con rapidez y le agarró las muñecas antes de que ella pudiera echarse hacia atrás.

Mina apretó los dientes, intentó darle patadas para obligarlo a soltarla. Pero Cesare la levantó en el aire rápidamente.

–¡Bájame! –gritó Mina.

Cesare se rió cínicamente.

–Alegaré defensa propia.

Encontrarse con aquella sonrisa burlona de Cesare era como chocarse con una pared viniendo a ciento cincuenta kilómetros por hora.

Entonces Cesare la apretó contra él.

–Bájame –dijo Mina con una voz totalmente diferente.

–Tengo una necesidad imperiosa de besarte –susurró él.

El tono de su voz la hizo estremecerse.

–Ol... Olvídalo...

Cesare la colocó más cómodamente, puso los brazos de Mina encima de sus hombros y sus manos encima de las caderas de Mina.

Le besó la mejilla, y luego deslizó sus labios hacia su boca.

Ella se estremeció, intentando resistirse a lo que él le hacía sentir, aterrada por la posibilidad de responder a sus demandas.

Y de pronto dejó escapar unas lágrimas por sus mejillas. Despreciaba su propia debilidad, se despreciaba a sí misma por dejarse tentar, por dejarse hacer daño.

Bruscamente, Cesare la bajó.

–¿Mina? –su voz pareció estremecida.

Ella se pasó una mano, furiosa, por las mejillas y lo miró con desprecio.

–¡Te odio! –mintió.

Capítulo 9

Mina miró hacia el valle. Cerca del castillo, el paisaje era verde. Había muchos bosques. Pero más lejos, se podía ver los olivos y las huertas con naranjos y limoneros.

Mina estaba sentada en un banco de hierro forjado, debajo de un haya. El llamado de dos cabras que estaban en diferentes lados de la carretera era el único ruido que rompía el silencio.

Mina suspiró, impresionada por la belleza de aquel escenario lleno de paz, pero más turbada que nunca por sus propios pensamientos.

No veía a Cesare desde el día anterior. La había dejado sola. Ella había pedido que le sirvieran la cena en su habitación y no se había dormido hasta la medianoche. Había llegado a la conclusión de que era preferible pelear con él a estar sin él. Aquello la avergonzaba terriblemente, pero era real.

El ruido de pasos le hizo girar la cabeza. Cesare estaba de pie a unos metros de ella. El sol brillaba en su pelo negro y resaltaba su perfil anguloso.

Mina se puso tensa, desconcertada al deducir que la había seguido.

–Éste era el lugar favorito de mi bisabuela –murmuró Cesare a modo de explicación–. Murió cuando yo tenía trece años. Durante mucho tiempo me acercaba aquí para sentirme más cerca de ella. Y todavía me parece verla sentada allí, en ese banco, vestida de arriba abajo de negro. Era una encantadora viejecita, muy aguda.

–Nunca me hablas de tu familia –Mina lo miró.

–Mi bisabuela era la parte más importante de ella –le dijo Cesare mientras miraba hacia el valle.

–Después de que mis abuelos murieran en un accidente de tren, fue ella quien crió a mi padre. Él se casó con mi madre cuando ella tenía veintiún años. Yo nací primero, y luego Sandro. Mis padres siguieron juntos, pero era un matrimonio desastroso.

Mina lo miró, sorprendida. Recordaba que él había dicho que

Susie se merecía lo mejor, y que sus padres habían hecho eso por él. A ella no se le había ocurrido que lo mejor podría haber sido mucho menos que perfecto.

Cesare suspiró y se dio la vuelta hacia ella.

–Lo creas o no, no quiero lo mismo para nosotros –le dijo con énfasis–. No quiero una farsa por el bien de Susie. A un niño no se lo puede engañar. Se daría cuenta de la falta de cariño entre nosotros, sentiría el resentimiento, oiría los silencios...

Mina inclinó la cabeza. Se preguntó adónde conduciría aquella conversación. Tenía la sensación de que Cesare estaba por admitir que el matrimonio entre ellos no había sido una buena idea.

–Piensas que hemos cometido un error... –reflexionó Mina.

–No... –contestó Cesare. Hubo una pausa, y luego continuó–: Creo que soy yo quien ha cometido errores.

Mina levantó la mirada. Cesare no la estaba mirando, pero de pronto fijó sus ojos en ella.

–Aunque no sea un consuelo, yo no soy así con nadie, excepto contigo. Creía que me había olvidado de todo, pero verte en ese boletín de la organización caritativa fue como volverme loco. Hace cuatro años me dejaste amargado y resentido, después de haber estado loco por ti como un adolescente. Quizá esta vez estaba intentando volver a escribir nuestra historia...

–Sí...

Aquel tono en las palabras de Cesare le advertían que él estaba recordando sentimientos que iban más allá de un ego humillado. Pero si él no la creía, ella no podía hacer nada para borrar esos amargos recuerdos.

–Pero aquella noche en la gala benéfica, todo fue mal. Volví a desearte. Te miré y tú me miraste y yo supe que habías sentido lo mismo, aunque yo fuese un peligroso y desagradable recuerdo del pasado.

–Yo...

–Si hubieras admitido lo que hiciste en el pasado, me habría comportado de forma diferente –subrayó Cesare.

Cuando ella abrió la boca para hablar, él la silenció poniéndole un dedo en la boca.

–No quiero volver a entrar en eso –dijo Cesare.

–Pero...

–Déjalo en el pasado, donde debería haberse quedado –la interrumpió–. ¿Quién soy yo para hablar de ideales? He tenido dinero toda mi vida. Siempre he podido hacer lo que me diera la gana, y supongo que debo darlo por hecho. Puedo comprender que te sintieras tentada...

–Pero yo...

–*Dio*... ¿no hay cosas más importantes de qué hablar? –le dijo Cesare con frustración–. ¿No te das cuenta de que este asunto del pasado nos está separando?

–No sabía que había un «nosotros» que pudiera separarse... –dijo ella.

Hubo un silencio profundo.

Cesare la miró con gesto severo.

–Enterarme de la existencia de Susie me destrozó...

–Debí decírtelo –dijo Mina con tono de culpabilidad–. Debí decírtelo cuando nació...

–Me hubiera gustado estar ahí desde el principio... Pero ahora que he podido superar el shock, agradezco que Susie exista. Debí disculparme antes por las acusaciones que te hice aquella tarde. Estaba herido, y quise devolverte el golpe por mantener en secreto su existencia. Tú eras como el enemigo aquel día.

Mina asintió.

–Primero Clayton se me apareció como una versión de un rottweiler –recordó Cesare.–. Luego tu hermana me trató como si yo fuera un maníaco... Y para terminar... ¡Apareció Susie! Fue terrible... Pero también estaba enfadado contigo. Era más fácil ignorarte y concentrarme en Susie que arriesgarme a dar rienda suelta a esos sentimientos antes de la boda...

Mina se daba cuenta del esfuerzo que era para Cesare confesar esos sentimientos de amargura y enfado.

Irónicamente, ella había sentido lo mismo hasta el día anterior, en que se había podido desquitar diciéndole cosas que en realidad no pensaba.

No obstante, lo que le había dicho, enfadada, había sido suficiente como para que él empezara a hablarle.

Pero Cesare debía de estar pensando en Susie, ¿no?

Seguramente él, que había sido testigo del matrimonio infeliz de sus padres, debía de haber pensado que estaba haciendo todo lo

posible por repetir aquella situación.

–No tuvimos ninguna intimidad en la finca –dijo Mina.

Pero aun al decirlo, ella sabía que ambos la habían estado evitando. Y por su parte, no había querido tener una confrontación directa con él. Además, había preferido que Cesare tuviera tiempo para enfriarse y asimilar la nueva situación. De todos modos, ella sabía que si a Cesare se lo dejaba solo, maquinando, era más posible que se calentase en lugar de enfriarse.

–*Dio mio,* eso no es problema aquí, en el castillo. Pero, admitámoslo, nosotros no somos los típicos recién casados –dijo Cesare con una risa sardónica que hirió a Mina como si fuera un cuchillo–. No tenemos que quedarnos aquí, si no quieres. Podemos usar la mansión de la costa...

Le estaba haciendo concesiones, pensó Mina. Al parecer, Cesare había abandonado su deseo de castigarla, sin ceremoniales. Se había dado cuenta de que no podía hacerle daño a ella sin hacerle daño a Susie.

No era de extrañar que se sintiera tan abatido. Desde el punto de vista de Cesare, él estaba abandonando sus ideales por el bien de su hija. Es decir, proponía un matrimonio de conveniencia.

–¿Mina...?

–Lo que tú quieras –dijo ella.

Y dejó bien claro que le daba igual adónde fueran.

–Es bonito... –Mina comentó mirando la alianza.

Mina cerró la caja de la joya nuevamente. Era de Cartier aquella vez, notó, sorprendida. No era un anillo falso, pero seguía siendo un símbolo vacío para ella, se dijo.

–Pruébatelo... –sugirió Cesare.

–Más tarde –Mina metió la caja en su bolso.

Lo pondría en el cajón con sus otros regalos. No iba a usar ninguno de sus regalos. Cesare parecía creer que tenerla contenta significaba gastar una fortuna en joyas. Le había regalado un fabuloso reloj de oro y una pulsera de esmeraldas y diamantes... ¡Y hasta un pez en una pecera!

El pez había sido un experimento para comprobar si su teoría de que Cesare estaba decidido a comprarle cualquier cosa que le

gustase era cierta.

Había visto el horrible pez en un acuario. Y para ver hasta dónde podía llegar en su objetivo de comprarle cualquier extravagancia que pudiera conseguir con su cartera, había hecho un comentario de que le encantaba.

Cesare se había puesto pálido, pero el horroroso pez había sido comprado a un precio desproporcionado.

Y Cesare, en su deseo de querer tenerla de buen humor, hasta había dicho que Freddy, como habían llamado al pez, era una fascinante rareza. Y para castigarlo Mina había dicho qué maravilloso sería hacer una colección de cosas así.

Hacía diez días que Cesare había dicho que no eran los típicos recién casados. Y realmente no lo eran.

En lugar de pasarse los días sumergidos en ardiente pasión, Cesare le había mostrado toda Sicilia: sus castillos, sus catedrales, sus ruinas.

Habían pasado varias noches en la lujosa mansión de Cesare de la playa.

Cuando anochecía, generalmente iban a cenar fuera. Durante la cena conversaban acerca de Susie. Y cuando el tema amenazaba con entrar en terreno controvertido, lo dejaban.

Y por la noche, dormían en habitaciones separadas.

–Me gustaría que usaras una alianza –le dijo Cesare.

Se lo había dicho en un tono desafiante, que era lo más que se permitía Cesare acercarse al enfado. Realmente estaba haciendo un gran esfuerzo por ser civilizado, encantador y considerado.

Pero él era como un tigre encadenado detrás de la fachada suave. Y cada día que pasaba, Mina se sentía más deprimida con aquella actitud de Cesare.

Ella estaba convencida de que Cesare debía de estar aburrido de ella, pero era evidente que hacía todo lo posible para que su matrimonio de conveniencia funcionara, por Susie.

–Mina –murmuró él.

–No quiero usar alianza.

Cesare puso cara de desconcierto, pero no dijo nada.

Mina lo miró por detrás de sus gafas de sol.

Guapo, atractivo, increíblemente sexy, pero no la deseaba más.

Probablemente su deseo de venganza era algo que lo había

excitado, y que una vez apagado ese deseo, había perdido la excitación por ella.

En aquel momento él parecía sentirse tan atraído por ella como por el pez Freddy.

Cesare pidió la cuenta. Ella no se perdió ningún movimiento desde la segura retaguardia de sus gafas.

Estaba terriblemente atractivo con aquel traje de diseño.

–¿Te pasa algo? –preguntó él.

–¡Nada! –respondió ella.

Y rogó que Cesare no fuera capaz de leer sus deseos, como lo había hecho hacía cuatro años.

–Creo que es hora de que conozcas a algunos de mis amigos –dijo él–. Sería una pena no verlos, cuando estamos prácticamente frente a sus casas.

Hizo una llamada desde su móvil y luego entró en el Ferrari. Sonrió a Mina y dijo:

–Estoy seguro de que nos lo pasaremos bien con Franca y su hermano. Franca es actriz, y Roberto, productor.

La mansión era impresionante. Extravagante, palaciega, parecía el escenario de una película.

Cuando apenas habían llegado al inmenso edificio, salió a recibirlos una mujer morena muy atractiva, de pelo rizado. Llevaba un vestido muy corto y bastante transparente con dibujo de leopardo. Tenía un cuerpo perfecto. Realmente su aspecto era tan impresionante que Mina se quedó con la boca abierta.

Pero no debería haberse preocupado por que la morena notase su actitud, porque ésta pasó por su lado como si ella fuera invisible, y fue directamente a Cesare, a quien dio un beso en la boca.

–Franca... –dijo Cesare, intentando separarse del cuerpo semidesnudo de la mujer.

Franca empezó a hablar en italiano, lo rodeó con un brazo y empezó a llevárselo.

Cesare giró la cabeza y miró a Mina, reacio, haciendo que por fin la actriz se diera cuenta de que tenía una acompañante.

–Tina necesitará refrescarse... –dijo Franca en un inglés perfecto, mirando el sencillo vestido de Mina con curiosidad y desprecio, mientras le hacía señas a una criada que había cerca para que la acompañase al cuarto de baño.

–Me llamo Mina –dijo Mina con las mejillas encendidas.

Pero Franca ya se había dado la vuelta hacia Cesare para llevárselo.

–¡Qué mal gusto tienen las confecciones inglesas! –susurró Franca en un tono que podría haberse oído a un kilómetro de distancia–. ¿De dónde diablos la has sacado?

Mina estaba temblando de incomodidad cuando la criada le mostró el aseo.

No podía creer que Cesare se hubiera marchado con aquella mujer sin intentar siquiera presentarla como su esposa.

Se miró en el espejo el vestido amarillo de hacía dos temporadas. Aquella mañana había estado inmaculado, pero ahora estaba un poco ajado.

De pronto, la decisión de no usar la ropa que le había regalado Cesare le resultó una estupidez. Tal vez él se hubiera sentido avergonzado de su apariencia como para decir que ella era su esposa, pensó Mina.

Las voces a la distancia, le indicaron el camino hacia un jardín con una piscina. Un camarero con una bandeja le ofreció una bebida. Mina aceptó. Tres mujeres jóvenes estaban tomando el sol en topless al lado de la piscina. Mina sólo había tomado el sol en topless en presencia de su hermana, pensó, mientras apartaba su vista de la piel desnuda de las mujeres.

Cesare estaba sentado a la mesa, al lado de Franca y otros hombres.

Al ver a Mina en la entrada, la morena se puso de pie y fue hacia ella, diciéndole:

–Tina... Ven que te enseñe los trajes de baño –puso una mano en la espalda de Mina para llevarla a través del suelo de cerámica, hacia un lujoso vestuario.

–Me llamo Mina –repitió.

–Lo que sea... –dijo Franca, mirándola, irritada–. Eres su secretaria o algo así, ¿no?

–No.

–¿Eres un familiar? –preguntó, dudosa.

–No, somos...

Franca exclamó horrorizada, incapaz de creerlo.

–¿No es...?

–¿Cómo? –Mina estaba sorprendida por su suposición.

–Pediré un coche para ti. Deberías irte ahora –le dijo Franca con una sonrisa de reprimida rabia–. Si yo no hubiera estado filmando fuera, ¡él ni te habría mirado! Cesare es mío.

–No lo creo –respondió Mina.

Franca le dijo algo en italiano. Luego, para desconcierto de Mina, se rió, y miró a ésta con desprecio.

–Entonces, quédate, y obsérvame en acción.

–No veo la hora de verte…

–Cesare es una leyenda viva entre las sábanas. He oído decir que es un animal en la cama –dijo Franca sonriendo maliciosamente–. Tú ni siquiera podrías empezar a competir conmigo.

Con esas palabras, Franca se marchó.

Era evidente que la morena era actriz, después de aquella representación tan teatral.

Y se sintió aliviada de que Franca todavía no hubiera puesto sus manos en aquella leyenda entre las sábanas.

Mina se bebió la copa de champán y abrió uno de los armarios donde había trajes de baño. De pronto sentía deseos de deshacerse de aquel vestido amarillo de verano que llevaba puesto. Diez minutos más tarde, salió del vestuario, satisfecha. Llevaba un biquini negro con cadenas en las caderas y en el sujetador.

–*¡Bella! ¡Bella!* –exclamó una voz masculina, y una mano capturó su muñeca cuando Mina intentó pasar junto al hombre, sujetándola fuertemente.

Asombrada, Mina miró al hombre.

–Soy tu anfitrión, Roberto Ecchio… Y a diferencia de mi hermana, a mí me encantan las mujeres británicas –le dio un beso en la parte interior de la muñeca, y la miró sensualmente, con la clara intención de que ella se derrumbase a sus pies.

Mina no pudo evitarlo, se rió.

El hombre la miró, apenado, y tiró de ella hacia la silla vacía que había a su lado.

–¿Estás enamorada de Cesare?

–Ocúpate de tus asuntos –le dijo Mina.

Tenía la atención puesta en la mesa del extremo, donde estaba sentado Cesare, quien en aquel momento estaba conversando amenamente con Franca. Sus cabezas estaban muy juntas.

Mina sintió un nudo en el estómago.

No esperaba que Cesare estuviera siempre pegado a ella. Pero desde que habían entrado a la mansión, él se había desentendido de ella.

–Estás loca por él –dijo Roberto Ecchio–. ¡Qué desperdicio de emoción, *cara*! Cesare es un hombre solitario, y no es el tipo de hombre fiel. Hoy está aquí, y mañana allá... Nunca podrás retenerlo. Es un rompecorazones profesional.

Mina se puso tensa.

–¿Lo conoces bien?

–Fuimos juntos al colegio –se rió Roberto, acercando una copa para ella–. Un montón de mujeres han llorado en mi hombro por Cesare.

–Yo no estoy llorando.

–Pero llorarás –Roberto miró en dirección a Cesare.

Franca estaba acariciando su mejilla con un dedo y riéndose de todo lo que decía él.

–Franca lleva detrás de él mucho tiempo y me temo que mi hermana no quiere oír las advertencias. No te preocupes por ello. Ella también se quemará los dedos.

–Muy probablemente.

Mina se preguntó si Franca habría enviado a su hermano para mantenerla lejos de Cesare. Aunque él no parecía tener intenciones de escapar de la morena.

–No es un hombre para el matrimonio.

–Lo es –dijo Mina–. Está casado conmigo.

Roberto Ecchio miró a Mina fijamente.

–Nos casamos hace diez días. Pregúntale, si no me crees –Mina continuó, a la defensiva.

–Entonces, ¿a qué diablos está jugando? –le preguntó Roberto frunciendo el ceño.

–Quizá debieras decírselo a tu hermana.

Roberto la miró y luego se rió.

Mina se sorprendió de aquella reacción.

Entonces Roberto le volvió a tomar la mano, la miró con ojos brillantes, y murmuró:

–Encantado de conocerla, señora Falcone. Pero darle una noticia como ésa a Franca delante de semejante público, ¡sería condenarlo

a ser testigo de un ataque de histeria de mi hermana! ¡Tienes que estar bromeando! En cuanto a Cesare, se merece tener los barrotes de su jaula rotos...

Con esa incomprensible afirmación, Roberto Ecchio se llevó los dedos de Mina a la boca y empezó a besarlos.

Aquel comportamiento la tomó tan por sorpresa, que Mina se quedó petrificada. Al mismo tiempo, Cesare la miró desde la otra punta, con un brillo de reproche en sus ojos. En realidad parecía querer saltar a la yugular de alguien.

Bruscamente se liberó de las manos de Franca y se levantó.

Furioso, empujó la mesa para abrirse paso.

Mina estaba traspuesta, fascinada, mirándolo. Pero no era la única que se había quedado paralizada. Todo el mundo estaba mirando.

Roberto miró de reojo y lentamente alzó la cabeza, y con gesto divertido dijo:

–¡Con que el esposo celoso aparece de repente! *Dio mio*, Cesare Falcone! ¡El hombre más frío del mundo, celoso y haciendo una escena! –se rió, echándose atrás en su silla–. No me pegará. Soy su mejor amigo.

Tenía razón. Cesare no le pegó. Lo tiró a la piscina.

La gente gritó.

Paralizada, Mina observó a Roberto Ecchio caer al agua con un tremendo ruido, y una expresión de tremendo shock.

–Nos vamos a casa –dijo Cesare, levantando a Mina de su asiento, tirando de su mano.

–Tengo... ¡Tengo que recoger mi ropa!

Pero Cesare no estaba escuchando.

La tomó en brazos como si se tratase de un paquete y salió del recinto de la piscina, dejando un profundo silencio a su paso.

–¡Cesare! –Mina se retorció.

Y entonces la cadena del sujetador del biquini se desabrochó. Ella intentó sujetarlo en su sitio.

El Ferrari salió de la calle a gran velocidad.

Estaba violentamente celoso, pensó Mina en el silencio espeso que los envolvió en el Ferrari.

Luego se dio cuenta de que Cesare se había puesto celoso desde el primer momento en que la había visto con otro hombre. Primero

había sido Edwin Haland, luego Steve… Ahora, su mejor amigo, que había sido lo suficientemente estúpido como para ponerle una carnada al tigre.

Ahora recordaba sus referencias a Steve en su noche de bodas. Cesare había estado tan loco de celos, que no había podido pensar en otra solución que no fuera enterrarla viva en un castillo siciliano e impedirle volver a Inglaterra.

Aquello era la prueba de una gran inseguridad. Mina sintió una mezcla de ternura y de risa al pensarlo.

Ella había estado tan ciega, tan encerrada en la idea de que ella no era importante para él… Ahora se daba cuenta de su propia inseguridad, que no le había dejado ver la verdad: Cesare no quería perderla. Cesare tenía miedo de perderla.

Y no creía que las violentas emociones con las que luchaba tuvieran nada que ver con Susie.

Entonces, ¿a qué había estado jugando con Franca? Eso no tenía sentido. Por alguna razón había permitido que Franca coqueteara con él como una vampiresa, mientras que a ella la había ignorado.

Una sonrisa ablandó el gesto de Mina.

Bueno, no la volvería a ignorar cuando estuviera en compañía de otra gente, ni permitiría que otra mujer se le insinuase de aquel modo. Estaría muy ocupado observando a una esposa que él consideraba terriblemente atractiva para otros hombres, y ahuyentando a los competidores.

Tal vez hubiera algo que decir acerca de esos irredimibles instintos. Debajo de ese exterior pulido y sofisticado había unas emociones maravillosamente humanas.

Cesare la sacó del Ferrari cuando llegaron a la mansión. Entró en la casa bruscamente, sobresaltando a la criada que estaba arreglando unas flores en el vestíbulo, y subió las escaleras con Mina. Abrió su dormitorio y la tiró en la cama.

La miró con los ojos ardiendo.

Mina sintió un repentino calor.

Cesare dejó escapar una exhalación.

–¡No hagas eso otra vez! –le advirtió.

Para el humor que tenía, era una advertencia realmente suave.

Cesare se pasó la mano por el pelo.

Sonó el teléfono.

Cesare contestó el teléfono.

–*Ciao*, Roberto –dijo, y colgó.

–¡Donde las dan, las toman!

–¿Qué?

–Hace diez días me dijiste que me buscase otra mujer.

–¿Que hice qué? –Mina se puso pálida.

–Decidí probarte, a ver cómo reaccionabas –dijo él.

Mina recordó todas las tonterías que le había dicho.

¿Había estado intentando ponerla celosa Cesare?

–Y no te gustó. No te gustó en absoluto. Hasta que Roberto apareció en escena...

–Bueno, ¡Franca es su hermana!

–Él sabe que yo no estoy interesado en Franca. ¡Ella se me ha estado insinuando durante años! Es una especie de broma entre nosotros.

–¿Una broma?

–¿Qué otra cosa puede ser? ¡Una adolescente comportándose como una vampiresa de treinta años!

–¿Una adolescente? –preguntó Mina, incrédula–. ¿Franca es una adolescente?

–Famosa y muy narcisista. Pero sólo tiene diecinueve años.

Mina no podía creerlo.

–¡Pero tú sabías que yo no me iba a dar cuenta de la edad que tenía! –lo acusó Mina–. ¡Y en cuanto a ti... creer que yo te iba a dar la libertad de andar por ahí, Cesare Falcone! ¡Ahora me arrepiento de no haber tirado a esa mujercita a la piscina!

–Es bastante más alta que tú y pesa más, *bella mia* –Cesare se acercó a los pies de la cama y la miró con sus ojos dorados–. Así que, si no tengo la libertad de andar por ahí, ¿para qué diablos me dices que lo haga? –le preguntó.

–No pensé que me habías creído... ¡Te reíste! –exclamó Mina.

–No me hizo ninguna gracia cuando empezaste a llorar mientras yo intentaba besarte... ¡Y lo sabías!

–No lo sabía.

–¡He tenido miedo de tocarte desde entonces! Dejaste muy claro que no me deseabas –dijo Cesare.

Mina sintió ganas de llorar, y respiró profundamente. Los dos habían estado demasiado ocupados en esconder sus sentimientos.

No obstante, Cesare había dado mucho en otros sentidos. No era culpa suya que ella se hubiera sentido rechazada, porque ella había intentado rechazarlo en la mayoría de las ocasiones.

A veces, amar, significaba dejar de lado el orgullo.

–Durante diez días has rechazado mis intentos de hacerte feliz... –la condenó él.

Era cierto. Como una criatura enfurruñada, ella no había correspondido a sus buenos gestos. Había ocultado su dolor con actitud de desafío.

–No puedo hacer nada bien contigo –le dijo él.

Las lágrimas pujaban por salir de los ojos de Mina.

–Yo siempre te deseo –susurró ella–. Es como si nunca me alcanzara...

Hubo un silencio profundo.

Ella se mordió el labio. Se sintió expuesta.

–Dilo otra vez –le dijo Cesare.

–Ya me has oído –sollozó ella.

Cesare le agarró las manos y se arrodilló para estar a su nivel. Ella siguió con los ojos cerrados, y sintió el calor de sus manos. ¡Era un tacto tan agradable aunque sus dedos temblasen un poco!

Ella tragó saliva. Había estado sola durante mucho tiempo. Había puesto muchas barreras en los pasados cuatro años... Ahora se daba cuenta de que no se había escondido detrás del orgullo con Cesare. Sino que no había querido que le hicieran daño otra vez. Y cuando se tenía miedo, no se podía ser generosa con los sentimientos.

–Tú no crees nada de lo que digo... –dijo.

–Estoy aprendiendo a creerte –respondió Cesare, agarrándole las manos, como si tuviera miedo de que se soltase.

–¿Te va a perdonar Roberto algún día?

–Le debo un traje de Armani.

–Roberto estaba... ¡Sólo estaba bromeando!

–Sí, lo sé. Pero después de estos diez días... Me dio un pronto...

Mina miró sus bonitas manos oscuras y sintió una ola de amor. Realmente daba igual si él no la amaba. No le importaba que de ella sólo quisiera sexo y la hija que tenían. Porque ella no podía vivir sin él...

–Quiero contarte la historia de Steve –sugirió ella.

Necesitaba borrar a ese fantasma de una vez por todas.

–No, no quiero hablar del pasado –dijo Cesare.

–Pero...

–No –él la acalló con un dedo en sus labios.

–Quédate conmigo esta noche –susurró Cesare, rozando su mejilla húmeda con los nudillos de los dedos.

–Son sólo las cuatro de la tarde...

–Te reservo con anticipación...

–Me gustas así, arrodillado... –dijo Mina.

–Es la primera vez que estamos a la misma altura y en vertical.

–Tenemos que llamar por teléfono a Susie...

–Estaremos con ella mañana –le recordó Cesare, levantándola y apretándola contra él.

Mina se derritió.

Cesare le rozó los labios con extrema suavidad y ella dejó de respirar...

Mina le acarició la mejilla. Y él la tumbó.

El periódico que había encima de la cama crujió ruidosamente.

Cesare levantó la cara y lo quitó de debajo de ella para dejarlo a un lado. Pero entonces los músculos de su cara se tensaron, y ella notó un gesto feroz.

–¿Qué ocurre? –preguntó ella.

Cesare se empezó a separar de ella.

–¿Sucede algo malo?

Cesare estaba concentrado en el periódico inglés que ella había estado leyendo durante el desayuno aquella mañana.

Cesare levantó la cara, pálido.

–¿No has visto esto?

–¿El qué?

Cesare agitó el periódico para mostrarle la foto que había al lado de un artículo.

–Ése es Severn.

–¿Quién?

–¡El broker que usaste hace cuatro años. ¡Ha sido arrestado por fraude! –exclamó Cesare.

–Severn es el broker a quien...

Mina no estaba segura de comprenderlo bien.

–¿Qué te pasa? ¿No te das cuenta de lo que esto significa? ¡Están

investigando a Severn! La policía habrá encontrado todos sus papeles y estarán investigando, buscando pruebas para encausarlo a él y a otros que estén implicados!

–Pero yo... Yo no... –murmuró ella temblorosamente.

–Mina –Cesare le agarró la mano fuertemente–. Tienes que enfrentar la realidad algún día... Te sugiero que lo hagas ahora... Aunque por primera vez en mi vida no estoy de acuerdo en que la honestidad sea lo mejor –agregó.

Capítulo 10

–Espero que no vivamos para arrepentirnos de esto –dijo Cesare mientras el jet aterrizaba–. No creo que haya sido una buena idea volver a Londres en este momento.

Mina no dijo nada. No había dormido nada la noche anterior.

Saber que era inocente no era suficiente para no tener miedo. Sobre todo estando con Cesare, que estaba convencido de que era culpable.

¡Cesare había calculado todas las posibilidades, y había decidido que ella no volviera a poner los pies en Gran Bretaña!

Era un consuelo saber que tenía un marido decidido a compartir con ella el resto de sus días, ayudándola a escapar de la justicia. Si le volvía a hablar de extradición, ¡se subiría por las paredes!, pensó Mina con tristeza.

Cesare estaba decidido a hacer cualquier cosa para mantenerla fuera de prisión. Él había pensado incluso en que ella hiciera una confesión y luego había decidido que de ninguna manera recibiría un juicio justo siendo su esposa. ¿Qué juez iba a sentir simpatía por una lagarta rica?, le había preguntado. Y le había hablado de otras mujeres ricas que habían sido juzgadas más severamente que si hubieran sido simples mortales.

Para él sólo era cuestión de tiempo que la inculpasen, hasta que pudieran tener todas las pruebas.

Mina estaba muy nerviosa. Ahora, cuando todo parecía haberse puesto en su lugar, tenían que pasar por aquello.

Y era muy injusto que lo que había arruinado su vida hacía cuatro años, volviera a arruinársela cuatro años más tarde, y con más virulencia.

Y si Cesare no podía creer ni por un momento que ella era inocente, ¿cómo la iba a creer la policía?

¿Y cómo diablos se iba a sentir segura, si Cesare estaba hecho un manojo de nervios? Y estaba muy preocupado. Algo que ella jamás había pensado que iba a presenciar.

¿Qué posibilidades habría de que el verdadero culpable saliera a la luz?

Ahora se trataba del culpable de dos delitos. Porque a ella le habían tendido una trampa, y había sido falsamente acusada, o sea que habían cometido dos delitos contra ella. ¿Por qué el culpable se había tomado la molestia de hacer aquello?

El verdadero delincuente no podía haber sabido que el broker sería arrestado cuatro años más tarde, y así exponerse a su acusación.

Le dolía la cabeza. Tanto que cuando entraron en la limusina Mina echó la cabeza hacia atrás, esperando que se calmara la tensión de sus sienes.

Cesare le dio la mano.

–No puedo dejar que pases esto... –dijo él.

–¿Qué estás...?

Él la interrumpió, angustiado.

–No podemos vivir con esta amenaza sobre nosotros. Prefiero enfrentar los problemas a esperar que me sorprendan desprevenido. Le diré a la policía que yo he sido el culpable, y que tú actuaste bajo órdenes mías.

Ella lo miró, horrorizada.

–No... ¡Nadie te creerá!

–¿Por qué no? Ser rico no quiere decir que uno no pueda ser codicioso... –dijo Cesare–. Una empleada enamorada de su jefe... Podría ser cierto que tú hubieras actuado contra la ley por mí. Incluso posiblemente puedas convencer a la policía de que no sabías que lo que estabas haciendo era ilegal. No pueden obligarte a testificar contra mí...

–¡Pero tú no puedes declararte culpable!

Cesare la miró intensamente.

–Si tengo que ir a prisión, lo haré. Soy más duro que tú, podría aguantarlo. No creo que tú pudieras.

Ella sintió un nudo en la garganta. ¡Estaba conmovida por el sacrificio que estaba dispuesto a hacer por ella!

–Susie puede vivir sin mí por un tiempo... Pero sin ti, no. Mientras tanto, tú te quedas embarazada...

–¿Embarazada?

–Si confieso mi culpabilidad, y tú estás embarazada, tu

procesamiento será menos probable –dijo él.

–¡No puedes hacer eso! ¡No voy a dejar que lo hagas! ¡Éste es mi problema, no el tuyo!

–Tú eres mi esposa...

–¿Y eso qué tiene que ver? –le preguntó Mina, aterrada.

Luego se le pasó una idea por la cabeza. ¿La amaba Cesare?

¿O simplemente la protegía por Susie y porque pensaba que era su deber?

–Todo tiene que ver –Cesare tiró de ella para abrazarla.

Mina aflojó un poco la tensión, y con un suspiro, se arrojó al calor de sus brazos, a la solidez de su cuerpo.

–No puedes hacerlo –repitió ella.

No iba a permitir que él diera la cara por ella.

–*Bella, bella mia,* ten sentido común... –le dijo él, y le acarició el labio con el pulgar.

Sus labios se separaron temblorosamente. Y sintió un intenso calor desprenderse desde su interior.

–Deberíamos haber aprovechado más la noche de ayer –dijo Cesare–. ¡Te deseo tanto...! Me muero de deseo...

De pronto se separó de ella y se comunicó con el chófer.

–¿Qué estás haciendo?

–Todavía tardaremos una hora en llegar a la casa de la ciudad con este tráfico...

Minutos más tarde Cesare hizo aparcar la limusina delante de un famoso hotel. Y a los pocos minutos estaban en una lujosa habitación.

–Esto es una locura... –protestó Mina.

–Todo lo que hago contigo es una locura –le dijo él.

Cesare la besó apasionadamente. Ella se dejó llevar por aquella pasión y se hundió en la suya propia.

Pero todo el tiempo sus manos estaban ocupadas. Le quitó la chaqueta, y le desabrochó los botones de la camisa.

Con un gruñido de frustración, Cesare se echó hacia atrás y se quitó la ropa.

–Algún día haremos esto con control y finura –le juró él.

–Pero no hoy.

–No, hoy, no.

Cesare le quitó el vestido, que cayó a sus pies como un lago.

Luego miró el satén y encaje de su lencería y exclamó:

–*Dio*… ¡Qué buen gusto tengo!

Mina se puso roja.

–¿Fuiste tú quien lo compró? –preguntó Mina.

–Lo hice antes de la boda, cuando no tenía más que eso.

Cesare la volvió a besar apasionadamente, y la echó en la cama.

El contacto de sus cuerpos fue como un incendio. Desataron su pasión como un rayo. La experiencia fue eléctrica, salvaje. Sus emociones estallaron libremente.

Ella se perdió en él. Su corazón latió enloquecidamente. Quería sentirlo dentro…

Mina se agarró a su cabello negro, y acarició la seda de su espalda, y luego se arqueó y sollozó mientras él se internaba en ella con un poderoso empuje.

–Nadie va a apartarte de mí –le dijo él, mirándola a los ojos–. ¡Nadie!

Y después de eso no hubo nada más que el caliente placer que lentamente la llevó a la cima, y que luego la volvió a arrojar al valle de la satisfacción.

–¡Es una locura hacer esto en medio de una crisis…! –dijo Cesare un rato más tarde, mientras la abrazaba, saciado–. Pero aunque sólo sea durante unas horas, no quiero que nada se interponga entre nosotros.

Mina se subió a la limusina como si hubiera nacido de nuevo. Se sentía fuerte, se sentía bien. Se sentía liberada de sus más oscuros temores. Era un sentimiento extraordinario. Pero ahora tenía menos miedo de la policía que de perder a Cesare.

Por supuesto que no permitiría que él se inculpara por ella. Si lo hacía ella lo desmentiría.

Pero debía de importarle mucho a Cesare para estar tan preocupado, tan decidido, para ser tan protector con ella.

No hacía falta que dijera las palabras.

En aquel momento a ella no le importaba que nunca dijera las palabras. Él lo había demostrado haciéndole el amor. No había sido sólo sexo. Había habido una extrema intimidad entre ellos, que iba mucho más allá de lo que habían compartido hasta entonces. Las

defensas se habían bajado. Cesare era suyo, como siempre había querido que lo fuera. Y sabiendo eso, ella era capaz de enfrentarse al mundo entero.

–Tengo que hacer algunas llamadas de teléfono –dijo él antes de salir del coche, frente a la casa–. Luego iremos a buscar a Susie. Tú volarás directamente a Sicilia y mañana por la mañana yo me acercaré a la policía...

–¡No! –objetó Mina.

–Es importante que yo vaya a verlos antes de que vayan a buscarte. Es posible que lleven meses investigando a Severn –le señaló Cesare.

–No voy a volver a Sicilia –dijo Mina–. Yo iré a la policía. No quiero que tú te involucres...

Su voz se interrumpió cuando el chófer abrió la puerta.

Mina salió del coche y caminó hacia la casa.

Cuando entró al vestíbulo, con Cesare detrás, apareció una mujer mayor. Estaba vestida elegantemente y su cabello rubio ceniza tenía un sobrio peinado.

–¿Dónde has estado? –le preguntó a Cesare con cara de preocupación–. ¡Saliste del aeropuerto hace cinco horas, y he estado intentando comunicarme contigo desde entonces!

–¿Qué sucede? –preguntó Cesare, tenso.

–Tu hermano ha sido arrestado...

–*Di che cosa parli?* –preguntó Cesare.

–Habla en inglés, Cesare –le dijo la mujer temblorosamente.

–*Si, mamma...* inglés –repitió Cesare, y abrió la puerta de una sala iluminada–. ¿Qué ha hecho Sandro? ¿Otro accidente de coche? Espero que no haya nadie herido esta vez...

–¡Esta vez está involucrado en algo más serio!

–Mina... déjame que te presente a mi madre, Louise Falcone –dijo Cesare.

–¿No me has oído? –le gritó su madre histéricamente. No estaba de humor para conocer a su nuera.

Cesare cerró la puerta. Mina se sentía incómoda. Se preguntó si no debería dejarlos solos. Y se preguntó por qué Cesare nunca le había contado que su madre era inglesa y no italiana.

–¡Sandro ha sido arrestado por fraude! –les dijo la madre de Cesare, muy afectada.

–¿Por fraude? –exclamó Cesare, sin poder creérselo.

–Tenía un cómplice. Lo arrestaron anoche. Sandro fue arrestado en el aeropuerto temprano esta mañana.

Mina estaba tan quieta como una estatua, pero su cerebro estaba trabajando a gran velocidad.

Cesare carraspeó.

–¿Quieres decir que Sandro estaba metido en el asunto de Félix Severn?

–Sí, muy involucrado –Louise Falcone se sentó en una silla. De pronto pareció cansada–. Vino a verme antes de ir al aeropuerto. Estaba tan aterrado... Me lo contó todo.

–¿También se dedicó al tráfico de información? –preguntó Cesare.

Mina lo miró.

–Eso es lo de menos –sollozó su madre–. Está relacionado también con varios negocios sucios en el campo de los seguros. Severn era el que aparecía en el frente. Sandro estaba detrás, poniendo el dinero, usando contactos... Pero tú no tienes por qué preocuparte...

–¿Que no necesito preocuparme? –repitió Cesare en un tono salvaje–. ¡*Mamma*, si tú supieras!

–¡Sandro no ha implicado a Industrias Falcone! –exclamó su madre.

–Yo lo quité de la junta directiva hace tres años... ¿Cómo pudo...?

–Lo humillaste –lo condenó Louise, mirándolo con resentimiento.

–Pero él estaba hasta el cuello de negocios sucios a esas alturas, ¿no?

–Sí, pero ¿cómo lo sabías? ¡Oh! ¿Qué importa? –le dijo su madre–. Al menos tú estás aquí ahora. Tu abogado está en la comisaría con él. Yo lo he llamado y le he pedido que fuera a defenderlo. Tú puedes arreglar la fianza...

–El sistema legal es diferente aquí. En todo caso, si la policía lo ha arrestado en el aeropuerto, lo mantendrán en custodia. Sandro se escapará si tiene oportunidad...

–Cesare... ¿Qué te ocurre? –le preguntó su madre, con mirada acusadora–. ¡Estamos hablando de tu hermano! Necesita tu ayuda y

tu apoyo.

Las rodillas de Mina estaban temblando. En estado de shock, se dejó caer en una silla.

Sólo podría haber sido Sandro quien le había tendido la trampa hacía cuatro años. Pero ¿por qué? ¿Por qué Sandro le había hecho eso a ella? ¿Para cubrirse? ¿Habría tenido miedo de que Cesare sospechase de sus actividades?

¿O había habido algo más personal en la elección de ella como víctima?

Sandro no le tenía simpatía, ciertamente. Por rechazar sus acercamientos. Y ese resentimiento podría haber aumentado aquella mañana cuando había descubierto que había pasado la noche con Cesare.

Mina se cubrió la cara con manos temblorosas.

–Sandro nunca ha infringido la ley antes... –lo defendió su madre.

–Pero ha mentido toda su vida –murmuró débilmente Cesare.

–¡Necesita nuestra ayuda y nuestra comprensión! –exclamó Louise–. No puedes volver la espalda a tu hermano...

–Mea culpa...

–¡Oh! ¡No empieces a hablar en italiano otra vez! –dijo su madre.

–Era latín...

–Lo que sea... ¡Eres tan extranjero, Cesare! Eres como tu padre. Nunca he podido entenderte, y ahora mi pobre Sandro... –exclamó Louise entre sollozos.

Mina se levantó y dijo:

–Cesare, creo que deberías ir a la comisaría...

–¿Qué te digo ahora a ti? –preguntó Cesare.

Mina se acercó. Sabía que Cesare estaba en estado de shock. Pero también tenía que comprender que su madre no tenía idea de por qué se sentía así.

–La prueba que me dio junto con la carpeta parecía verdadera –murmuró Cesare, y se pasó la mano por el pelo–. Tu firma, tu voz en una llamada telefónica grabada, los papeles del banco. Se tomó mucho trabajo con esa carpeta... Falsificación... La cinta debe de haber sido adulterada, las declaraciones en las que explicabas... –empezó a decir atropelladamente.

–Ahora, no –dijo Mina en voz alta, para que la oyera por encima de los sollozos de su madre–. Déjalo para más tarde. No es importante...

–¿Que no es importante? –repitió Cesare.

–Oye, haz lo que tienes que hacer primero... por tu madre... –le dijo Mina.

–Susie nos está esperando –balbuceó Cesare.

–Yo la recogeré y la traeré aquí, después de que me haya sentado un rato con tu madre –Mina suspiró–. No puedo dejarla así.

–Pero...

Mina le dio un suave empujón hacia la puerta.

–Ve a ver qué ocurre en la comisaría.

Nunca lo había visto tan destrozado, pensó Mina.

Simplemente no funcionaba.

–¡Tú no hiciste nada! –dijo con gesto grave–. Y todo este tiempo yo...

–Ahora tienes que ir a la comisaría a preguntar por tu hermano –le dijo Mina–. Hazlo por tu madre –repitió.

–Sí... –respondió Cesare.

–Eres tan frío... Siempre estás juzgando todo... –le dijo Louise a Cesare. Luego se dirigió a Mina y agregó–: ¿Cómo he podido tener un hijo así? –dejó escapar unas lágrimas–. Sandro es completamente distinto.

Sorprendida de que una madre pudiera hablar de Sandro como de su hijo favorito, estando Cesare presente, Mina se hizo cargo de la situación. Hizo que les llevaran café a la sala, y localizó una caja de pañuelos de papel para su suegra, que para entonces se había entregado totalmente a la necesidad de decir el maravilloso hijo que siempre había sido Sandro.

Mina había sonreído mientras la escuchaba. Sus simpatías habían estado del lado de Cesare, por tener una madre tan concentrada en un hijo, que no tenía tiempo para el otro.

La tarde fue pasando hasta que Louise se quejó de dolor de cabeza y decidió marcharse y acostarse un poco. Mina mencionó que su hija la estaba esperando.

–Yo siempre he querido una niña. ¡Cesare es tan decepcionante!

–Para mí, no –dijo Mina. Se había callado todo lo que había podido, y no aguantó más.

Durante el viaje a Thwaite Manor Mina empezó a darse cuenta del cambio que había ocurrido en su matrimonio. Era como si un gran peso hubiera desaparecido de sus hombros. Cesare sabía la verdad ahora. Sandro le había presentado unas sólidas pruebas, y el que ella hubiera desaparecido había jugado a favor de Sandro.

Ella no culpaba a Cesare por creer a Sandro. Ella sólo había estado una noche con Cesare. La familia era la familia, y ella sospechaba que toda su vida Cesare había tenido que ser protector con su hermano, más débil que él.

¿Qué razón iba a tener para no confiar en Sandro?

Cuando llegó a la finca, Susie corrió a sus brazos y la abrazó fuertemente.

–¿Dónde está mi papá? –preguntó la niña.

–Pronto lo verás –le prometió Mina–. Nos iremos directamente a Londres.

–Estupendo –respondió su hermana.

Había leído la noticia de Sandro en el periódico de la tarde.

–¡Espero que le den su merecido después de lo que te hizo! ¿Cómo se lo ha tomado Cesare?

–Está en estado de shock.

–No me extraña –Winona suspiró–. La familia es muy importante. Yo te creería a ti antes que a otra persona. Pero ahora Cesare debe de sentirse como si le hubieran quitado el suelo de debajo de los pies.

Cuando Mina y Susie llegaron a la casa de la ciudad, era tarde. Susie estaba medio dormida y Mina la acostó directamente.

Cuando volvió a bajar, Louise estaba hablando por teléfono enfadada. Furiosa, colgó el teléfono. Vio a Mina de pie en la puerta y dijo:

–No me voy a quedar aquí. ¡Me quedaré en el apartamento de Sandro!

Mina frunció el ceño y dijo:

–Pero ¿por qué?

–¡Cesare no está haciendo nada para ayudar a su hermano! –gritó Louise, resentida, y se marchó.

Mina intentó hacer razonar a la mujer, pero la madre de Cesare no quería escuchar.

Eran más de las once cuando se oyó abrirse la puerta de entrada.

Mina saltó del asiento cuando vio aparecer a Cesare en la puerta.

Parecía agotado.

–Tu madre se ha marchado –le dijo Mina.

Cesare se encogió de hombros.

–Probablemente sea mejor. No voy a poder hacer ningún milagro por Sandro. Lo han acusado de serios cargos. Es muy difícil que pueda salir de esto sin una condena en al cárcel.

–¿Lo has visto?

–No. No obstante, le dijo a mi abogado lo que hizo hace cuatro años y le pidió que me lo dijera.

Mina no ocultó su sorpresa.

Cesare se rió amargamente y dijo:

–¿Por qué crees que a Sandro se le ocurrió pensar en nosotros en medio de todo su problema? –reflexionó Cesare, diciendo en voz alta la pregunta que se hacía ella–. Yo te diré por qué. La noticia de nuestro matrimonio ha hecho que mi hermano pensara que yo ya sabía que él había falsificado las pruebas contra ti. Y decidió admitir el engaño con la esperanza de seguir teniendo mi apoyo y mi comprensión –dijo fríamente.

–¿Por qué lo hizo? –quería saber Mina.

–Al parecer, tú lo oíste hablar por teléfono en el ático la mañana siguiente a la noche que pasamos juntos.

Mina no comprendía...

–Sí... Pero...

–Evidentemente, Sandro estaba involucrado en una llamada muy confidencial y peligrosa a Severn cuando tú lo interrumpiste. Él tuvo miedo de que pudieras haber oído demasiado, y de que me lo contaras al volver de Hong Kong.

Cesare continuó:

–La suerte estaba echada en aquel momento. Y Sandro tenía que asegurarse un modo de que yo me deshiciera de ti.

Mina dejó escapar una risa temblorosa y se hundió en un asiento. Era tan sencillo, que ella no se lo había imaginado. Sandro había estado en el teléfono cuando ella había salido del cuarto de baño, pero ella no había podido oír ni una palabra de lo que se había estado diciendo. Su mente había estado en otra cosa. Se había sentido muy incómoda al descubrir que la voz que había oído no

era la de Cesare sino la de su hermano. Ahora podía recordar el sobresalto de Sandro cuando se había dado la vuelta para mirarla aquel día, pero ella había malinterpretado lo que había detrás de ese shock.

–En el espacio de cuarenta y ocho horas Sandro pagó a alguien para que falsificase tu firma, y a otra persona para adulterar la cinta. Él tenía la voz de Severn en la cinta, y podía conseguir la tuya. Las dos fueron empalmadas. Si la falsedad hubiera sido descubierta, Sandro habría sido desenmascarado. Él fue demasiado avaricioso como para poner más de cincuenta mil libras en tu cuenta... y no, no sé si volvió a quedarse con ese dinero –le dijo Cesare. No habló de ese tema con mi abogado. Cuando terminó de reunir los documentos, vino a Hong Kong a presentármelos personalmente.

–No tenía idea...

–Yo ya me estaba preguntando si pasaba algo malo. Sandro me había llamado para informarme de que tú habías desaparecido de la oficina sin decírselo a nadie. Y como no tenías teléfono en casa, yo no tenía ninguna forma inmediata de ponerme en contacto contigo. Estaba preocupado –le dijo Cesare–. Pensé que debías de estar enfadada y que me culparías por no haber hablado contigo aquella mañana antes de marcharme.

–Pero estaba en la oficina... ¡No me había ido! –protestó Mina.

–Eso lo sé ahora, pero no lo sabía entonces.

–Por eso no me llamaste por teléfono... –susurró Mina.

Y recordó la agonía que había pasado esperando que llamase. El silencio de Cesare la había atormentado y le había hecho pensar que él lamentaba haber tenido intimidad con ella, como le había dicho Sandro.

–Sandro se arriesgó mucho. Si tú te hubieras puesto en contacto conmigo directamente...

–Pero yo no habría hecho eso –dijo Mina. Luego le repitió lo que su hermano le había dicho a ella aquella mañana.

Cesare se puso pálido y se alejó.

–En Hong Kong me dijo que te había oído hablar por teléfono varios días antes, y que sospechaba que podías estar pasando información. Luego presentó la carpeta con las pruebas como resultado de su investigación. Jamás dejó ver que supiera que

nosotros éramos amantes. Me sentí destruido por las pruebas –susurró Cesare.

El silencio pesó entre ellos.

–Yo te tenía en un pedestal. Pensaba que tú eras perfecta. Eras inteligente, sexy, con entusiasmo... Todo lo que quería en una mujer. Y estaba loco por ti –Cesare se dio la vuelta nuevamente y la miró–. Pero yo he sido siempre muy cínico acerca del amor y el matrimonio. Mi madre se casó con mi padre por su dinero. Mi padre se pasó la vida trabajando para mantener el estilo de vida que ella quería tener y al que se había acostumbrado, y no sólo eso... Cada tanto tenía otros hombres también. Cuando Sandro me presentó esas pruebas, ¡pensé que yo tenía que estar tan ciegamente enamorado como lo había estado mi padre!

–Cesare yo no...

–Así que lo primero que hice para demostrarme que no lo estaba, fue despedirte –continuó Cesare–. Yo hubiera deseado cancelar el resto de mi viaje y volver a verte, pero no me lo permití. Tenía miedo de querer verte por otras razones, así que traté de esperar, y luego, cuando intenté verte, ¡habías desaparecido!

–¡Lo que me hacía parecer más sospechosa! –admitió Mina.

Entonces le dijo que ella había estado a punto de mudarse a un piso en Londres en aquel momento, pero que luego no había tenido dinero para seguir viviendo en Londres.

–Me sentí culpable por odiar a Sandro por traerme esos documentos. ¡Sobre todo porque pensaba que debía estar contento de que Sandro hiciera algo constructivo una vez en su vida! Pero la verdad es que siempre me he sentido culpable con Sandro –admitió Cesare–. Nos llevamos sólo un año, y deberíamos estar tan unidos como mellizos, pero no tenemos nada en común, ni jamás lo hemos tenido.

–Eso ocurre en muchas familias –murmuró Mina.

–Fue un bebé muy delicado, y el mimado de mi madre. Yo era muy protector con él cuando éramos niños. Pero cuando Sandro creció, hiciera lo que hiciera, siempre lo hacía mal, y eso me hacía sentir peor, porque sabía que él siempre se estaba comparando conmigo. Me odia. Siempre me ha odiado. Intenta ocultarlo, pero no puede –Cesare hizo una pausa–. Y, si te soy sincero, yo tampoco lo aprecio mucho. Sandro ha sido siempre un problema para

Industrias Falcone.

–Supongo que ya no es director en la empresa...

–Lo eché seis meses después de despedirte. Dos de mis secretarias vinieron a quejarse de él por acoso sexual –los ojos de Cesare se endurecieron al recordarlo–. Se estuvo comportando de un modo muy desagradable con ellas. Su conducta y su forma de hablar eran intolerables. Eso lo admitió abiertamente delante de mí, incluso se rió. Y se negó a disculparse y a cambiar su comportamiento. Creé una empresa para él, y lo dejé a su cargo, para deshacerme de él.

–Debe de haber sido un alivio para todos... –dijo Mina.

Y pensó que aquél no era el momento de horrorizar a Cesare diciéndole que ella también había sido acosada por Sandro.

–Lo fue. Cambió por completo la atmósfera en la empresa. Luego, cuando finalmente te encontré, yo también me comporté de forma imperdonable. Tenía tanto miedo de que pudieras tomarme por tonto nuevamente, que me volví loco...

–Lo sé... –lo interrumpió Mina–. Pero nada de lo que hiciste te pone al mismo nivel que a tu hermano.

–¡Pero me comporté como un maníaco! Quería volver a tenerte. ¡No me importaba de qué manera conseguirlo! –dijo Cesare con desprecio por sí mismo.

El silencio se extendió.

Cesare la miró.

–No sé cómo decirte que siento haberte arruinado la vida.

–Fue Sandro quien lo hizo. Él te presentó pruebas contundentes, y tú no pudiste más que creer lo que veías –lo tranquilizó ella.

–Absolutamente todo lo que he hecho contigo ha ido mal. ¿Qué sentiste cuando te eché al día siguiente de la noche que pasamos juntos? –preguntó Cesare, turbado.

–Me sentí igual que tú cuando Sandro te dio esas pruebas. Destruida.

–¿Y cuando descubriste que estabas embarazada?

–Destruida por diez.

–¿Cómo puedes bromear con eso?

–Porque ha pasado mucho tiempo y sé que intentaste encontrarme, aun pensando que te había traicionado.

–Como ahora sé que tú estabas de fiestas, y no te lo quería

preguntar mientras estábamos en Sicilia porque tenía miedo de que me dijeras lo que yo creía que eran más mentiras, es hora de que me cuentes cómo te has arreglado con todo eso...

Mina se lo contó, con cierta distancia.

Cesare parecía destrozado por el sentimiento de culpabilidad, y ella deseó que él no hubiera sacado ese tema. Ya tenía un peso muy grande en esa cuestión.

Cuando ella terminó, Cesare carraspeó y dijo:

–La cicatriz... ¿Es de tener a Susie?

–Sí.

–Cuéntamelo...

–¿Por qué?

–Yo debería haber estado allí. Podrías haberte muerto –murmuró él.

–Tonterías. Es una operación muy común –le dijo Mina–. Ni siquiera tuvieron que darme anestesia total.

–¿Qué quieres decir?

–Que estuve consciente mientras daba a luz. Ellos sólo pusieron una sábana...

Cesare la miró, horrorizado.

–¿Consciente? –se puso blanco–. *Dio*... Eso es de la Edad Media...

Luego, bajo la mirada de Mina, Cesare se puso blanco. Parecía encontrarse mal.

Mina le aflojó la corbata y le desabrochó la chaqueta. Sentía una mezcla de ganas de llorar y de estallar en risas. Algo le decía que Cesare no habría sido de mucha ayuda en el paritorio.

–No sentí nada –le aseguró Mina.

Cesare no parecía convencido.

–Hacerte eso... cuando todavía estabas despierta... –balbuceó él con un temblor.

–Creo que deberías acostarte –le dijo Mina.

Cesare se incorporó.

–Estoy bien.

–No pareces estar bien –Mina lo ayudó.

–Te lo he dicho, estoy bien, y todavía tenemos que hablar de muchas cosas –protestó Cesare.

–Mañana podemos seguir hablando...

–No puedo esperar tanto. ¿Dónde está a Susie? –Cesare caminó

de puntillas hacia el dormitorio oscuro y vio a su hija en la habitación–. ¿Me ha echado de menos? –preguntó.

–Mucho.

–Me enternece tanto...

–No te enternecerá cuando la despiertes por las mañanas. Se pone de mal humor...

Cesare volvió a cerrar la puerta con cuidado, y luego caminó inseguro, como si estuviera perdido en su propia casa.

–He hecho un lío de nuestro matrimonio...

–Sí... El peor momento fue cuando compraste al pez Freddy...

–¿A quién?

–¡Te tendí una trampa con ese pez para ver hasta dónde podías llegar en tu campaña para hacerte el simpático conmigo!

Cesare la miró sonriendo:

–¿Quieres decir...?

–Creo que el día que pescaron a Freddy deberían habérselo comido o haberlo devuelto al agua. ¿Cómo has podido creer que tengo tan mal gusto? Tu otro golpe bajo fue Franca, la vampiresa adolescente...

–Me estaba empezando a desesperar...

–Pero yo no te vi desesperado hasta que descubriste aquel periódico y te enteraste del arresto de Severn... Estabas derrumbado... –Mina entró en el dormitorio que había elegido para ella, y sonrió–. Bueno, ¿vas a entrar o no? –le preguntó burlonamente al verlo detenerse en el umbral.

Evidentemente, Cesare había pensado que tendría un significado su elección de dormitorios separados.

Cesare entró y la miró a los ojos.

–Sí, anoche parecías un hombre que tenía una misión... Yo ya nos imaginaba atrincherados en el castillo para que no nos atrapasen las fuerzas del orden y la ley...

–Es posible que haya exagerado un poco, pero estaba muy preocupado –protestó Cesare.

–¿Preocupado? Cesare, cuando aterrizamos estabas a punto de entregarte en mi lugar...

–*Dio mio*... ¡No quería que fueras a prisión!

–¡Pero estabas dispuesto a sacrificarte por mí! –de pronto se conmovió al pensar en aquello, y se emocionó–. Cesare... eso fue

muy dulce de tu parte…

–¿Dulce?

–Me tocaste el corazón con ese gesto… Y también me di cuenta…

–Que sólo un hombre enamorado sería tan estúpido… –dijo Cesare–. Bueno, ¿por qué no te ríes?

–No me río –susurró Mina, lamentando que él hubiera tomado sus palabras de forma equivocada.

Ella había herido sus sentimientos, su orgullo. Y sentía ternura por aquel hombre que no era capaz de expresar esos mismos sentimientos.

–Siempre te he amado –murmuró Cesare casi con desafío–. Y me daba igual pensar que no eras honesta, o que sólo me querías sexualmente. Estaba dispuesto a conformarme con lo que fuese.

Mina sintió ganas de llorar. Recordaba que Cesare había dicho aquello mismo la noche de bodas, pero sólo ahora comprendía el verdadero significado de aquello.

–Pero me sentía… inseguro. Y cuando me siento así, me pongo terrible…

–Te mueres de celos…

Cesare se puso tenso, y finalmente asintió con la cabeza. Luego la miró con ojos casi implorantes.

–No había necesidad de eso –le dijo Mina–. Yo tampoco dejé nunca de amarte…

Cesare se sobresaltó, como si aquello fuera lo último que esperaba oír.

–Pero…

–¿Pero qué? –preguntó Mina.

–Clayton… Pensaba…

–Hace unas semanas te dije que te amaba, ¡y tú me lo echaste en cara!

–Creía que no lo decías en serio.

–¿Quieres que te lo escriba con sangre?

–¿Cómo puedes amarme después de todo lo que he hecho? Creía que Clayton…

–¿Quieres hacer el favor de no volver a nombrar a Steve? –lo interrumpió–. Nunca estuve enamorada de Steve. Ni siquiera me gustaba. Ése fue el motivo por el que rompimos.

Cesare se acercó a ella.

–Es un hombre muy apuesto... ¿No te gustaba? Yo creía que me había interpuesto entre vosotros. Por eso te pedí que nos casáramos. Y ése fue el motivo por el que volví el mismo día para que me dieras tu respuesta, ¡porque no podía aguantar la espera! Luego me dijiste que sí, pero sólo por Susie –recordó Cesare.

–¿Y no es la misma excusa que empleaste tú para proponérmelo?

–Yo creí que aceptabas casarte conmigo porque soy rico.

–No... tú me conseguiste porque te amo.

Cesare la abrazó fuertemente.

–Yo también te amo –dijo él con alivio–. No podría soportar volver a perderte.

–No voy a marcharme...

–Has elegido un dormitorio a tres puertas del mío...

–Cerca de Susie, por si se despierta en medio de la noche... Susie no conoce esta casa. Tendré que dejar la puerta entreabierta y la luz encendida en el pasillo.

–¿Qué hace cuando se despierta?

–Se viene a la cama conmigo... Es lo que tiene ser padres... Tendrás que aprender mucho. Susie generalmente se despierta por la madrugada. Se mete en mi cama y se pone a hablar. Si ve que no le haces caso, se te sube encima y empieza a hacerte cosquillas.

–Necesitamos una niñera...

–¡Oh! ¿Has cambiado de idea?

Cesare la miró con deseo y ternura. Ella se sintió conmovida. Cesare la besó, y a Mina se le aflojaron las piernas. Lo sintió temblar contra su cuerpo mientras la abrazaba.

–*Ti amo... ti amo...* –susurró Cesare.

Luego la volvió a besar apasionadamente, estremeciéndola.

Un rato más tarde, Mina estaba en sus brazos.

–Creo que Freddy necesita una compañera... –dijo Mina.

–¿Qué?

–Podemos llamarla Florence y ponerla con él en algún rincón oscuro donde no se vea.

–A lo mejor tienen crías... –Cesare se incorporó, horrorizado.

–¿Qué te sucede?

–No he tomado precauciones esta tarde...

–¿Y? –Mina parecía despreocupada.

–*Dio*... ¿Y si...?

–Te quedas en la sala de espera. Estarás mejor allí –le dijo ella.

–Yo estaré contigo –le dijo él.

Y lo estuvo, aunque un poco nervioso.

Mina se alegró de que su hijo naciera rápido y naturalmente.

Cesare estaba más aliviado aún.

¿Y el pez Freddy?

Freddy tuvo una gran familia para que le hiciera compañía en un rincón no tan oscuro.